

HAS SIDO TÚ

Evelina Pichardo

Tabla de Contenido

Sinopsis

Prólogo por Angie Pichardo

Dedicatoria

Playlist Has sido tú

Las gardenias son flores grandes y olorosas, de pétalos gruesos y blancos. Se les considera símbolo de pureza, sinceridad y admiración, pero también pueden ser usadas para expresar un amor secreto. | Introducción

Capítulo 1 | Amelia

Capítulo 2 | Matías

Capítulo 3 | Amelia

Capítulo 4 | Amelia

Capítulo 5 | Matías

Capítulo 6 | Amelia

Capítulo 7 | Amelia

Capítulo 8 | Amelia

Capítulo 9 | Matías

Capítulo 10 | Amelia

Capítulo 11 | Matías

Capítulo 12 | Amelia

Capítulo 13

Capítulo 14 | Amelia

Capítulo 15 | Amelia

Capítulo 16 | Matías

Capítulo 17 | Amelia

Capítulo 18 | Matías

Capítulo 19 | Amelia

Capítulo 20 | Amelia

Capítulo 21 | Amelia

Capítulo 22 | Matías

Capítulo 23 | Amelia

Capítulo 24 | Matías

Capítulo 25 | Amelia

Capítulo 26 | Amelia

Capítulo 27

Capítulo 28 | Amelia

Capítulo 29 | Matías

Capítulo 30 | Amelia

Capítulo 31 | Matías

Capítulo 32 | Amelia

Capítulo 33 | Amelia

Capítulo 34

Capítulo 35 | Matías

Capítulo 36 | Amelia

Capítulo 37 | Amelia

Capítulo 38

Capítulo 39 | Amelia

Capítulo 40 | Amelia

Capítulo 41 | Matías

Capítulo 42

Capítulo 43 | Amelia

Capítulo 44 | Amelia

Capítulo 45 | Matías

Capítulo 46 | Amelia

Capítulo 47 | Amelia

Capítulo 48 | Matías

Capítulo 49 | Amelia

Capítulo 50 | Matías

Capítulo final | Amelia

Epílogo | Amelia

Extra 1 | Matías

Extra 2 | Ruddy

Opiniones sobre Has sido tú

Agradecimientos

Sinopsis

Amelia y Matías son amigos desde niños y han estado juntos en las etapas más significativas de su infancia. Una tragedia provoca que ella pierda recuerdos del pasado y parte importante de su vida.

Todo cambia para ellos cuando Amelia comienza a sentir cosas que se empeña en negar. Otras personas llegarán a su vida para hacer que sus sentimientos sean todavía más difusos y complicados.

¿Cómo afectará todo esto a su amistad? ¿Será amor verdadero o un simple flechazo? ¿Qué cosas tan importantes habrá olvidado y cómo reaccionará cuando logre recordar?

Prólogo por Angie Pichardo

Es un honor para mí presentar esta hermosa historia de amor, cuya autora conozco de toda la vida, con quien he vivido diferentes experiencias. Desde que ella me enseñó un fragmento de su primera historia, quedé fascinada con la forma majestuosa de narrar y, desde ese momento, he seguido todas sus publicaciones para deleitarme con sus excelentes historias y la manera fluida de ella contarlas.

Cuando nació este proyecto de Has sido tú, la autora siempre se quejaba de su trama medio cliché, puesto que el tema de los mejores amigos que se enamoran, según ella, estaba quemado. No obstante, es maravillosa la manera en que lo hizo original y con una trama interesante y atrapante desde el primer párrafo. No es la historia repetida de dos amigos que se aman. En Has sido tú encontrarán un trasfondo psicológico en los personajes, que no es el típico soy tóxico porque estoy traumado. Más bien, verán un trastorno psicológico real, que los mantendrá en intriga y llenos de suspenso, jugará con sus emociones y les enseñará un poco sobre las complicaciones mentales. Al mismo tiempo, disfrutarán de una historia entretenida, con escenas jocosas y buen humor.

¿Romance? De ese que te hace suspirar y desear encontrar el amor. El drama que las omisiones, los secretos del pasado y los malentendidos desatan. Has sido tú es un carrusel de emociones y sensaciones; sentirás el enojo, la vulnerabilidad, la impotencia que sienten sus personajes. Asimismo, vas a experimentar la felicidad y el goce del amor, la alegría cuando todo tome su lugar y la tristeza que te hará brotar lágrimas. Porque todo eso transmite la autora con sus letras, su manera tan exquisita de narrar y su peculiar forma de causarte un infarto, con sus giros inesperados, pero que bien le van a la trama.

Has sido tú, una historia que rompe esquemas y estereotipos, que te muestra la cruda verdad, que te hace creer que siempre habrá una salida y que el amor puede lograr lo que se proponga.

Felicito a su autora y le deseo éxitos y bendiciones. Al mismo tiempo, te invito a que te dejes envolver por esta maravillosa experiencia y, junto a Amelia, rías, llores y te enojes; pero que también captes las reflexiones que esta obra te enseña.

Dedicatoria

A todos los que amaron, aman y seguirán amando a través del tiempo y a pesar de las circunstancias.

Playlist Has sido tú

Little things ~ **One Direction**
That way ~ **Tate McRae**
Spaces ~ **One Direction**
Fireproof ~ **One Direction**
Everything has changed ~ **Taylor Swift & Ed Sheeran**
All i ask ~ **Adele**
Te confieso ~ **Camila**
Far away ~ **Nickelback**
Yo quisiera ~ **Reik**
Just the way you are ~ **Bruno Mars**
Feelings ~ **Lauv**
Más que amigos ~ **Matisse**
Sparks ~ **Coldplay**

Las gardenias son flores grandes y olorosas, de pétalos gruesos y blancos. Se les considera símbolo de pureza, sinceridad y admiración, pero también pueden ser usadas para expresar un amor secreto.

Introducción

—¡Basta, Amelia!

Cristian me atrapa por detrás para impedir que le rompa la cara a la perra de Mónica. Ella vocifera improperios, incluso muchos que no sabía que existían, pero no me sorprendo por la clase de persona que es.

—¿Qué sucede aquí?

El señor Dan, mi jefe, se interpone entre nosotros, lo que provoca que detenga el forcejeo que tenía en los brazos de mi compañero.

—Esta tipa me atacó de la nada —se queja Mónica, haciéndose la víctima.

Mi ira se desborda, así que me suelto del agarre de Cristian para halarle el nido de ratas al que llama pelo.

Ella no se queda atrás porque me abofetea varias veces, sus uñas largas me arañan el cuello y me tira del cabello con saña.

Nos logran separar al fin. Respiro agitada mientras me remuevo con la intención de volver a golpearla.

—A mi oficina, Amelia.

Mi jefe camina hacia el lugar ya mencionado y lo sigo. Me paso las manos por el pelo, en un intento fallido de arreglarlo un poco.

La cara me arde como el cuello, el dolor de cabeza aumenta según pasan los segundos.

—Estás despedida.

No me deja ni sentarme y ya me suelta tremenda bomba.

—Puedo explicar lo que pasó, señor Dan. Mónica empezó todo.

Sus ojos color café me miran aburridos y puedo jurar que hasta con alivio.

—No quiero escuchar nada, montaste un escándalo delante de los clientes, Amelia. No es la primera vez que sucede.

Entorno los ojos ante sus palabras, pero no replico y salgo de ahí dando un fuerte portazo. Mi compañero se acerca con cara de chismoso y le hago una señal de que me voy. Abre la boca con gesto de sorpresa, aunque estoy segura de que finge porque todos aquí sabían que tarde o temprano esto iba a suceder.

No es que sea una mala empleada, digamos que tengo problemas con la gente idiota y me sacan de mis casillas fácilmente. Llevaba seis meses en esta floristería, en los cuales muchos clientes se quejaban de mí con Dan. Él solo me daba un sermón. Considero que el espectáculo de hoy fue la gota que colmó el vaso.

Esta vez no fue mi culpa, Mónica es la única responsable de todo. Es la empleada más antigua, así que por eso tiene ciertos privilegios que los demás no. Nosotras nunca nos llevamos bien. Hoy se burló de mí delante de varias personas e hizo que quedara en ridículo.

No es la primera vez que lo hace, siempre me ha molestado por las libritas que tengo de más y por tonterías que ella cree importantes. Le había dejado pasar muchas, pero hoy simplemente no estaba de humor para aguantar sus necedades. Por lo que me di el gusto de enseñarle quién soy yo y que no se puede burlar de la gente.

Saco mis cosas del casillero y, antes de salir, aviento el carné hacia su puesto de trabajo. Atravieso la puerta con la cabeza en alto, el bolso en una mano y el casco en la otra. Me dirijo a la motoneta, que es mi medio de transporte, y conduzco directo a la casa.

Llego sin ningún contratiempo.

Me deslizo por la puerta una vez entro porque soy consciente de que he perdido mi única fuente de ingresos, aunque cuento con unos ahorros que estaban destinados a la compra de mi primer automóvil. Qué más da, luego buscaré otro empleo y trataré de no perderlo por una tontería.

Camino hacia la cocina, pongo agua a hervir para preparar un té y así poder relajarme. Mi teléfono timbra, me notifica la entrada de un mensaje. Sonrío al notar que se trata de Matías.

Somos amigos desde que se mudó a mi calle cuando éramos unos niños y nos hicimos inseparables. Matías pasaba los días en mi casa y algunas noches también, yo hacía lo mismo en la suya. Nuestras familias eran muy unidas y hasta decían que él y yo terminaríamos siendo pareja. Yo pensaba igual, de hecho, tuve cierto flechazo en la adolescencia y su cambio fue notable.

Es todo lo contrario a mí, una perezosa que le cuesta hasta caminar. No soy tan ordenada como él, me gusta comer chucherías y cosas que no debo. No es que esté muy gorda, pero para mi altura tengo algo de sobrepeso.

Preparo el té y me dirijo a mi cuarto para acomodarme y contestarle a mi amigo, cuando unos toques en la puerta impiden que me siente en la cama. Resoplo, fastidiada, y me encamino a la sala, maldiciendo mi suerte.

La sonrisa brillante de Matías me relaja y me abalanzo sobre él. Sus fuertes brazos me acogen y me levantan del suelo como si no pesara nada, tal cual siempre lo ha hecho. Es un chico de piel morena, ojos miel y pelo rizado. Su cuerpo está en forma y bien trabajado porque es entrenador personal en un gimnasio. Llama la atención de todas por su porte varonil y la elegancia que lo caracteriza.

Se sienta en el sofá. Me tomo el té a la vez que le cuento lo ocurrido en la floristería de Dan. No faltan sus burlas ni los «lo sabía» de su parte. Suspiro sin poder rechistar porque él es la única persona que me conoce en este mundo.

—Vas a encontrar algo mejor, linda. —Me acaricia el pelo mientras acomodo la cabeza en sus piernas y me quejo de la vida—. Solo que debes poner de tu parte.

Vivimos en el mismo edificio. Cuando decidí irme de la casa de mis padres, al comenzar la universidad, busqué este lugar y él se mudó meses después también. Su apartamento está al lado del mío, por lo que esto es habitual.

Bueno, era así hasta que apareció Claire, su actual novia. Una chica alta y esbelta con el mismo gusto que él por el ejercicio. Desde que están saliendo mi amigo me dedica menos tiempo. Cuando me la presentó, me quedé con la boca abierta porque no me lo esperaba. Es muy bella y deduje que tenía buenas intenciones. Eso cambió la vez que durmió en su apartamento.

Ahora no la soporto, sé que no es buena para él por algo que aún desconozco y que me encargaré de averiguar. Matías me trata de la misma forma que siempre, salvo cuando Claire está presente, porque es una celosa empedernida.

Muchos dicen que no puedes tener amigos hombres, pues al final terminan queriendo otra cosa. Ese no es nuestro caso. Matías no me ha insinuado nada fuera de nuestra gran amistad, lo que me asusta es que quizás sea yo la que quiera cambiar los términos de esta relación.

Capítulo 1

Amelia

Salgo del aula desorientada mientras hago el intento de encontrarle algún sentido a lo que la profesora estaba diciendo. Soy consciente de que lo más probable es que repruebe. En estos últimos días mi mente ha estado distraída, necesito encontrar un empleo con urgencia y, quizás, pueda estar en paz.

¿A quién pretendo engañar? He estado mal después de que vi, hace dos noches, a Matías y a su novia comerse la boca en el pasillo del edificio donde vivimos.

No sé qué es lo que me está pasando, hace un tiempo tengo sueños con él que no son normales. Es decir, Matías siempre ha estado en mi vida, es parte importante de mí y puedo asegurar que hasta de mi familia. Incluso, mis padres lo prefieren a él, lo tratan mejor y le dan las mejores cobijas cuando los visitamos en vacaciones o en Navidad. Pero de ahí a llegar a pensar en él como algo más, es raro.

No puedo negar lo apuesto que es. Sus ojos preciosos, ese cuerpo bien formado y musculoso. Además de elegante, caballero y educado. Matías es el sueño de cada mujer, estoy segura de que su novia debe sentirse muy afortunada de tenerlo. Mi mente repasa sus labios carnosos y apetecibles. Nunca los he probado y puede que esa sea la causa de que los desee tanto. Rayos, debo dejar de pensar en mi mejor amigo de esa manera.

—Oye, ¿me puedes ayudar con esto?

Me giro ante la voz grave y mi mirada se posa en el chico rubio de ojos claros que extiende un papel en mi dirección. Está vestido con *jeans* rasgados en la zona de las rodillas y camiseta negra pegada al cuerpo. No es tan musculoso, pero tampoco es un flacucho. Un gorro de lana retiene parte de su cabellera, dejando que varios mechones le salgan por los lados. En su espalda cuelga una guitarra eléctrica roja.

—¿Perdón?

Parpadeo, intento enfocarme en lo que quiere decir para poder entenderlo.

—Que si me puedes ayudar con el aula donde me toca la próxima clase. Soy nuevo y creo que estoy perdido.

Sonríe, apenado, y noto las pecas que le cubren las mejillas.

—Ah, sí, claro. —Tomo la hoja de su mano y verifico su horario. El chico estudia música, me parece muy interesante—. Te toca justo al doblar, en ese pabellón.

Asiente, dudoso, y le entrego la lista.

—Muchas gracias.

Se aleja y no le puedo quitar los ojos de encima hasta que lo pierdo de vista.

Las horas pasan lentas, aun si me pierdo en mis pensamientos sobre qué haré en lo adelante.

Una vez terminan las clases, regreso al edificio. Subo las escaleras y me detengo frente a la puerta.

«No puede ser».

Busco con desespero la llave del apartamento en mi bolsa, sin éxito. Vacío todo en el piso y verifico minuciosamente cada una de las cosas por si se quedó enredada. Es inútil, al parecer la he perdido y me he dado cuenta de que había un vertedero en mi cartera. Es increíble que hasta pasta dental tenía ahí dentro.

En mi defensa, debo decir que soy una mujer precavida. Si me pasa algún percance en la calle, puedo arreglarlo con lo que llevo en mi bolso. Resoplo y devuelvo todo lo que saqué. Me siento con desgana en el piso frente a la puerta de mi apartamento.

—¿Qué pasó, Amelia? —Me pongo de pie y me abalanzo a los brazos de Matías, quien me mira como si fuera un bicho raro.

—Eres mi héroe.

Me quedo embobada en sus ojos. Me sujeta por la cintura y, aunque sé que solo lo hace para sostenerme, como siempre, no me siento igual que antes.

Me separo de repente, soy consciente de que esto está mal; no solo porque él nunca me vería como algo más que su amiga, sino que Matías tiene novia y debo respetarlo. Me observa, se ha confundido por mi cambio repentino. Sus brazos aún siguen extendidos hacia mí y me invitan a que me funda en ellos.

—Ven conmigo.

Entro detrás de él a su apartamento. Me acomodo de manera despreocupada mientras camina directo a la cocina.

—Tienes suerte de que tenga una copia de tu llave, Amelia. Eres tan desordenada que sabía que esto tarde o temprano iba a pasar.

Asiento a pesar de que no me está mirando, y disfruto de la suavidad de las colchas que tiene en su sofá.

—Por eso te amo...

Hago silencio y miro a todos lados, asustada. Solo espero que no me haya escuchado.

Regresa, sonriendo con picardía. Trae dos tazas de té y las pone en la mesita del centro. Se sienta a mi lado, después me pasa una. Le doy un sorbo largo, me encanta el sabor a menta.

—Hablé con mi jefe, estoy tratando de conseguir un empleo para ti en el gimnasio. —Escupo el líquido, esto provoca que él se exalte—. ¿Qué rayos!

Me alejo tosiendo e intento respirar.

—Lo siento —digo más calmada—. No es buena idea, Matías. Mírame, nadie me tomará en serio con este cuerpo.

No es que tenga algún complejo ni que me sienta mal con él, solo no considero que pueda trabajar ahí si estoy con mis libritas de más.

—Eso no importa, Amelia. Puedes aprovechar para hacer ejercicio y llevar una vida saludable.

Lo pienso, no debe ser tan malo. Además, voy a ver todos los días a Matías.

Acepto y chocamos las manos. Él me la aprieta y se queda así por unos segundos. Los nervios atacan al percatarme de la manera en que me mira.

Tengo miedo, debo dejar de tener estos pensamientos y de creer cosas que no son. El pecho se me encoge cuando me suelta, siento un vacío apoderándose de mí. Se levanta del sofá en silencio, saca su teléfono del bolsillo del pantalón y contesta una llamada.

Habla muy animado con alguien que estoy segura de que es su novia. Luce muy feliz y radiante. Suspiro con pesar, quizás deba buscarme un novio o un chico con quien salir y así dejar de tener estos pensamientos hacia mi amigo.

El problema es que no tengo suerte en el amor. Hace unos meses salía con un chico lindo y que me trataba como una reina. Me llevaba cinco años, pero no importaba, él realmente me gustaba. El inconveniente fue que descubrí que estaba casado, con tres niños y uno en camino. Qué decepción.

Cuando lo supe, le rompí los vidrios de su carro con un bate de béisbol. Lo perseguí para golpearle la cabeza, pero huyó de mí como un cobarde. No fue hasta que llegué a mi casa que tuve la libertad de llorar por el engaño.

Matías camina a su cuarto hasta que solo se escuchan los murmullos de la conversación que está teniendo. Me dirijo hacia la salida dispuesta a irme. Me acomodo frente a la puerta de mi apartamento, esperando que él se digne a venir con mi llave mientras debato en mi mente qué es lo que voy a hacer ahora que estoy convencida de lo que en realidad siento por él.

Capítulo 2

Matías

Maldigo para mis adentros al salir del gimnasio y percatarme de que ya ha oscurecido. Un cliente me retuvo más tiempo del que era necesario con sus preguntas y curiosidades.

Sostengo la mochila y camino a pasos apresurados por la calle desierta, porque mi auto se averió hace días y aún está en el taller.

Me siento ansioso por llegar a casa para darle la buena noticia a Amelia de que tiene una entrevista mañana a causa del empleo en el gimnasio. No es la gran cosa, pero estoy seguro de que le vendrá de maravilla. Además, puedo echarle un vistazo cada cierto tiempo y evitar que cometa una locura.

Amelia es la chica con el corazón más hermoso y noble que he conocido. El único inconveniente es que siempre se mete en problemas, no se queda callada ni para salvar su vida si cree que tiene la razón y, además, su paciencia es escasa.

Sonrío al recordar las locuras que cometía cuando éramos unos niños. Me involucraba y salía castigado por ella sin haber sido culpable. Es distraída, desordenada, extrovertida. Dispuesta a lo que sea para lograr lo que quiere. Bella, simpática, la mejor amiga que podrías tener.

Cuando me dijo que había conseguido un apartamento donde viviría sola, inmediatamente busqué la forma de mudarme cerca. Me salió mejor de lo que creía, porque encontré uno al lado del suyo. Desde que la conozco he tratado de estar ahí, protegiéndola hasta de ella misma y cubriéndole la espalda.

Sus padres confían en mí y me pidieron que, si estaba en mis manos, la cuidara. No me siento obligado a nada, pues hay una necesidad en mi ser de mantenerla a salvo. Ella es una chica difícil, pero su corazón es frágil. La han dañado en el pasado, muchas veces he tenido que verla llorar —cosa que detesta— por idiotas que no han sabido valorarla.

Me detengo al escuchar los gritos procedentes de un callejón. El clamor de auxilio de una joven, y la risa de varios hombres, me alerta. El corazón se me acelera por la anticipación y camino hacia ese lugar.

Avanzo despacio. Hay tres hombres de espaldas y uno en el centro embistiendo sin piedad a una chica semidesnuda. Mis manos se cierran y doy pasos rápidos hasta que escucho un disparo.

Los pies se me detienen, dejo caer la mochila al suelo y mi vista no se aparta de la escena.

«La asesinaron».

Uno de los tipos me mira y nuestros ojos se cruzan. El corazón se me quiere salir del pecho, las manos me empiezan a sudar. Me señala y los demás se giran. Me pongo en alerta cuando caminan en mi dirección.

Reacciono y corro lo más rápido que me permiten las piernas. Escucho los pasos detrás de mí mientras vociferan cosas que no logro entender y ríen con burla.

Entro a una bodega y paso a la parte de atrás. Un señor, que entiendo será el dueño, me mira de arriba abajo.

—Ya se fueron, joven. Pasaron de largo.

Asiento, aún ido, sin poder creer lo que acabo de presenciar.

—Gracias —logro decir y salgo mirando por todas partes con recelo.

Sin saber cómo, llego al edificio donde vivo. Las manos me tiemblan y todavía tengo la mirada perdida. Los gritos de la chica hacen eco en mi mente. Debí hacer algo, quizás si hubiese

sido más rápido estaría con vida.

Unos murmullos me sacan de mis pensamientos y poso la vista en Amelia y Claire, que discuten sobre algo frente a la puerta de mi apartamento.

Camino con premura hacia ellas, con la esperanza de que no hayan dicho nada hiriente todavía. Sé que a Claire no le cae bien Amelia, ella suele ser muy protectora.

—Hola —saludo y ellas se giran para mirarme.

Mi novia se abalanza sobre mí. La atrapo para que no se caiga y me besa apasionadamente. Sé lo que hace, trata de dejar algo claro a Amelia. La miro, está con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Aparto con cuidado a Claire y me acerco a mi amiga para abrazarla. Su postura es rígida, su mirada se muestra dolida. Camina hacia su apartamento, pero yo soy rápido y la agarro por el brazo.

—Hablé con mi jefe, Amelia. Mañana tienes una entrevista.

Se suelta de mi agarre, después camina lejos de mí.

—Gracias, que tengas una linda noche.

Abro la boca para decir algo más, pero ella entra con rapidez y azota la puerta.

—No me gusta esa mujer, Matías. Es obvio que está enamorada de ti.

Entorno los ojos con cansancio y entro en mi apartamento, a sabiendas de que ella me sigue.

—Deja de decir tonterías, Amelia y yo somos como hermanos.

Ríe sin gracia y se arrima de manera seductora.

—Si hubieses escuchado todas las cosas horribles que me dijo... —Me rodea el cuello con sus brazos—. Ella me odia, Mat, solo que no se atreve a decírtelo.

Niego con la cabeza y me aparto, enojado por cómo habla.

—¿Puedes dejar tus celos infundados? Ya te he dicho mil veces que ella y yo somos amigos.

Camino hacia mi cuarto, estoy cansado de lo mismo. No es la primera vez que Claire se queja y me habla mal de Amelia. Sé que es una chica difícil y que puede que a mi novia le caiga mal, pero me molesta sobremanera que se refiera a ella de manera despectiva.

—Y encima de todo eso, ahora trabajará contigo.

Cruza los brazos y me mira con desdén.

Resoplo, hastiado, deseoso por darme un baño y poder descansar. Espero que logre sacarme esa imagen de la cabeza, aunque creo que eso es imposible. ¿Debería llamar a la policía y decirles todo lo que vi?

No pude distinguir a los tipos, pero eran jóvenes. Me paso la mano por los rizos, tratando de espantar esos pensamientos.

—Ven, amor. Estás muy tenso.

Claire me masajea los hombros y echo la cabeza hacia atrás. Se aleja a la vez que se va desnudando poco a poco, después camina directo al baño. Suspiro, luego pensaré qué debería hacer respecto a esos criminales.

Me desnudo por completo y entro a la ducha, donde ya se encuentra la bañera llena y, junto a ella, mi bella novia. Me acorrala entre sus brazos, su boca se adueña de la mía con hambre.

Le correspondo al tiempo que me siento y la acomodo sobre mí. Sus besos bajan a mi cuello, me aferro a sus caderas dejándome llevar.

Las imágenes de la chica, sus gritos y la risa de los tipos no abandonan mi mente. Me alejo aterrorizado de Claire; ella me mira con hastío y se levanta furiosa. No muevo un músculo, la realización de lo que pasó cae sobre mí como balde de agua fría.

«Mi mochila se quedó tirada en ese callejón».

Capítulo 3

Amelia

Matías me observa desconcertado cuando le extiendo el casco púrpura de brillos. Pongo los ojos en blanco por lo infantil que parece.

Agacha la cabeza, noto que está desanimado, como si algo le preocupara.

—No usaré eso, Amelia, y tampoco me subiré en esa cosa.

Frunzo el ceño, ofendida. ¿Cómo se atreve a hablar así de Violeta?

—No digas eso delante de mi bebé, mejor agradece que puedo llevarte.

Acaricio mi medio de transporte mientras él me mira como si estuviera loca.

Resopla y se pone el casco, luego se acomoda detrás de mí. Me aprieta la cintura cuando empiezo a manejar. Sus brazos alrededor de mi cuerpo me ponen mal. Percibo calor, el corazón me late desbocado.

Es gracioso porque él es muy grande, por lo que la motoneta luce pequeñita. Estoy arropada por su aroma, percibo su aliento y su cuerpo duro contra el mío me hace pensar cosas.

¿Cómo se sentirá hacer el amor con Matías? ¿Será apasionado, dulce o salvaje? Las imágenes de él sobre mí me inundan la mente y parpadeo en un intento de componerme porque estoy conduciendo y podría ocasionar un choque.

Aparco frente al gimnasio y Matías casi se tira de la moto. Lo miro de mala manera porque se toca el cuerpo para verificar que está completo. Idiota.

—Eres un dramático de lo peor.

Retiro el casco de mi cabeza. Me acomodo el pelo para que se vea presentable o eso trato.

—¡Tú estás loca! —grita y me exalto por su arrebato—. Eres un peligro al volante, casi nos matas.

Entorno los ojos, luego camino hacia la entrada.

—Estoy acostumbrada, no es una cosa del otro mundo.

Me toma del brazo, lo que provoca que choque con su pecho.

—Te saltas las señales, vas muy rápido y te distraes mucho.

Levanto la cabeza, sus ojos lucen angustiados. Rayos, está preocupado por mí de verdad.

—Tendré cuidado la próxima vez —susurro sin apartar la mirada de la suya.

Mis ojos bajan a sus hermosos labios, el deseo de probarlos me embarga y me acerco más a él.

Percibo su respiración en el rostro. Sus ojos claros están dilatados, se muerde el labio inferior con lentitud. Mi cuerpo tiembla, un nudo en la garganta me asfixia, siento que me puedo desmayar en cualquier momento.

«Hazlo, bésame».

Sus manos se posan sobre mis brazos con suavidad antes de desviar la mirada y me aleja. Camina hacia la puerta y entra en el gimnasio. Me quedo aquí, quieta, desorientada, con un dolor en el pecho.

Me toman varios minutos para volver en sí. Una vez dentro, Matías me lleva a la oficina para la entrevista.

Kevin, el jefe de él, me explica lo que voy a hacer. Mis funciones serán recibir a los clientes, serviré de cajera y asistiré a los entrenadores en lo que necesiten. Asiento a todo con desgana, el «momento fallido» me ha dejado un malestar estomacal que me está volviendo loca.

¿Por qué siempre tengo que enamorarme de las personas incorrectas? He tenido tres relaciones en mis veintiún años y todos me han hecho sufrir.

El primero era un patán que solo me quería llevar a la cama. No lo consiguió y se encargó de difundir por toda la escuela que era una puta.

El segundo lo conocí en unas vacaciones en casa de mis padres. Estuvimos hablando durante varios meses, luego nos hicimos novios. El hecho es que no quería nada serio y omitió esa parte. Me dolió cuando usó el pretexto de que yo nunca sería tan bonita como para estar a su altura. Hasta me dijo que era gorda, creída y loca.

El tercero tenía una familia y la estaba agrandando.

Por mi bien, es mejor que deje esos sentimientos por Matías enterrados. Dicen que amar es una decisión, así que desde hoy seré firme y no dejaré que sus encantos me distraigan.

—¿Qué te parece? —Agacho la mirada y asiento, esperando a que se vaya.

Lo menos que necesito es verlo con su ropa deportiva ahora que he decidido superarlo.

A Matías todo le sienta bien, pero esos pantalones ceñidos a sus tonificadas piernas y esa camiseta sin mangas me ponen mal. Sus brazos al descubierto son una tentación, te incitan a abrazarlo y nunca dejarlo ir. Rayos, esto será más difícil de lo que creía.

—Bueno, tengo que ir a trabajar, nos vemos en la salida.

Es cuando se aleja que puedo respirar en paz.

Después de todo un día laboral, porque me dejaron desde hoy, al fin puedo retirarme.

Avanzo hacia mi motoneta con el cuerpo adolorido. Nunca imaginé que trabajar en este lugar podría ser tan duro. Estoy agotada, las caminatas de aquí para allá fueron eternas. Matías se ha burlado de mí diciendo que soy una perezosa y por eso me siento tan mal.

Escucho su voz detrás de mí, al parecer habla con otra persona mientras se acerca. No le hago caso y me subo a la moto. Estoy ansiosa por llegar a casa.

—¡Amelia, espérame! —Lo miro, desconcertada, pensé que no se iba a ir conmigo luego de lo que vivió esta mañana.

—Toma un taxi, Matías. Adiós.

Hago ademán de encender el vehículo, pero me agarra el brazo.

—No te dejaré sola.

Toma el casco de mi mano, luego se lo coloca. Se sube pegando su cuerpo al mío otra vez. Resoplo con la esperanza de llegar pronto.

Miro por los espejos y veo a un hombre, vestido completamente de negro en una motocicleta, que juraría que nos sigue. Sacudo la cabeza, quizás los dedos de Matías enterrados en mi cintura me hayan puesto a alucinar.

Me detengo porque quedamos en que íbamos a comer. Él no ha dejado de mirar a todos lados con recelo. Algo lo está preocupando y no se atreve a decirme.

—¿Qué sucede? —Niega y me guía hacia la mesa más alejada.

Tomo el menú y mi boca se hace agua al pensar en una jugosa hamburguesa con papas fritas.

«Es justo después de un día tan estresante y agotador».

Comemos en silencio, sin atrevernos a mirarnos a los ojos, perdidos en nuestros pensamientos. No entiendo a Matías, es muy raro que actúe de esta manera.

—Gracias por hablar por mí, me has sacado de un apuro.

Me mira directo a los ojos y sonríe de lado.

—No es nad... —Deja caer el cubierto.

Se queda paralizado y con la vista puesta en un punto fijo detrás de mí.

Lo observo, confundida por su comportamiento. Sigo su mirada y logro vislumbrar lo que le preocupa.

El hombre de negro, el que nos perseguía, está parado en la entrada del lugar. Mantiene su casco en la cabeza y extiende un bolso hacia Matías.

Este se levanta y sus ojos se posan en mí por un segundo.

—Debemos irnos.

No replico y lo imito.

—¿Quién es ese tipo?

Salimos de ahí sin ver rastros del hombre que le extendía el bolso.

—Te contaré todo cuando lleguemos a casa.

Capítulo 4

Amelia

Me cubro la boca al escuchar todo lo que Matías presenció. Él agacha la cabeza con pesar. Soy consciente de que se siente culpable porque no pudo hacer nada para salvar a esa chica.

Estamos en su apartamento.

Al principio no le salía la voz y lucía muy nervioso. No es para menos, no tenemos idea de quién es la persona que nos seguía ni qué pretende.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunto y él me mira horrorizado.

—¿Qué voy a hacer? —Se sienta frente a mí en la mesita de centro—. Ese tipo te vio conmigo, Amelia, temo que estés en peligro.

Mi corazón se acelera al entender lo que dice.

—¿Quién era ese hombre? Quizás si vamos a la policía...

Niega rápidamente.

—No tengo idea de quién puede ser, pero estoy seguro de que es uno de los que abusaron de la chica. —Se levanta y camina de un lado a otro—. Por lo menos, no tenía ningún documento personal en ese bolso, solo ropa y algunas toallas.

—Debes ir con la policía, Matías. No puedes andar por ahí así.

Asiente y me agarra las manos. Me levanta, de modo que quedemos frente a frente.

Matías es más alto que yo, pero no por mucho. Mi complexión hace que me vea bajita.

Sus ojos me miran de una manera que no logro descifrar. Siempre nos hemos conocido, pero ahora lo veo diferente. No quiero pensar más en él así, deseo despertar un día y que no esté este sentimiento que me está dañando.

—No vayas a ningún lado sola, Amelia. Voy a acompañarte hasta que esté seguro de que no corres peligro.

No podría soportar estar cerca de él a cada instante si quiero olvidar que lo amo. Aunque será difícil, ya que trabajamos juntos.

—Eso es exagerar. —Suelto una risita nerviosa—. Además, solo voy a la universidad y al trabajo.

—¡Eso es lo que más me molesta de ti! Todo lo tomas a chiste, esto es serio. —Me exalto por su arrebato—. Te conozco y sé que no tendrás ningún cuidado, Amelia.

Sus ojos lucen angustiados, deja caer los hombros con gesto de resignación.

—Estaré bien —susurro con la esperanza de que no se moleste más de lo que está.

—Eres muy importante para mí, linda. Me moriría si algo malo llega a pasarte.

Asiento, distraída. Perdida por completo en sus ojos color miel.

Me acaricia las mejillas y cierro los ojos, puedo percibir su aliento chocar con el mío. Mis labios pican de deseo, esperando sentir los suyos y nunca llegan.

Un frío se apodera de mi cuerpo cuando se aleja. Abro los ojos, encontrándome con los de Matías que me mira con espanto. Me cubro la boca con una mano, ya que lo arruiné todo. Quiero salir corriendo, pero estoy paralizada en el mismo lugar. Mi mente repasa todas las cosas que él debe pensar ahora.

No puedo seguir aquí. Da unos pasos hacia adelante, yo retrocedo. La puerta se abre de repente y entra Claire, quien se cruza de brazos cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Qué hace esta tipa aquí contigo, Mat?

Él no responde, se queda quieto sin apartar su mirada de mí.

—Yo ya me iba —digo y camino hacia la salida.

Espero una palabra de él o algún gesto de su parte, mas no hay nada.

***

Nuestros labios se juntaron, el beso se volvió apasionado y él se posicionó sobre mí. Los cuerpos desnudos y sudorosos se movían al compás de la canción que resonaba en la radio. Sus manos se posaron en mi rostro, me miraba con amor y deseo.

—Te amo.

***

Doy pasos apresurados mientras arrastro el bolso lleno de cuadernos. Tropiezo porque el pelo me cubre parte del rostro.

«Soy un desastre y estoy de mal humor».

Me detengo y echo el cabello hacia atrás con las manos, luego suspiro en un intento de calmarme. Es inútil, ya llego tarde. Conociendo al profesor de Estadísticas, estoy segura de que voy a reprobar su materia.

Estudio Contabilidad. Empecé algo tarde mis estudios universitarios porque no me decidía y quería tener mi propio lugar donde vivir.

Mis padres al principio se opusieron. Ellos creen que no puedo valerme por mí misma porque son muy sobreprotectores. Fueron muchas las discusiones cuando les dije que quería vivir cerca de la universidad. Mi madre dejó de hablarme por días y mi padre me dio la charla del año.

Sin contar que llevan mi calendario menstrual porque están horrorizados con la idea de que me pueda quedar embarazada. Fue muy vergonzosa la «conversación importante» que me dieron la última noche que dormí en su casa.

Me hablaron de sexualidad, de todo lo que debía hacer si un chico se quería aprovechar de mí y que no entregara mi virginidad sin compromiso. Fueron las dos horas más terribles de mi vida.

Nunca me he acostado con un hombre. No porque sea una santa, sino que no pienso tener intimidad con alguien que no lo merezca. Además, mi historial no es bueno y tengo miedo de que me rompan el corazón más de lo que han hecho ya.

Otra razón es que quería que fuera con Matías. Quizás él no lo recuerde, pero cuando éramos pequeños prometimos que seríamos la primera vez de cada uno. Sí, estoy segura de que lo olvidó porque él ha tenido varias novias y chicas de una sola noche.

Matías no es un santo, lo sé, por eso ya no sueño con entregarme a él como antes. Además, era cosa de niños y no sabíamos de qué hablábamos. Nunca pasó por mi mente que me iba a enamorar. Rayos, es el chico que me seguía a todos lados y que hacía lo que yo quería.

Ahora estoy esperando al indicado, aunque al paso que voy moriré virgen y criando gatos.

—¿Podrías apoyarnos? —El chico rubio, al que había ayudado con su horario, me extiende un papel. Lo miro con recelo, lo tomo y leo como si de un insulto se tratara—. Mis amigos y yo nos vamos a presentar en un bar y me gustaría que fueras.

Está vestido de negro, su cabellera rubia en una colita y con algunos mechones de pelo cayéndole por la frente. Tiene su guitarra atada en la espalda y una mochila colgando en uno de sus hombros.

—Ah, claro.

Sus ojos azules me escanean con profundidad, esto hace que me sienta incómoda.

—Muchas gracias, toda la información está en el volante. —Asiento con confusión, no sé por qué este chico me intimida—. Por cierto, mi nombre es Ruddy Benson.

Extiende su mano y la miro con recelo.

—Amelia Díaz.

Le correspondo el saludo y él aprieta levemente.

—Mucho gusto, espero que podamos ser amigos.

Se aleja y camina hacia unos chicos que lo esperan junto a un auto.

Observo la invitación, será en unos días y me gustaría ir acompañada. Le pediré a Matías que vaya conmigo, eso sería agradable.

Capítulo 5

Matías

Observo a Claire, quien yace desnuda sobre mi cama. Verifica algo en su celular mientras se muerde los labios por la concentración. Mi novia es una chica hermosa, sus ojos color avellana son muy expresivos.

La conocí en una disco. Esa noche andaba con unos amigos y me la presentaron. Estaba ebrio cuando la traje al apartamento. Para ser sincero, no tenía planeado tener una relación con ella. Eso cambió porque coincidimos en varios lugares.

Empezamos a salir y ya llevamos unos meses de noviazgo. No me quejo, Claire es una chica maravillosa. No trabaja, pero estudia Publicidad. Ella dice que quiere ser modelo, ha tenido algunas oportunidades con pequeñas tiendas de ropa que la han contratado.

—Estás muy pensativo, Mat. A veces creo que tienes otra.

La miro de mala manera, ¿acaso la escuché bien?

—¿Perdón?

Deja el teléfono en la mesita de noche y se posiciona sobre mí. Me pasa un dedo por la mejilla.

—Últimamente estás muy extraño. No quieres salir, casi no me hablas... —dice con reproche.

No le he contado a Claire lo que pasó hace unas noches porque no considero que sea prudente. Estoy seguro de que ella hará un drama innecesario. Además, no me he vuelto a topar con el tipo extraño ni he visto nada fuera de lo común.

Estoy tratando de no dejar salir sola a Amelia, ha sido toda una odisea porque esa chica es un tornado. Ha estado evitándome como la peste. Tal vez su comportamiento se deba al momento raro que pasamos hace unos días.

—Todo está bien, Claire. Puedes estar tranquila. Respeto nuestra relación.

Entorna los ojos y se baja de mi regazo.

—Dices eso y siempre estás con esa mujer a la que no soporto. —Camina por la habitación mientras busca sus cosas—. Quiero pedirte un favor, amor. —Su voz se suaviza de repente.

—¿Sí?

Me agarra la mano y se balancea de un lado a otro con nerviosismo.

—Sé que no tenemos mucho tiempo, pero he estado pensando en que podríamos empezar a vivir juntos.

Retiro su toque con brusquedad ante la sorpresa que me han causado sus palabras.

—No, es muy pronto.

Me levanto de la cama y busco mi ropa para vestirme.

Sus palabras me han dejado desorientado. Claire está más celosa que nunca y pelea por nada. No me imagino cómo podría vivir con ella. Además, sería desastroso para Amelia.

No le debo explicación de mi vida privada, pero ella no lo tomará a bien.

—¡Entonces yo soy un entretenimiento, Matías! —alza la voz y la miro confundido por su reacción—. Si solo soy un juego para ti, dímelo, que no puedo perder el tiempo.

—Estás loca —es lo único que logro decir, riendo nervioso.

—¿Loca?, porque te digo la verdad. Estoy segura de que te estás revolcando con la puta esa que llamas amiga.

—¡Largo de mi casa! —Mi ira se desborda y ella aprieta las manos con enojo—. No vuelvas a hablar mal de Amelia. Desde el principio te la presenté y sabías que es mi mejor amiga. Estoy hastiado de que cada vez que te sientas insegura, quieras insultarla.

—No soy insegura, esa tipa no me da ni por los tobillos. Es una loca, fea y poco femenina.

Trato de controlar las ganas que tengo de hacerle tragar sus palabras. ¿Cómo se atreve a atacar a alguien que no le ha hecho nada?

—Es mejor que te vayas, Claire. Eres Insoportable y no estoy dispuesto a seguir con esto.

Me mira con desagrado antes de tomar sus cosas y sale del cuarto deprisa.

Me quedo paralizado en medio de la habitación. Me paso las manos por el pelo y echo los rizos hacia atrás. ¿Qué haré con ella? Lo mejor sería terminar, tengo demasiados problemas para tratar con una celosa compulsiva.

Salgo a la sala porque escucho los toques en la puerta. Abro y observo a Amelia que mira hacia todos lados apenada. Sonrío por lo tierna que se ve con ese pijama de conejo, incluyendo sus pantuflas.

Su pelo castaño está en dos trenzas que le bajan por su pecho hasta la cintura. Vaya, al fin se peinó.

—No es por ser chismosa, pero escuché ruidos y quise saber si estás bien.

Luce más tímida que de costumbre mientras juega con una de sus trenzas. Si no la conociera pensaría que es una chica normal.

—Estoy bien, linda, gracias por preocuparte. —Asiente y levanta la cabeza mirándome profundamente con sus grandes ojos verdes—. Solo tuve una discusión con Claire, nada fuera de lo común. —Hace una mueca y se gira, pero la detengo—. ¿Quieres pasar y compartimos un té? —Me sonríe, después entra a la casa.

Coloco las dos tazas del té favorito de Amelia frente a nosotros y me siento. Ella ha estado callada y tranquila, cosa que me resulta muy sospechosa. Sopla con cuidado, luego le da pequeños sorbos a su bebida. Tomo la mía y hago lo mismo.

—¿No has ido a la policía, Matías?

Niego varias veces.

—No sé si sea buena idea, además, no he visto nada raro en los últimos días. —Asiente, dudosa—. Pero dime qué has hecho, siento que me estás evitando.

Sonríe, nerviosa, y carraspea.

—Estás mal, no te estoy evitando. Como ya tienes tu auto, no le veo caso a irnos juntos.

Desvío la mirada. Me da rabia que conozca el problema en que estamos metidos y aun así se comporte de un modo tan infantil.

—Sí, pero te había dicho que quiero cuidarte.

Suelta una carcajada que me deja desconcertado.

—¿Cuidarme? No seas tonto, Matías. No soy una niña, sé valerme por mí sola. —Asiento porque no tiene caso discutir con Amelia—. Además, conocí a alguien.

«Oh, no».

—¿A alguien? —Sonríe como tonta—. Al fin tendrás una nueva amiga, me alegro.

—No, es un chico y es músico. De hecho, me invitó a una presentación que tiene mañana, dijo que le gustaría verme allá.

Parpadeo mientras trato de estabilizar mi respiración que se ha tornado agitada.

Amelia que conoce chicos no es buena señal. Ella se enamora con facilidad y deja de lado su raciocinio. Me molesta lo feliz que se ha mostrado al hablar de ese tipo. No lo conozco, pero estoy seguro de que no es bueno.

—Oh —es lo único que logro decir.

Sus grandes ojos me observan con detenimiento y luego sonríe.

—Sí, y quiero saber si puedes ir. Bueno, si tu novia te deja —suelta como si nada y mira sus uñas con interés.

Me levanto. No sé por qué me molesta tanto que quiera reunirse con ese musiquito.

—Por supuesto que iré. No pienso dejarte a tu suerte, y más con personas extrañas.

Las palabras destilan veneno al salir de mi boca, siento un sabor amargo y mi pecho se contrae al verla tan emocionada por ese chico.

¿Será que le gusta? No lo dudo. Amelia es una chica hermosa, con una personalidad peculiar pero encantadora. Debo ir y asegurarme de que ese tipo es de fiar.

Ella se levanta del sofá, se estira y bosteza con dramatismo.

—Tengo tanto sueño, Matías. Es mejor que me vaya.

Asiento, enojado sin razón aparente. Ella me mira con curiosidad y camina hacia la salida.

—¡Espera! —Se detiene y le tomo la mano entre la mía—. Duerme bien.

Luce decepcionada al momento que sale del apartamento.

Suspiro. Debo dejar de pensar en ella de esa forma. Más aún después de lo que descubrí y que su madre tanto ha guardado. Solo espero que Amelia no salga destruida cuando sepa la verdad.

Capítulo 6

Amelia

Me muevo de un lado a otro con el teléfono pegado al oído y lo sostengo con el hombro derecho, mientras verifico mi vestimenta.

—Te hablo en serio, Amelia. No quiero que andes por ahí sola, espero que estés en tu cama lista para dormir.

Entorno los ojos y me espanto al pensar que quizás se dio cuenta. Mi madre odia ese gesto.

—Es viernes por la noche, mamá, me invitaron a un recital y voy a ir.

Me encojo, esperando el grito dramático de su parte, pero solo la escucho resoplar.

—Cuídate mucho, mi niña, ve con Matías y no te despegues de él. —Asiento a sabiendas de que no me puede ver—. No bailes con otro chico, y si se te acercan usa el gas pimienta. Lo tienes, ¿cierto?

Pongo los ojos en blanco de nuevo ante su exageración.

—Sí, mamá. Siempre ando con Troy a todas partes.

Se carcajea al escuchar el nombre que elegí para el gas.

Digamos que me gusta ponerles nombres a algunos objetos. Tengo un peluche que duerme conmigo llamado Matías. Él me lo regaló, es mi favorito.

Luego de escuchar el sermón de siempre, y de hablar con mi papá, cuelgo la llamada. No sé si todos los padres son tan exagerados. Es cierto que aún soy un desastre en ciertos aspectos, aunque he madurado.

Trabajo, vivo sola y estoy haciendo mi vida de a poco. Sí, lo mejor que hice fue salir de la casa de mis padres. Debo cometer mis propios errores para madurar.

Miro la hora en el reloj. Matías dijo que me iba a acompañar, pero hoy no ha dado señales de vida y no fue al trabajo. Muy extraño, por si te lo preguntas, él es muy responsable.

Marco su número y sale el buzón de voz. Otro intento y otro.

Toman la llamada.

—¿Qué quieres? —La voz horrorosa de Claire se escucha fuerte y clara.

—Necesito hablar con Matías, por favor.

—Deja en paz a mi novio, arrastrada.

Cuelga la llamada.

Mi corazón decae al ser consciente de que él olvidó mi invitación o quizás lo recuerda y no le importa. Claro, es mejor pasar el tiempo con su novia que conmigo. Ella le da cosas que yo no.

Agarro mi bolso y camino desganada hacia la salida. La noche se ha arruinado.

***

El bar está abarrotado de personas, me muevo entre ellas, tratando de pasar adelante para tener una mejor vista hacia la tarima. Lo veo, Ruddy toca su guitarra y canta. Hay tres chicos más que usan la batería, el bajo y el piano.

La música es preciosa, te lleva a otro lugar con su melodía. Sus ojos azules se cruzan con los míos, sonríe y canta sin apartarlos de mí.

Es un chico hermoso en todos los sentidos. Lleva el pelo dentro del gorro de lana, está vestido de negro con sus *jeans* rasgados en las rodillas. Sus amigos van vestidos casi igual, pero,

al parecer, él es el cabecilla.

Los aplausos y silbidos se hacen presentes cuando acaban de tocar. Hago lo mismo, maravillada por el gran espectáculo que han armado. Fue bueno venir aquí para distraer la mente y dejar de pensar en cierto moreno de ojos miel.

—Me alegra tanto que hayas asistido.

Ruddy me da un beso en la mejilla en forma de saludo.

—Yo también. Son buenos y tú cantas muy lindo.

Sus mejillas pecosas se tornan rojas, esto lo hace ver más adorable aún.

Nos movemos a la barra, donde pedimos algunas bebidas. Me tomo una cerveza para no pasar por tonta. No me gusta el alcohol, pero un poco de vez en cuando no me hará mal.

—¿Cuántos años tienes, Amelia? —Se acerca para que podamos hablar sin que nos moleste la música.

—Veintiuno, ¿y tú? —Sonríe y bebe de la copa.

—Igual.

—Estudio Contabilidad. Sé que es un poco tarde, pero ahí voy.

Juego con timidez con los dedos, no sé para qué le di ese dato. Parezco tonta.

—No te preocupes, estamos en las mismas. A mí me pasó que iba a estudiar otra carrera, pero luego cambié de opinión.

Noto que su postura relajada se vuelve tensa.

—¿Qué ibas a estudiar? —Sus ojos se muestran cristalinos y sé que no debí preguntar eso.

—Medicina. Cuando era niño amaba esa profesión, pero ahora la aborrezco.

Desvía la mirada y frota sus muñecas llenas de pulseras.

—Ro, ya nos vamos.

Sus amigos me miran con curiosidad.

Nos presenta: Marcus es el pianista. Es un chico asiático, de estatura promedio y con el pelo negro cortito. Esteban es el que toca el bajo, castaño, ojos marrones y cuerpo musculoso. Por último, Jean, el baterista. Un rubio, de orbes miel y mirada tierna.

—Está bien, me quedaré un rato más conversando con Amelia.

Ellos se despiden y se marchan.

Siento mi celular vibrar en el bolso, lo miro disimuladamente y noto que hay diez llamadas perdidas de Matías. Lo ignoro, acto seguido guardo el aparato de nuevo.

—¿Es tu novio? Quizás deberías responderle.

—No, es el odioso de mi amigo. —Asiente no muy convencido—. ¿Vives con tus padres? —cambio de tema con rapidez.

—No, Amelia, soy huérfano. Vivía con mi hermana, pero salí corriendo de ese campo en cuanto pude.

Abro los ojos al escucharlo.

—Discúlpame no debí preguntarte eso.

Agacho la cabeza, apenada por mi falta de tacto.

—No te preocupes, es un tema superado. No vale la pena sufrir por personas que no lo merecen —habla con reproche.

Me muero de ganas por saber por qué dice esas cosas, pero freno mi lengua.

—Me hubiese gustado tener un hermano o hermana, quizás mis padres no fueran tan sobreprotectores conmigo.

Su mirada cristalina se posa sobre mí.

Me permito recorrer su rostro. Ruddy es un chico muy lindo, pero sus ojos lucen tristes y angustiados. Mi celular vuelve a vibrar, pero lo ignoro.

—Debo irme ya, gracias por invitarme —digo mientras me levanto.

Él me imita y salimos uno junto al otro.

—Gracias a ti por venir.

Me acerco a mi motoneta para quitarle el seguro.

—Es linda.

Él la señala y asiento, satisfecha.

—Se llama Violeta.

Ruddy se carcajea ante lo que he dicho. No me queda de otra que unirme a él.

—Ruddy. —Nos giramos. Tres tipos con cara de pocos amigos se nos acercan y me miran de arriba abajo—. Linda chica la de hoy.

Mi cuerpo tiembla al notar las miradas que me están ofreciendo. Uno de ellos se muerde los labios y saca la lengua sin pudor.

—¿Qué hacen aquí? Les dije que no podía ir a verlos.

Los tipos avanzan aún más sin quitar sus ojos de mí.

—Por eso vinimos a verte, Ro. ¿No quieres mercancía?

Él se tensa y me mira asustado.

No entiendo qué es lo que está pasando, pero estoy segura de que algo malo debe ser. Agacho la cabeza al sentir que uno de ellos se para frente a mí, tanto que percibo su respiración.

—¿Es tu nueva novia? —pregunta mientras toca la parte del pelo que cae de mi frente.

Mi corazón late desbocado al momento en que Ruddy lo empuja lejos de mí. Al parecer les causa gracia su comportamiento porque se ríen como unos desquiciados.

—Largo de aquí, Joseph. Luego los busco.

Me agarra del brazo y me aleja de ellos hacia el otro extremo.

—No, mi motoneta. —Me suelto de su agarre porque vislumbro cómo el tal Joseph la toma y camina con ella—. ¡No! —Intento correr, pero Ruddy me lo impide apretando mi cintura.

—Tranquila, hermosa. La voy a recuperar por ti.

Mi mirada no se aparta de los hombres que se marchan con Violeta mientras las lágrimas bajan por mis mejillas

Capítulo 7

Amelia

Ruddy me ayuda a salir del taxi. Me toma de la mano y caminamos hacia el edificio donde vivo. No he parado de llorar por Violeta, eso hace que me sienta horrible porque me he mostrado vulnerable ante quien es, prácticamente, un extraño.

Él, en cambio, me ha estado consolando y juró que la iba a recuperar. No sé qué pensar de lo que acaba de ocurrir ni entiendo cómo alguien como Ruddy puede salir con esos hombres. Parecían personas muy peligrosas, su forma de hablar y mirarme aún me causan escalofríos.

Vislumbro la figura alta de mi mejor amigo, que se mueve de un lado a otro frente a la puerta de mi apartamento. Ruddy lo observa y retrocede con temor.

—Debo irme, Amelia. Recordé que tengo algo pendiente y se me hace tarde.

Estoy confundida por su reacción tan repentina. Él estaba muy normal y de un momento a otro ha cambiado su postura.

—Muchas gracias...

—¡Amelia! —Matías me interrumpe y se acerca a nosotros como un rayo—. ¿Estabas llorando? —Toma mi rostro entre sus manos y lo verifica con detenimiento.

Sus ojos se posan en Ruddy, quien luce tenso y tiene la cara hacia otro lado. Me suelta y, en un movimiento rápido, lo estampa en la pared y aprieta su cuello con saña.

Un grito ahogado sale de mi garganta al momento en que Ruddy trata de zafarse de su agarre, pero Matías presiona aún más.

—¡Si le pusiste un dedo encima te voy a matar, malnacido! —le grita en la cara y lo golpea en la entrepierna. Ruddy cae al piso encorvado, gimiendo de dolor.

Me agacho rápidamente para verificar su estado.

—¿Estás loco? —Me levanto y empujo con furia a Matías que me mira dolido—. Él no me hizo nada, idiota. Es todo lo contrario.

Sus ojos se suavizan y observa con pesar al pobre Ruddy, quien aún está quejándose.

—Se supone que no debías salir sola, Amelia. ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba por ti? Y encima no contestabas mis llamadas.

Quiero decirle tantas cosas, en cambio, solo lo miro con odio y me agacho para ayudar a Ruddy a levantarse.

—¿Estás bien? —Se apoya en mí para ponerse de pie.

—Sí —responde mirando a Matías con rabia—. Debo irme, Amelia.

Lo acompaño hacia la salida.

—Me disculpo por mi amigo, él no es así siempre —excuso al imbécil de Matías, siendo consciente de que se le pasó la mano.

—No te preocupes, nos vemos otro día.

Ruddy sale del edificio. Suspiro y camino de nuevo hacia mi apartamento.

Saco la llave de mi pantalón bajo la mirada de Matías, quien está parado a unos metros de mí. Lo ignoro y entro a mi hogar. Él lo hace también en un movimiento rápido antes de que cierre la puerta.

—Perdóname, Amelia. Pensé que ese tipo te había hecho algo malo.

Asiento, desganada, mientras camino hacia mi cuarto.

Me dejo caer en la cama en posición fetal. Lloro de nuevo al pensar en todo lo que pasó. Siento cómo acaricia mi pelo, luego mis mejillas, limpiando cada lágrima.

—S-se llevaron a Violeta —balbuceo y escondo mi rostro entre sus piernas.

—¿La motoneta?

Le digo que sí y lloro más fuerte. Me arropa con sus brazos, me estrecha contra su pecho.

Rodeo su cuerpo con los míos, aspiro su rico olor que me relaja. Siento cómo acaricia mi espalda de arriba abajo.

—Perdón por no estar ahí, se me presentó algo que no pude dejar pasar.

Recuerdo que me dejó plantada y cómo su novia me insultó.

Me alejo de él con brusquedad y él me mira espantado cuando agarro el bate de béisbol.

—¡Vete de mi casa! —Se levanta de la cama en un santiamén—. Eres el peor amigo que alguien puede tener. Me mentiste.

Camino hacia él, dispuesta a atacarlo.

—Amelia, deja tus juegos. —Trata de correr cuando tiro el primer golpe—. ¿Te volviste loca?

No respondo, mis manos tiemblan y la mente se me queda en blanco.

Es cuando se va que me permito llorar de rabia e impotencia.

***

Me remuevo y abro un ojo al escuchar las discusiones provenientes del apartamento de al lado. Trato de cubrir mis oídos con la almohada. Es sábado por la mañana, así que me gusta despertarme tarde. Pero, al parecer, Matías y la loca de su novia no me van a dejar.

Salgo de la cama enojada, con un humor de perros, y camino hacia la puerta, dispuesta a desahogar mi furia con ellos.

Veo cómo Claire sale del apartamento de mi amigo seguida por él. Lucen muy molestos. Matías solo lleva un bóxer que no deja nada a la imaginación, lo que hace que me quede como boba mirando su entrepierna. Rayos, es enorme.

—No puedo creer que hayas tomado esa decisión por mí, Claire. Estoy cansado de esto.

No se percatan de mi presencia, pero me escondo detrás de la puerta y saco la cabeza para ver mejor.

—No sé por qué te molesta tanto, se supone que tenemos una relación con planes para un futuro.

La mirada de muerte que le da Matías me causa escalofríos.

Siguen discutiendo por algo que no comprendo. Ella se pone a llorar y él luce desorientado.

¿Por qué Matías está con ella? ¿La amará de verdad? No lo entiendo, solo viven peleando. Sería desastroso tener una pareja para quedar siempre en ese plan.

Es difícil amar a alguien que quiere a otra persona, te hace sentir que no eres suficiente. Por lo menos yo me siento así. Sería tan fácil si Matías y yo fuéramos novios. Es decir, nos conocemos bien, sabemos qué cosas nos gustan y cuáles no.

No tendríamos la necesidad de pasar por momentos incómodos para presentarnos a nuestros familiares. No habría que aparentar nada, solo ser nosotros mismos.

Debo meterme en la cabeza que Matías nunca me verá más allá que como una amiga molesta y problemática.

—¡Esto se terminó! —Claire vocifera y camina por el pasillo haciendo resonar sus tacones.

Parpadeo cuando él corre hacia ella, la atrapa y forcejean.

—No te vayas así. Debes entenderme, un hijo no es un juego.

Cierro la puerta de repente, me cubro la boca con una mano.

Doy pasos hacia mi cuarto, desorientada, me tumbo en la cama con el corazón y alma destrozados. Las palabras de él hacen eco en mi mente y laceran mi pecho.

«Es hora de que me olvide definitivamente de Matías».

Capítulo 8

Amelia

Los libros caen al piso, tropiezo con ellos y me tambaleo. Una mano sostiene mi brazo y me estabilizo, después me giro para encarar al responsable.

Ruddy sonríe burlón, sus mejillas pecosas están sonrojadas y sus ojos cristalinos. Recojo los libros, enojada por causarle tanta diversión por mi desgracia.

—Te tengo una sorpresa, hermosa.

Lo miro con recelo mientras camina hacia la salida. Lo sigo y chillo de emoción al ver a mi motoneta aparcada al lado de un auto de lujo.

—¡Violeta! —Tiro mis cosas y abrazo mi moto, riendo emocionada—. Muchas gracias.

—No es nada, Amelia. Todo fue mi culpa... —Hace silencio de repente.

—¿Quiénes eran esos tipos, Ruddy?

Desvía la mirada y aprieta las manos con fuerza.

—Ellos no son importantes, olvídate de lo que pasó. Tienes tu motoneta de nuevo.

No comprendo nada, así que no respondo. Además, si él no quiere hablar de eso es por algo.

Recojo lo que había tirado y me paro delante de él.

—Debo irme —digo, luego arrastro a Violeta.

—Amelia —llama mientras camina a pasos rápidos y se paraliza a unos centímetros—, conozco un lugar donde venden una comida exquisita. ¿Te gustaría acompañarme mañana?

Abro la boca en sorpresa, ¿me está invitando a salir?

—¿Es una cita? —pregunto y él me mira espantado—. Porque si es así, tienes que saber algunas cosas. Lo primero es que no me voy a acostar contigo. Si estás esperando eso, es mejor que no pierdas tu tiempo.

Su rostro se torna de un rojo intenso.

—N-no —balbucea con ojos temerosos—. Solo es una cena, Amelia. Puedes estar tranquila.

Asiento, satisfecha. Una salida no me hará daño.

—Perfecto, dame tu teléfono. —Lo desbloquea, no muy convencido, y me lo extiende—. Toma, ese es mi número, me envías la dirección y nos vemos allá.

Doy la vuelta, dispuesta a irme a la comodidad de mi hogar, pero él me detiene tomándome del brazo de nuevo.

—Quisiera pasar a buscarte, así no andas sola por ahí. Este lugar no es seguro, Amelia, debes cuidarte.

Lo miro horrorizada por las cosas que escucho, ¿será que todos piensan que necesito protección?

—No, gracias. Puedo ir perfectamente a cualquier lugar por mí misma.

Mi enojo es evidente. Odio que me traten de inútil.

—No me malinterpretes, lo que sucede es que hay muchos delincuentes capaces de hacerte daño solo por diversión.

—¿Cómo tus amiguitos? —suelto con veneno, furiosa.

Le doy la espalda y él me gira con suavidad.

—No tengo nada que ver con ellos, Amelia. Una vez hicimos negocios y me engañaron. Ahora no me dejan en paz.

Lo miro, dudosa. Busco algún indicio de que miente, pero solo veo sinceridad en sus ojos.

—De todas formas, me mandas el mensaje y nos reuniremos en el sitio —sentencio y me voy, dejándolo con la palabra en la boca.

Aparco la motoneta frente a mi edificio y verifico que no le hayan hecho nada. Suspiro al notar que está en perfectas condiciones.

Es una tarde nublada y fría. La sensación de sentirme observada me arropa por completo, así que recorro con la mirada la calle alrededor.

Entonces lo veo, el mismo chico vestido de negro y con un casco de motocicleta en su cabeza, parado en la otra cuadra. Su brazo está extendido hacia mí y me percato de que tiene una cámara fotográfica.

No aparto los ojos y él camina hacia atrás hasta que se pierde de mi vista.

Capítulo 9

Matías

Amelia corría entre los árboles, su larga cabellera se movía al compás del viento. Escuchaba su risa, era tan contagiosa que me carcajeé sin razón aparente. Era una niña hermosa y estaba esperando a que cumpliera los quince años para pedirle que fuera mi novia.

Fue difícil para mí reconocer que me gustaba mi mejor amiga, pero ya que estaba seguro, no quería perder el tiempo. Además, probablemente muchos niños estarían detrás de ella.

El único problema eran sus rarezas. Su forma de ser despreocupada y distraída le había causado muchos inconvenientes, y a mí también. Amelia siempre me arrastraba a sus locuras, me metía en problemas que nunca ocasionaba yo.

Escuché su grito, pero no le hice caso, no quise caer en sus juegos de nuevo. Me senté en la grama, esperaba que ella saliera de su escondite.

Chilló más fuerte, gritó por auxilio y me levanté porque algo me dijo que esa vez no era un juego. Corrí en dirección a ella, las ramas de los árboles lastimaron mi rostro y terminé por los suelos alguna que otra vez.

—¡Amelia! —vociferé, atemorizado, porque no lograba verla ni escucharla.

Caminé cabizbajo hacia la casa, las lágrimas me mojaban las mejillas y el corazón me latía salvaje en el pecho.

—Matías. —Susane, la madre de Amelia, me miró con pesar y pude notar, por el rojo de sus ojos, que había estado llorando—. Debes irte a tu casa.

—No encuentro a Amelia. —Mi voz se quebró al pronunciar esas palabras que se tornaron tan amargas.

—No te preocupes, Aníbal está con ella.

Asentí, aliviado, al saber que se encontraba segura con su padre.

***

La miro de reojo, está muy animada atendiendo unos clientes sin percatarse de la observación exhaustiva que le estoy dando hace un buen rato. Amelia no me ha dirigido la palabra desde el día que intentó matarme con su bate de béisbol. Sé que fui un idiota al no ir con ella al bar, pero las cosas se me salieron de las manos.

Claire me armó una escena, hasta tuvimos que ir al hospital porque «se sentía mal». Encima de eso, me dijo que dejó de cuidarse y quiere quedarse embarazada. Lo hizo sin mi consentimiento, eso me molestó sobremanera.

No la entiendo, un día no deja de hablar de que su sueño es convertirse en una gran modelo y al otro sale con la disparatada de que quiere tener un hijo. No sé por qué le he dado tantas largas a esto, es obvio que Claire y yo no somos compatibles.

Por eso he decidido terminar con ella. Es mejor así, antes de que sea tarde.

—Amelia.

Me acerco a ella despacio, quien se gira y me mira sin mostrar emoción.

—Hola.

Le sonríe a un cliente que pasa por nuestro lado, luego sigue digitando algo en la computadora.

—¿Crees que es posible que hablemos? Como dos adultos civilizados.

Su sonrisita burlona me descoloca.

—Estoy ocupada, Matías, no puedes distraerme mientras trabajo.

Se muerde los labios al observar algo en la pantalla, concentrada.

—Será cuando acabe nuestro turno, entonces.

Niega varias veces y posa su mirada verdosa sobre mí.

—No puedo, tengo una cita.

Se encoge de hombros y vuelve a concentrarse en lo que hacía.

Aprieto las manos con rabia, ¿cómo que tiene una cita? ¿Con quién?

—¿Saldrás con el rubio ese que conoces desde hace dos días? Ya veo, otro en tu lista de amores fallidos. —Ahora me mira angustiada y agacha la cabeza con pesar. Maldición, se me pasó la mano—. Lo siento, no debí decir eso.

Ella sale de su puesto sin decir nada y camina deprisa en dirección a los baños.

«La he cagado, otra vez».

Capítulo 10

Amelia

—¿Está lista para ordenar? —La mesera pregunta por quinta vez y niego, apenada.

Llevo una hora en el restaurante y Ruddy no ha dado señales de vida. Reviso mi celular por si me ha mandado algún mensaje, no hay nada. Lo he llamado varias veces y no contesta.

Soy una tonta, siempre me pasan las mismas cosas una y otra vez. Debo resignarme, tendré que ir buscando los gatos que me harán compañía dentro de unos años.

No lo entiendo. Mi vida amorosa es un asco y no es que piense que entre Ruddy y yo pase algo, pero teníamos una cita. Pasé horas decidiendo qué ponerme y arreglando mi pelo. No es justo que me haga esto.

Me levanto de la mesa, tomo mi bolso y camino hacia la salida con la dignidad por los suelos. Odio sentirme así, como si no fuera buena para nadie.

No debí venir, tengo mucho trabajo de mis tareas pendientes que pude haber avanzado. Pero no, decidí salir con un chico que me ha dejado plantada y ni siquiera se digna a hacer una llamada.

La desolación en el pecho me ahoga. No es que esté enamorada, solo siento que quizás no sea suficiente. También me arrepiento de haber venido en taxi, debí traer a Violeta.

Camino por la calle, es una noche fría y el viento hace volar mi pelo. Mal momento para usar vestido. Todas las decisiones que tomo me salen mal.

Detengo mi andar y me percato del auto que rueda despacio, como si quisiera ir a la par conmigo. Sé quién es y me molesta que haga estas cosas.

—Sube al auto, Amelia.

Matías baja del vehículo. Me quedo en el mismo lugar, molesta por la osadía que tuvo de venir a espiarme.

—¿Quién crees que eres? —Me acerco peligrosamente y me agarra por las muñecas para evitar que lo golpee—. Suéltame. —Forcejeo, pero él ni se inmuta.

—Perdóname, Amelia, sé que he sido un idiota. Quiero que estemos como antes, eres mi mejor amiga.

Me quedo quieta al escucharlo.

Me desagrada tanto saber que solo me ve de esa forma, ¿cómo gritarle que lo amo? Desde niña he estado enamorada de él. No puedo, eso sería muy bajo porque soy consciente de que él no siente lo mismo que yo. Él ama a la loca de Claire, la prefiere a ella antes que a mí y lo comprendo.

Sus ojos no se apartan de los míos a la vez que agarre se suaviza y posa sus manos en mis hombros. Desvió la mirada hacia sus labios. Me muero por probarlos, quiero que él me bese con la misma intensidad que besa a la otra.

Anhelo que me haga el amor, necesito saber qué se siente entregarse a la persona que uno ama.

Acorta la distancia, siento su respiración en el rostro y con su pulgar me levanta la cabeza. Sus ojos me gritan algo que no logro descifrar. Están más brillosos y claros que siempre.

Me acaricia la mejilla con suavidad. Se pasa la lengua por los labios y deja la boca entreabierta. Los míos arden por sentirlo, deseo que me bese, que haga de mí lo que quiera.

Besa mi frente, deja sus labios ahí. Las manos van a su pecho y puedo sentir lo acelerado que se encuentra su corazón. ¿Por qué está así? ¿Acaso él siente lo mismo que yo? No lo creo.

—Lástima que no lo recuerdas —susurra con pesar.

Expresa tanto dolor en esas palabras. ¿Recordar qué?

—Matías...

—No puedo revelar nada, linda, pero estoy aquí para ti.

Se aleja un poco. Siento que la piel me arde justo donde tenía sus labios.

—Gracias —es lo único que puedo decir.

—Ven, te voy a llevar a casa. Prepararé tu té favorito y quizás podríamos mirar esa película ridícula que tanto te gusta.

Me subo en el auto desganada.

Al otro día, entro al supermercado pensando que solo llevaría algo para la cena y no agarro ningún carrito de compras.

Así que tengo los brazos llenos de pan, víveres y algunos dulces que me encantan. Intento levantar el hombro derecho para evitar que mi bolso se resbale y caiga al piso.

Camino con dificultad a la fila de la caja con algunas miradas despectivas sobre mí. Todo me está saliendo muy bien, hasta que un idiota pasa por mi lado y me empuja. Lo que sostenía cae al piso, incluyendo mi bolso.

Maldigo entre dientes mientras me agacho para tomar mis cosas al igual que mi dignidad. Una risa sarcástica me hace levantar la cabeza.

—Es increíble que cada vez que te veo sea en estas condiciones.

Ruddy extiende sus brazos y me ayuda con los productos.

Acerca un carrito de compras y echo todo ahí, sintiéndome aliviada. Me posiciono en la fila ignorándolo, aún estoy enojada por lo que me hizo.

—Déjame explicarte qué fue lo que pasó anoche, Amelia.

Mis ojos se posan sobre él y cubro la boca al notar cómo luce. Tiene el rostro amoratado, los labios partidos y varias cortaduras. Es como si hubiese estado peleando y recibió una paliza.

—¿Qué te pasó? —Me escandalizo y él desvía la mirada, apenado.

—Una pelea, nada grave.

Se encoge de hombros como restándole importancia.

—¿Nada grave? Te ves horrible.

Arrugo la cara en desagrado y él agacha la mirada con vergüenza.

—Eso no importa. Perdóname por dejarte plantada.

Avanzamos y llega mi turno. Saco el monedero para pagar, pero él es más rápido que yo y le pasa una tarjeta a la chica de la caja. Toma las bolsas y camina a la salida como si nada.

—¡Oye! —Troto para poder alcanzarlo—. No debiste hacer eso. —Se ríe mientras acomoda la compra en el baúl de su auto—. Traje a Violeta, tonto.

Me cruzo de brazos, molesta, no me gusta que me traten como si fuera una inútil.

—No es la gran cosa, Amelia, te lo debo por lo de anoche. Además, un poco de ayuda de vez en cuando no le hace daño a nadie.

Suspiro, derrotada, no tiene caso que discuta con él.

Me alejo para buscar mi medio de transporte y la llevo hacia donde él se encuentra.

—Agradezco lo que has hecho, pero debo irme. Dame mis cosas.

—No sé cómo piensas llevar todo eso ahí, Amelia. Eres la chica más extraña que he conocido.

Su sonrisita me molesta aún más. ¿Debo tomar eso como una ofensa o un cumplido?

—Te sorprenderías si te digo todo lo que he cargado aquí. —Palmeo a Violeta con orgullo.

—Bien, yo voy en mi auto con las bolsas y tú en eso. —La señala y lo miro de mala manera —. Ve despacio.

Hago lo que me dice, conduzco hacia mi casa con Ruddy detrás de mí en su auto.

Una vez llegamos, me ayuda a ordenar todo en la despensa. Río por los chistes que hace y las diferentes voces que imita. Es un chico divertido y lindo, quizás no sea mala idea que algo pase entre nosotros. Puede que él sea la persona que me haga olvidar a Matías.

Sus ojos recorren mi cocina, alza una ceja y luego los posa sobre mí. Este es uno de los momentos en que deseo que la tierra me trague, tengo un tiradero el cual se me había olvidado.

—Vaya, eres un poco desordenada —dice burlón, y yo me encojo por la vergüenza.

—No es eso. —Me muevo con rapidez, tomando las cosas y colocándolas en su lugar—. A veces no tengo tiempo, pero eso no pasa siempre.

—Sí, claro.

Se carcajea y me cruzo de brazos, ofendida.

Se ofrece a ayudarme a limpiar. No me niego y acabamos agotados. Hago algunos bocadillos, acto seguido nos sentamos en el sofá a conversar.

—Es tarde, Amelia, debo irme.

Se levanta y hago lo mismo.

—Sí, tu novia debe estar preocupada —suelto a propósito para notar su reacción. Me mira con intensidad y niega con la cabeza.

—No tengo novia. Aún.

Sus palabras, acompañadas de la mirada que me ofrece, me causan una sensación extraña.

—Es hora de que te vayas —digo con un hilo de voz.

—Me encantó estar aquí, la cita salió mejor después de todo.

Salimos y me recargo de la puerta sonriendo como boba.

Se acerca despacio y me acorrala, con las manos me toca las mejillas y junta sus labios con los míos. Abro los ojos, espantada, esto va demasiado rápido.

Son suaves a pesar de lo golpeados que lucen, el sabor del chocolate que estábamos tomando es exquisito en su boca. Me dejo llevar y cierro los ojos. Dirige una mano a mi cintura y la aprieta despacio.

El beso se torna más candente, succiona mis labios, juguetea con nuestras lenguas. Se separa un poco. Nuestros alientos están agitados y el corazón late salvaje.

—¡Amelia! —Nos separamos por completo al escuchar la voz de mi amigo.

Matías, muy furioso, está frente a su puerta. Nos mira como si quisiera matar a alguien.

Capítulo 11

Matías

Tenía que irme...

Con dolor en el corazón y las lágrimas que me caían como torrentes. Se me había presentado una oportunidad de trabajo y estudio en Europa que no pude desaprovechar.

Solo tenía dieciocho años con muchas metas que cumplir. No fue una decisión fácil, era mucho lo que dejaba atrás y algo me decía que las cosas no iban a salir como lo planeaba. Aun así, lo hice.

Lo más difícil fue despedirme de Amelia. Días atrás le había pedido que fuera mi novia y aceptó. No lo habíamos publicado, ella tenía miedo y yo respeté su decisión.

Fue un tanto cursi: la llevé al cine, luego al parque. Me arrodillé y todo, con una gardenia en la mano. Ella estaba tan conmocionada, hasta derramó lágrimas porque no se lo esperaba.

La he amado en secreto. Todos esos años donde creía que la protegía porque era como mi hermana habían sido una falacia. Lo cierto es que Amelia significaba tanto para mí. Admiraba su fortaleza a pesar de todo lo malo.

No sé lo que ocurrió, pero ella estuvo un tiempo alejada y medicada. No recordaba cosas, y sus cambios de humor repentinos habían sido muy frustrantes.

A pesar de eso, disfrutaba su compañía y por eso decidí darnos la oportunidad. Dijo que sí y me dio un beso en la mejilla. Deseaba comerle la boca, pero estaba aterrado. Nunca había besado a nadie, al igual que ella, y no quería asustarla.

No sabía cómo despedirme, así que la llevé a la playa y pasamos un día hermoso. Le tomé la mano y caminamos sin rumbo fijo por la orilla del mar.

Ella estaba hermosa, su larga cabellera se movía por la brisa, sus ojos se veían más claros y su sonrisa deslumbraba. Mi corazón latía desbocado al no saber cómo iba a decirle que viajaría en unas horas a otro continente.

Ella no dejaba de mirar las olas del mar, maravillada. Amelia se sorprendía mucho con cosas simples, como si las acabara de descubrir.

—¿No te has preguntado por qué el mar se mantiene ahí? —Sus ojos se posaron sobre mí y pude notar su curiosidad.

—Quizás alguien le puso los límites.

Se carcajeó y salió corriendo. Mis piernas se movieron solas detrás de ella, su risa llenó el solitario lugar.

La tomé de los brazos y caímos en la arena mojada, mi cuerpo sobre el suyo. La observé seriamente hasta que ella dejó de reír. Su respiración se volvió irregular al notar la posición en la que nos encontrábamos.

—Matías... —susurró y dejó los labios entreabiertos.

Junté mi boca con la suya. Ella se quedó estática, sus ojos estaban abiertos. Posó las manos en mis rizos, cerró sus orbes verdes cuando se dejó llevar. Hice lo mismo, la besé con amor y anhelo.

Las sensaciones estaban a flor de piel, mi cuerpo entero reaccionó a su olor y su sabor. Era tímida, apasionada e inocente. Dimos tanto en ese beso: ella me demostró cuánto me amaba, yo me despedí en silencio.

***

Avanzo hacia el malnacido que se está aprovechando de Amelia y lo agarro por el cuello. Él no se deja tan fácil, me da un puñetazo que me hace retroceder.

—¡Ya basta! —Me quedo paralizado al escuchar el grito de ella, después me da una cachetada. Mi cara arde como el infierno, Amelia pega fuerte—. No tienes derecho a hacer esto, Matías.

—Claro que sí. No conoces a este imbécil para que estés haciendo esta clase de espectáculos.

El rubio se para junto a ella y la toma de la mano. Ese gesto hace que me hierva la sangre aún más, ¿cómo se atreve a tocarla siquiera?

—Es mejor que me vaya, Amelia. Nos vemos luego.

Me ha ignorado.

Le da un beso en los labios y luego se marcha como si nada.

Las ganas de ir detrás de él incrementan con cada segundo que pasa. Quiero romperle la cara y dejarle claro que debe alejarse de ella. Pero no, me quedo en el mismo lugar observando cómo Amelia cruza sus brazos con molestia.

—No debiste atacarlo, Matías. Ruddy y yo estamos saliendo. Debes acostumbrarte a verlo conmigo.

Ella no sabe cuánto me lastiman sus palabras.

—Estás cometiendo un grave error, ese tipo no me inspira confianza. Estoy seguro de que solo quiere jugar contigo.

Entorna los ojos, después abre la puerta de su apartamento. Entra sin darme tiempo a decir más nada.

Pateo la pared con saña, lo que provoca que mi pie se lastime y cojeo hacia la pieza. Me tumbo en la cama aún sintiendo la sangre hervir, debo decidirme por algo pronto.

—Mat. —Me espanto al sentir cómo Claire salta sobre mí—. Te extrañé tanto, mi amor.

Me besa en los labios, pero no le correspondo. Es hora de que haga bien las cosas, debo cortar mi relación con ella porque no tiene sentido que siga con esto.

—Necesitamos hablar, Claire. Es algo importante.

La bajo de mí y ella se cruza de brazos.

—Es tarde ya, ¿por qué no invertimos el tiempo en otra cosa?

Pasa un dedo por mi pecho y lo va bajando hasta mi entrepierna.

Se sienta sobre mis caderas y empieza a hacer movimientos circulares. Echo la cabeza hacia atrás a la vez que aprieto su cintura. Mi cuerpo está reaccionando a sus toqueteos.

—Me encanta que te calientas rápido, Mat.

Pierdo cuando me besa el cuello.

Me quita la camiseta mientras acaricia la piel que va descubriendo. Sus movimientos aumentan y la cordura me abandona completamente.

***

Terminamos, me retiro de ella. Su respiración es irregular y escucho cómo aún gime. El orgasmo potente me tiene en las nubes, las piernas me tiemblan, boqueo por aire.

Poco a poco mi mente se aclara, dándome cuenta de que hice una estupidez. Retiro el preservativo y me levanto para ir directo al baño.

Soy un desastre, no puedo recuperar a Amelia si solo pienso con el pene. Debo terminar con Claire, decirle que lo nuestro no nos va a llevar a ninguna parte.

—Amor, ¿por qué tardas tanto? Necesito entrar.

Suspiro, es hora de dejarle las cosas claras de una vez por todas.

Capítulo 12

Amelia

Mis ojos no se apartan de Matías. Está ayudando a una chica a posicionarse bien en una bicicleta eléctrica y estoy segura de que lo hace para llamar su atención. Su sonrisita la delata. Además, he visto que otras veces ella lo ha hecho sola.

No es la única. Me he fijado, en el poco tiempo que llevo aquí, que muchas mujeres vienen solo por él. Es el entrenador más solicitado y eso me pone furiosa.

Disfruta lo que hace. Tocar esas piernas tonificadas debe ser placentero para él. Matías es un puto, los gritos obscenos de su novia me lo han confirmado muchas veces.

Desvío la mirada con pesar, quiero olvidarlo y lo único que hago es ponerme celosa porque toca a otras que no soy yo. Sé que debo poner de mi parte, pero es muy difícil cuando viene con ese uniforme pegado a sus músculos. Todo en él grita sensualidad.

Me avergüenza reconocer que me he imaginado muchas cosas sucias al verlo haciendo abdominales. Cómo se mueven sus brazos, caderas y sus grandes manos. Rayos, debo parar ya.

—Amelia. —Doy un salto y se me caen unos papeles que tenía que archivar—. Lo siento, no quise asustarte.

Trata de aparentar que está serio, pero noto un atisbo de sonrisa en sus labios. Idiota.

—No me asusté —digo mientras intento componerme—. ¿Qué quieres?

«¿En qué momento vino hacia aquí?».

—¿Vas a seguir enojada conmigo? —Suspira y se me acerca aún más—. Necesito hablar contigo de algo importante, ¿podemos almorzar juntos?

—¿Ya terminaste de tocar a esa chica? Perdón, de entrenar.

Mi voz sale dura y al segundo me arrepiento de haber dicho eso.

—Sí, Amelia. Si quieres puedo entrenarte a ti también.

La boca se abre en sorpresa al escucharlo. ¿Es cosa mía o habló en doble sentido?

—No, gracias. Le voy a pedir a Paul que me entrene —suelto maliciosa.

Noto cómo su porte relajado cambia y tensa los músculos.

—Dime si podemos comer juntos, Amelia. Debemos darnos prisa.

Lo pienso, no creo que sea buena idea que vaya. Es decir, estas son las cosas que debo evitar si quiero superarlo. Pero, por otro lado, deseo pasar tiempo con él. Extraño mucho a mi mejor amigo.

Acepto y salimos uno detrás del otro, después de que termino lo que estaba haciendo.

Matías me abre la puerta de un pequeño comedor que se encuentra a una esquina del gimnasio. Nos adentramos y nos sentamos en una mesa para dos.

En este lugar no hay meseros, uno mismo debe ir a buscar su comida en el mostrador.

—¿Qué vas a querer hoy? —pregunta, mirando el menú que estaba en la mesa.

—No lo sé, lo que tú pidas —hablo, desganada.

Se levanta y mis ojos lo siguen hasta que se posiciona en una pequeña fila para comprar el almuerzo.

No tengo idea de qué es lo que quiere decirme, pero espero que no sea sobre su novia y el bebé que esperan.

No me he atrevido a tocar ese tema, pero una de las razones por la que quiero alejarme es por eso. ¿Cómo se atrevió a embarazarla?

«Oh, Dios mío, ¿y si me trajo para decirme que va a ser padre? No, no puede ser. Debo salir de aquí cuanto antes».

Me levanto de la mesa dispuesta a irme, pero él regresa con una bandeja llena de alimentos.

—¿A dónde crees que vas? —Coloca la comida en la mesa y me agarra del brazo para que me siente—. En serio necesito que me escuches. —Sus ojos lucen dolidos y angustiados.

Resoplo sonoramente, tengo que ser una persona madura. Matías siempre ha sido mi amigo y apoyo incondicional, debo ser eso para él también. No soy una niñita, puedo con esto.

Me acerca un plato de ensalada de pollo y papas hervidas. Lo miro de mala manera porque él sabe que no me gustan tanto este tipo de alimentos. Pensé que me iba a traer otra cosa.

—Dijiste que te pida lo mismo que yo.

Sonríe burlón. Me dan ganas de clavarle el tenedor en los dedos.

No se ve mal, así que empiezo a comer. Debo reconocer que sabe delicioso.

—Habla, Matías. —Me mira con intensidad y asiente—. De antemano te digo que no sé si felicitarte o darte el pésame.

Su rostro cambia a uno confundido.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Entorno los ojos por lo idiota que es.

—El bebé, Matías. Sé que vas a tener un hijo con tu novia.

Me mira, espantado, y luego suelta una carcajada. Me molesta que esté tan feliz por eso.

—¿Qué rayos estás diciendo, Amelia? Claire no está embarazada, gracias al cielo.

Se echa una papa a la boca de lo más entretenido.

—Ah, ¿no? —Niega—. Es que escuché... No importa.

Hago silencio para que no descubra que lo espío de vez en cuando.

—Escuchaste mal, hermosa. Lo que te quiero contar es que terminé con ella.

Una ola de felicidad me arropa. No es que me alegre del mal ajeno, pero era obvio que ellos no podían seguir juntos.

—No sé qué decirte, Matías. —Sonríe y se acerca a mí, su cuerpo está casi encima de la mesa y logro percibir su respiración.

—No es necesario, pero lo hice porque me gusta alguien más.

Toda felicidad se esfuma. Los ojos se me llenan de lágrimas que no pienso derramar y salgo corriendo de ahí, escuchando cómo grita mi nombre.

Capítulo 13

Ruddy apenas se baja de su auto cuando Joseph y sus hombres lo rodean.

—¿Qué hacen aquí? —Se alarma porque nunca habían tenido la osadía de seguirlo a su casa hasta ahora.

—Hace frío, Ro, vamos a entrar.

Los demás tipos se ríen como si él hubiese contado el mejor chiste.

—Claro que no. Ya les dije que me dejen en paz.

En un movimiento rápido, Joseph lo agarra por la camiseta y pasa una navaja por su rostro.

—Al parecer los golpes no fueron suficientes, Ruddy. —El rubio respira con dificultad, siguiendo con sus ojos los movimientos de este—. Sabemos que estás saliendo con la perra esa.

Abre la boca con sorpresa. Era cuestión de tiempo para que lo descubrieran. Ahora se lamenta por todas las cosas horribles que ha hecho. Quiere algo serio con Amelia, pero ¿ella se quedará si sabe quién es en realidad?

Está seguro de que no, por eso ha intentado alejarse de esas personas. No ha consumido la porquería que se metía y hasta dejó de lastimarse. Pero sabe que nada de lo que haga podrá remediar lo que le hicieron a esa pobre chica.

—No estoy con ella.

Joseph se carcajea en su cara y lo suelta con brusquedad.

—Abre la puerta, quiero que hablemos de algo serio y hace frío.

Asiente porque no le queda de otra.

Ruddy entra a su casa seguido por ellos. Joseph silba al ver el lujo que se puede apreciar en cada detalle.

—Eres un riquillo de mierda, Ro —habla, observando todo a su alrededor.

Los demás tipos se sientan en el sofá y tocan cada adorno que ahí se encuentran.

—Habla de una buena vez. Estoy cansado y necesito dormir.

Se queda parado con los brazos cruzados, molesto por tenerlos en su casa.

—Hay que desaparecer al tipo, Ruddy. Es cuestión de tiempo para que nos delate con la policía, si es que ya no lo ha hecho.

Mira a Joseph con terror, no puede permitirlo.

—Él no reconoce a ninguno, no es una amenaza.

Trata de razonar, pero Joseph niega varias veces.

—Hay que matarlo —sentencia, levantándose del sofá y se posiciona frente a él—. Debes alejarte de la gordita, ella anda con él. Es estúpido que te pongas en bandeja de plata.

—No tengo nada que ver con ustedes, ya les he dado dinero. Déjenme en paz.

Su reacción les causa gracia porque se carcajean.

—Ay, Ruddy. Estás metido en esto y, si caemos, te vas con nosotros también —dice mientras les hace señas a sus hombres, después salen de la casa.

Esas palabras hacen eco en su mente todo el día y en la noche no logra dormir de tanto pensar cómo podría proteger a Amelia y al imbécil de su amigo.

Capítulo 14

Amelia

Arrastro a Violeta con furia. Se ha apagado en medio de la calle, por lo que me ha complicado el ir a trabajar.

Hice un acuerdo con Kevin, nuestro jefe en el gimnasio, porque hay días en que entro de tarde y otros por la mañana para poder compaginarlo con la universidad.

Hoy me toca de tarde, pero, debido al percance, será de noche que llegaré. Ha sido un día fatal, el profesor de Estadística hizo oficial que soy un asco cuando me dijo que reprobé su materia.

Además, a veces me siento como si fuera otra persona. Considero que eso se debe a los sueños que he tenido últimamente. Es horrible porque se sienten tan reales que duelen.

Por otro lado, está Matías. Desde el día que me confesó que le gustaba otra no lo he visto. Anoche fui a su casa para que habláramos, porque fui consciente de que exageré mi comportamiento, pero no estaba.

Lo he llamado varias veces y no responde tampoco. Debe estar molesto, será mejor que le dé su espacio. Cuando desee hablar conmigo o verme, me buscará.

Me doy por vencida. Subo la motoneta a la acera y tomo mi celular para llamar a alguien. Me da pena porque sería molestarlo, pero no me queda de otra.

Media hora después, Ruddy hace acto de presencia. Sonríe, sus mejillas pecosas se sonrojan. Se ve muy bien con esos pantalones rasgados y esa camiseta ceñida a su torso. Su cabellera rubia está suelta, cayéndole por la frente y los hombros.

No lo puedo negar, es un chico muy apuesto y, encima de eso, divertido. Pasar el tiempo con él es una delicia, sus ocurrencias son únicas al igual que su personalidad.

—¿En qué lío estás metida ahora, Amelia?

Cruzo los brazos, ofendida, y él se carcajea.

—Mi motoneta se averió y estoy retrasada para ir al trabajo.

se detiene cerca de Violeta, luego empieza a revisarla.

Me recargo de la pared y espero a que él termine. Se aleja hasta su auto y saca del baúl una mochila vieja que luce pesada. Extrae muchas herramientas de ahí que emplea en mi motoneta.

Luce concentrado. Frunce de vez en cuando el ceño, se muerde los labios. Estoy maravillada, nunca me pasó por la mente que él iba a saber sobre motonetas.

—Listo.

Sonríe victorioso cuando la enciende. Salto de la alegría y corro hacia él para abrazarlo con fuerza. Deja caer lo que tenía en la mano, paralizado por mi movimiento. Me siento avergonzada y me alejo, agachando la cabeza.

—Gracias —murmuro, apenada.

Siento sus brazos alrededor de mí y levanto la mirada. Me encuentro con sus ojos claros que me observan con ternura y sonríe complacido.

—De nada, Amelia. Es un placer para mí ayudarte.

Me quedo ida e intimidada por la intensidad de su mirada.

—No sabía que podías reparar motonetas... ni nada.

Se carcajea, siento mi cuerpo vibrar con el suyo.

—Sé algo, me encantan los vehículos. De hecho, tengo una colección de motocicletas en mi garaje.

Los ojos se abren en sorpresa al escucharlo.

—¿En serio? Sería genial poder verlas.

—Si quieres puedo pasar a buscarte esta noche y así te las muestro. —Asiento varias veces, emocionada—. Perfecto, nos vemos en unas horas.

Besa las comisuras de mis labios y se aleja hacia su auto, dejándome desorientada.

***

—Amelia.

Levanto la mirada de la computadora y diviso a Matías frente a mí. Sus ojos miel lucen opacos.

—No sabía que estabas aquí aún.

—Es que necesito que hablemos, Amelia. Ya es hora de que dejemos todo claro.

Sus palabras me sorprenden, ¿será que se enteró de que lo amo en secreto?

Mi corazón se acelera al pensar en que me descubrió. Claro, he sido tan obvia... Es una vergüenza que él sepa esto, se supone que debo verlo como mi mejor amigo. Es patético que esté sintiendo otras cosas.

—N-no puedo —balbuceo, presa del pánico.

Esta puede ser la oportunidad de sincerarme, pero no quiero que nuestra amistad cambie o se extinga.

¿A quién engaño? Hace mucho tiempo que no somos lo que solíamos ser. Es una pena que haya arruinado nuestra amistad por mi debilidad.

—Por favor, Amelia. Sé que hay muchas cosas que no entiendes y por eso quiero explicártelo. Es muy probable que me odies...

Hace silencio de repente y aprieta las manos con fuerza. No comprendo lo que quiere decir, es imposible que llegue a odiarlo o deje de quererlo.

—Es que quedé con Ruddy.

Mi voz sale tímida y juego con los dedos.

—Ya veo. —Niega varias veces con la cabeza—. Así que va en serio lo que sea que tienes con ese tipo —habla con reproche, noto angustia y dolor en su mirada.

—Solo nos estamos conociendo.

Ríe sin gracia y sale deprisa por la puerta. No lo pienso mucho, dejo mi puesto y corro hacia la salida.

—¡Matías!

La brisa de la noche me golpea el rostro y el pecho se me encoge cuando no veo rastros de él.

Me quedo quieta en medio de la calle mirando a todos lados, asustada con la sensación extraña que me invade otra vez. Es raro, pero es como si esto ya lo hubiese vivido. Las manos me tiemblan y los nervios me hacen estremecer.

«¿Por qué este sentimiento de desolación?».

Entro de nuevo al gimnasio, desorientada. Me dispongo a agotar las horas que me quedan aquí.

Tal como habíamos acordado, espero a Ruddy cuando se acaba mi turno.

Un compañero me pregunta si necesito algo después de que cierran las puertas. Le digo que no es necesario, así que me quedo sola en la esquina. Llamo a Ruddy un tanto desesperada,

porque ha empezado a lloviznar, pero no contesta.

Trato de resguardarme, aunque es inútil porque el agua arrecia. Me doy por vencida, él me ha dejado plantada de nuevo.

Camino por las calles poco iluminadas bajo un diluvio. Siento frío y un malestar extraño en el estómago.

Ni siquiera me detengo en mi apartamento, sigo al que está al lado y toco la puerta.

Matías abre y me abalanzo sobre él. Me aprieta contra su pecho sin importarle que esté empapada. Su olor distintivo y calor me reconfortan.

Las lágrimas se confunden con las gotas de agua que me caen del pelo. Camina hacia la sala sin soltarme, se sienta en un sillón y me posiciona sobre sus piernas. Sus brazos fuertes me rodean, siento su respiración, cómo su pecho sube y baja con rapidez.

—Ruddy no fue a buscarme. Estuve esperando fuera del gimnasio y nunca llegó —digo en medio del llanto.

—Ese maldito va a saber quién soy yo, Amelia.

Me aparto de su pecho y nuestras miradas se cruzan. Sus ojos lucen angustiados, me observa de una manera que me provoca llorar más.

—El problema soy yo, Matías. Siempre pasa lo mismo.

Más lágrimas salen y él me abraza con suavidad. Besa mi frente varias veces mientras me regala caricias en los brazos.

—No. Idiota sería el que dañe a alguien como tú. Eres especial, Amelia, linda y con el corazón más puro que he conocido.

Sus palabras crean un remolino de sensaciones en mí. Si tan solo él supiera lo que siento, todo lo que he querido decirle y no me atrevo.

—Ven, hermosa. Tienes que darte una ducha caliente porque te puedes enfermar.

Asiento, desganada, y lo sigo hasta su habitación.

Matías busca un pijama en mi casa y me visto con ella luego del rico baño. Entro tímida a la habitación. Tantas veces que he estado aquí y ahora se siente raro.

—Toma, te hice un té para que te relajes. —Camino hacia la cama, después me acomodo a su lado y agarro la taza humeante—. ¿Te sientes mejor? —Le digo que sí y le doy un sorbo a mi bebida—. Perfecto, hermosa. Hoy dormirás conmigo. No pienso dejarte sola esta noche.

****

Mi risa se escuchaba por todo el lugar. Correteaba y esperaba que él me atrapara, pero nunca apareció. El pelo me cubría parte del rostro y me detuve para apartarlo.

Algo se encerró en mis muñecas, me arrastró a otro lugar y sentí que mis rodillas se lastimaban. Grité a todo pulmón con la esperanza de que parara, pero ejerció más fuerza y me aventó al piso.

Sus ojos enrojecidos me miraban de una manera espantosa. No lo reconocí, pero era un hombre entrado en edad y tenía una cicatriz en la cara. Por alguna extraña razón me relajé, lo sentí cercano. Nunca me haría daño.

Todo eso cambió cuando me golpeó el rostro, una y otra vez. Rasgó mi vestido y grité aún más con desesperación.

Su peso sobre mí me asfixiaba, el olor a rancio y algo más me causaron ganas de vomitar. Sus manos estaban en todas partes mientras la garganta me dolía de tanto chillar.

Mi padre apareció, lo alejó de mí y forcejearon. El filo del cuchillo entró y salió sin parar. La sangre salía a borbotones del desconocido. Sus gritos opacaban los míos hasta que todo

quedó en silencio.

No emití ningún sonido porque ya no podía más. Me sostuvo mientras me besaba en la cara y revisaba cada parte de mi cuerpo. Sus ojos verdes me miraban con horror.

—¿Por qué estás así, papá?

No reconocía mi propia voz, porque ya no sabía ni dónde me encontraba.

—Tranquila, pequeña, todo estará bien.

Capítulo 15

Amelia

Recargo la cabeza en la ventana del autobús, con los auriculares en las orejas, y cierro los ojos para relajarme con la melodía. Estoy de camino a la casa de mis padres. Decidí visitarlos porque hace mucho que no voy y no han parado de decirme que los he abandonado.

Cuando me mudé sola, iba todos los fines de semana, luego empecé a trabajar y las tareas se intensificaron. Viajaba en mi motoneta, pero casi les dio un infarto y me hicieron prometer que no iba a utilizar «esa cosa», como le llamaron.

Matías me acompañaba. Que me robara la atención de mis padres me agradaba. Así podía compartir la intensidad y me dejaban respirar un poco más. Ellos creen que es un santo, siempre lo toman de referencia a la hora de hablar de decencia y costumbre.

No es que él sea de lo peor, aunque estoy segura de que lo bajarían del altar en donde lo tienen si supieran las cochinadas que hace Matías en su apartamento.

Hoy decidí venir sola. No le conté porque estoy molesta con lo que pasó. La noche que Ruddy me dejó plantada, por segunda vez, dormí en su apartamento.

En su cama.

Con él.

Fue maravilloso.

Matías duerme sin camiseta y me había aferrado en la madrugada a su pecho. Su olor y calor me dieron calma, sus brazos me rodearon y no me dejaron ir.

Todo eso cambió cuando me desperté con los gritos de la loca de su exnovia. Todavía no sé cómo entró. Ella nos encontró abrazados y armó un escándalo. Me insultó, dijo todas las estupideces que le llegaron a su cabeza hueca.

No le hice caso hasta que se abalanzó sobre mí como gata en celo. Sonreí cual psicópata porque había llegado mi momento de desquitarme las ganas de romperle la cara.

Peleamos como dos fieras. No voy a negar que ella me golpeó también, pero fue poco para lo que le hice. La agarré de las greñas y la usé de escoba por toda la habitación de Matías. Las mordidas y arañazos no faltaron.

Fue tanto el escándalo, que algunos vecinos tuvieron que ir a separarnos porque el idiota de mi amigo no pudo.

Eso sí, me sentí avergonzada luego que bajó la marea. Matías me siguió a mi apartamento y me recriminó por lo que pasó. Eso me hizo sentir mal. Ella me atacó primero y no me iba a quedar de brazos cruzados.

Suspiro y abro los ojos con pesar. La idea era relajarme y dormir un poco, pero mi perturbada mente no me deja. Es un recorrido algo largo porque mis padres viven a las afueras de la ciudad. Crecí en una casa acogedora, en medio de plantas y un gran jardín.

Hay mucha vegetación. De día se escuchan los pájaros y es una delicia dar un paseo entre los árboles y arbustos. De noche, puedes apreciar el cielo estrellado, los sonidos de los grillos y búhos.

Matías y yo pasábamos horas jugando entre las malezas y a escondidas. Aprovechábamos las grandes piedras y troncos. Hasta un día, en el que ya me daba miedo caminar más allá del patio de mi casa.

No lo sé explicar, es como si una sombra negra se posara en ciertos límites. He tenido pesadillas con el que era mi lugar favorito y me siento insegura hasta en la casa de mis padres. Muchas veces, antes de dormir, percibía que me espiaban. La sensación de sentirme observada no me dejaba descansar y quizás esa fue la razón principal de por qué abandoné el hogar paterno.

«Puede que la gente tenga razón y sí estoy loca después de todo».

Capítulo 16

Matías

Observo al rubio que se sienta en mi sofá, con una confianza que no sé de dónde la sacó. Su mirada no deja de recorrer cada rincón de mi casa y frunce el ceño de vez en cuando. Cuando lo vi delante de mi puerta, no lo podía creer. Él, por su parte, entró y se acomodó como si nada.

—¿Qué haces aquí?

Mi paciencia se agota y lo único que quiero es sacarlo a patadas.

No sé qué se cree, pero que esté merodeando a Amelia y la haya dejado plantada dos veces son motivos suficientes para odiarlo.

Me caen mal los tipejos como estos, que se creen la gran cosa porque tienen dinero y una cara de niño bonito. Nunca me ha dado buena espina, sé que no tiene buenas intenciones. Quiero que se aleje para siempre de mi amiga.

—Necesito hablar con Amelia, la he llamado varias veces y no contesta. —Niego, sorprendido por su desfachatez—. Pero ya que no está, vine para que tú y yo conversemos.

Me carcajeo en su cara por las estupideces que acaba de decir.

—Eres tan cínico, no sé cómo puedes tener las agallas de venir a mi casa. ¡Largo de aquí!

Aprieto las manos y la ira se incrementa al notar que no se inmuta.

—Supongo que ella te contó. No fue culpa mía. Quiero verla y explicarle todo.

No aguanto más, me acerco a él con rapidez y lo aprieto por el cuello.

Se remueve como el bicho que es, pero ejerzo fuerza en mi agarre para que no se escape.

—Deja a Amelia en paz —mascullo mientras él trata de soltarse—. Ella ha pasado por mucho para que también tenga que sufrir por un idiota como tú.

Lo dejo libre y cae al piso, a la vez que tose con desesperación.

—N-no entiendes —balbucea levantándose del piso y me mira con odio—. Vine a advertirte algo, deja de actuar como un maldito loco.

Sus palabras provocan que me hierva la sangre aún más.

—Es mejor que te vayas y dejes en paz a mi amiga. Amelia luce como alguien fuerte, pero no es así. Ella tiene un corazón frágil y la han lastimado muchas veces.

Hago silencio porque sé que yo también le he hecho daño.

—Entiendo tu preocupación, aunque puedes relajarte. Amelia significa mucho para mí, por eso vine a hablar contigo.

Lo observo con confusión y hasta curiosidad por saber a qué se refiere.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

Su porte cambia y ahora luce nervioso. Se sienta en el sofá y hago lo mismo, quedando frente a él en un sillón.

—Tiene que ver con la chica del callejón.

Los recuerdos de esa noche trágica inundan mi mente y hacen que me sienta miserable de nuevo.

—No sé de qué hablas.

Niego varias veces con temor.

«No puede ser».

—No te hagas el desentendido, Matías, sabes perfectamente de qué estoy hablando. —Mi respiración se vuelve irregular y desvío la mirada—. Yo era uno de los tipos que viste. Soy

cómplice de la violación y muerte de esa chica.

Capítulo 17

Amelia

Las lágrimas se confundían con la lluvia que caía, el cielo oscuro fue iluminado por un relámpago y al segundo regresó la oscuridad. Los pies descalzos me dolían, las pequeñas piedras se me habían incrustado en los talones, pero no me importaba.

El dolor en el pecho me estaba matando, me sentí sofocada y mi garganta ardía de tanto llamarlo. Todo debía ser una mentira, él no podía haberse ido sin mí.

Cuando fui a buscarlo a su casa, su hermana mayor, Raquel, me dijo que Matías se fue de viaje. Me reí en su cara porque, precisamente esa noche, él iba a hablar con mis padres. Habíamos quedado en hacer nuestro noviazgo público.

Yo le pedí dinero a mi mamá, me había comprado un vestido de flores y peinado bien el cabello. Quería ponerme bonita para la ocasión. También estaba nerviosa. Sabía que mis padres lo amaban, pero no tenía idea de cómo tomarían la noticia.

—¡Matías! —grité a la nada. Mi voz hizo eco en la desierta calle.

Era inútil, él me había dejado. En ese momento entendí su extraño proceder cuando me llevó a la playa.

Corrí presa del miedo hacia mi casa, consciente de un momento a otro de que estaba sola bajo un torrencial de agua y de noche. Aceleré el paso, los pies me dolían y mi vestido se quedó enredado en alguna rama seca. Lo halé con saña y escuché cómo se rasgaba.

«Mi bello vestido floreado».

Entré a la casa y mis padres me miraron espantados, con lágrimas en los ojos. Se acercaron con rapidez y me abrazaron. Mi madre revisó mi cuerpo mientras sus sollozos aumentaban. No sabía qué estaba pasando, quise preguntar por qué estaban así, pero el habla no me salía.

—¿Qué te pasó? Estuvimos buscándote, Amelia. —La angustia de mi madre era evidente. Quise decirle que estaba bien, pero no pude.

Un grito salió de mi garganta, mi vista se nubló y supe que caería pronto en la inconsciencia.

—Matías se fue —logré decir y luego todo se tornó oscuro.

***

Remuevo el desayuno con pesar bajo la intensa mirada de mi padre. Hago un intento de sonrisa para que no sospeche que me siento mal, pero estoy segura de que salió como una mueca extraña.

—¿No tienes hambre?

Mi madre se acerca con una sartén en la mano y me llena más el plato.

—Sí.

Llevo el tenedor a la boca con un poco de huevo y lo mastico despacio.

Mi mamá sonríe, satisfecha, y vuelve a lo que estaba; aunque mi padre no deja de mirarme con tristeza y angustia. Es incómodo cuando me observa de esa manera. A veces siento que no me quiere o que soy una carga para él.

—Te amo, eres lo más importante que tengo.

Suspiro ante sus palabras. Sé que este es un momento en que se pondrá nostálgico y sentimental.

—Yo también te amo, papá.

Sonríe y empieza a comer más animado.

—Quiero pedirte un favor, mi niña. —Mamá se sienta a mi lado y toma mi mano—. En realidad, son dos. El primero es que visites a un ginecólogo. Sería bueno que te protejas, Amelia.

Escupo lo que había en mi boca al tiempo en que escucho cómo mi padre tose sin control.

—¡Susane!

Mamá lo mira de mala manera y se cruza de brazos.

—Susane nada, ya hablamos de esto y lo mejor es prevenir.

Me levanto de la mesa, molesta. Odio cuando toman decisiones por mí, como si aún fuera una niña.

Y no solo eso, esas cosas son privadas. No es que no les tenga confianza, pero ellos se salen de los límites.

—Estoy bien, mamá, no necesitas llevarme a ningún lado. Además, ni siquiera tengo novio.

Niega varias veces.

—No es eso, amor. Solo es prevención por si llega el momento. —Me toma la cara para que la mire a los ojos—. No tienes de qué avergonzarte, es algo normal. Debes educarte al respecto.

Resoplo, es mejor que deje pasar esta charla para que se olviden del tema.

—¿Cuál es el segundo favor?

Se aleja y observa a mi padre, este desvía la mirada.

—¿Recuerdas a tu prima Irina? —Niego varias veces—. Bueno, ustedes eran pequeñas la última vez que se vieron. El hecho es que ella consiguió un trabajo en la ciudad y no tiene con quién quedarse, así que pensé que podrías ayudarla dándole asilo donde vives.

Mi boca se abre en sorpresa ante lo que estoy escuchando.

—No, mamá, lo siento. No quiero vivir con nadie. Además, ni siquiera sé quién es.

Ella vuelve a tomar las manos entre las suyas y me mira como borrego herido.

—Vamos, Amelia, será por un tiempo. Así no estarás sola.

Lo sabía, solo quiere tenerme vigilada y por eso me mandará a una prima desconocida.

—No puedo, lo siento. Quisiera ayudar, pero no.

Mi padre me aleja de ella. Pasa sus brazos por mis hombros y caminamos hacia el jardín.

La brisa mañanera es una delicia. Los pajaritos cantan y el olor dulzón de las flores inunda el lugar.

—Piénsalo, pequeña. No solo te vendrá bien ayudar a un familiar, sino que tendrás compañía. Irina es una chica de tu edad y seguro que se llevarán de maravilla.

Asiento, derrotada, quizás tenga razón. Solo espero que sea así como dice.

Más adelante, voy con mamá de compras y nos reunimos con papá en un restaurante para almorzar juntos. Luego de eso, visitamos algunos vecinos, los cuales se alegraron de verme y pasamos el resto de la tarde charlando y tomando té.

Miro el reloj de mi mesita de noche. Son las doce de la madrugada y aún no he podido pegar un ojo.

Me levanto de la cama y me acerco a la escalera de madera que hay a un extremo de mi cuarto, esta me lleva a una puerta y puedo salir hacia el techo.

Matías y yo solíamos pasar noches enteras ahí arriba, hablando y comiendo dulces. Soñábamos con el futuro, me decía qué quería lograr y que me veía con él en ellos.

Tomo la manta y subo las escaleras, estas crujen por mi peso. Retiro el pestillo y abro la abertura, después salgo. El cielo está estrellado, es como si una gran alfombra hubiese cubierto todo con lucecitas brillantes. Me siento en el techo y me abrazo las piernas mientras me aferro a la suavidad de la tela.

Otra vez esta sensación de que algo falta en mi vida. El pecho se me encoge. Quizás solo sea una malagradecida por no valorar lo que soy y lo que tengo.

El sonido de los árboles moviéndose por la brisa me causa temor, pero hay algo que no me permite pararme de aquí. Lo percibo, ese olor distintivo que reconocería en cualquier lugar en el que esté.

Se acomoda detrás de mí. Sus manos heladas tocan mi cintura cuando se posiciona bajo la manta que estoy usando. Me recuesta en su pecho y cierro los ojos por la paz que su presencia me transmite.

—No me avisaste que vendrías, Amelia.

Me aferro más a su cuerpo y siento las vibraciones que emite cuando habla.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

Él toma una de mis manos y la aprieta entre la suya con suavidad.

—Susane me llamó. —Era cuestión de tiempo para que ella lo hiciera—. Amelia —susurra, se aleja un poco y se posiciona frente a mí—, es necesario que me escuches.

La luz que emiten las estrellas se refleja en sus ojos claros.

—Yo también quiero que hablemos. Matías, yo...

Hago silencio de repente. Mi mirada se torna borrosa y una lágrima se me cae por la mejilla. Su gran mano me acaricia el rostro con suavidad. Me levanta el mentón y se acerca más a mí.

Su respiración choca con la mía y nuestros alientos se fusionan. Cierro los ojos por inercia. Un cosquilleo me recorre entera cuando posa sus labios sobre los míos. Es un toque sutil, pero electrizante.

Abro más la boca, esperando que actúe y haga de mí lo que quiera. Me besa despacio pero con pasión. Sus labios succionan los míos y su lengua recorre cada rincón de mi cavidad bucal. Llevo las manos a su pelo y él me toma de la nuca.

Se torna desesperado, con hambre. Como si lleváramos esperando esto hace mucho tiempo. Es así, por lo menos de mi parte lo es.

Nos recostamos en el techo envueltos en la manta y nos besamos como si no hubiese un mañana. Él me dice tantas cosas en ese gesto que no logro entender, yo le grito que lo amo en secreto.

Capítulo 18

Matías

Susane me miró con pesar, extendí los brazos y se aferró a ellos con fuerza. La noticia rompió mi corazón en pedazos porque entendí que la había perdido. Pero no solo eso, si ella lograba recordar me odiaría de por vida y yo eso no lo resistiría.

Es cierto que fui un tonto en ocultarle que me iba. Intenté decirle, pero no pude. Mi plan era llamarla unos días después para saber si mi madre ya le había dado la noticia y todo salió mal.

Amelia se enteró de una manera abrupta, sufrió un colapso emocional y estuvo hospitalizada por mucho tiempo. Otra vez. Así que no recordaba lo que pasó entre nosotros, nuestro noviazgo ni el beso.

—Ella quiere irse de casa, Matías. Desea mudarse cerca de la universidad.

Negó varias veces y se cubrió la boca sin poder creer lo que me estaba diciendo.

—Estoy seguro de que Amelia puede valerse por sí misma. Ella es una chica fuerte.

Sus ojos lucían angustiados y tuve una idea de todo lo que estaba pasando por su mente.

Me contó la causa del porqué Amelia era inestable y lo que sucedió el día más horrible de su vida. Me sentí muy mal porque pude haberla ayudado, yo estaba ahí y no hice nada. Ese hombre casi abusó de ella en mis narices, pero por suerte no fue así.

Lo peor fue que su padre se convirtió en un asesino y no sabía qué hacer con esa información. Estaba seguro de que la vida de Amelia se iba a destruir el día que lograra recordar todo eso, si es que sucedía.

—Ve con ella, Matías, por favor. No la dejes sola. Es mucho pedir, pero no sé qué haría si llegara a perder a mi hija.

Lloró con angustia y se removió todo por dentro al verla así.

—No te preocupes, estaré a su lado y la voy a proteger con mi vida.

***

Todo me sale mal.

El plan era buscarla, hablar con ella e ir despacio, demostrándole lo que siento. Pero no, tuve que perder el control y besarla. Debe estar llena de ilusiones que no podrán ser, no por ahora.

No puedo tener ninguna relación con Amelia en las condiciones que está. Sin saber la verdad y sin que me perdone por lo que hice. ¿De qué me valdría estar con ella ahora y que un día se despierte y me mire de otra manera? ¿Qué me odie por todo lo que sucedió?

Debo hacer las cosas bien esta vez. Traté de mantenerme al margen de mis sentimientos, por eso había estado con otras mujeres con la esperanza de olvidarla. No ha funcionado, amo a Amelia y no hay nada que pueda cambiarlo.

Encima de todo está el rubio ese, el delincuente que se quiere redimir. No le creí una palabra cuando me confesó que estuvo en ese lugar de casualidad y que terminó siendo cómplice por error. Por algo esos hombres lo buscan. No me quiso dar detalles, pero yo sé que hay más y no se atreve a decirlo.

Lo que más me molesta es su interés por Amelia. Me informó que no se rendirá y haría lo posible por conquistarla. Le rompí la cara al segundo de haber dicho tal barbaridad y por eso estoy aquí. No permitiré que él se salga con la suya.

—Matías. —Avanza hacia mí con una timidez que me asusta. Amelia no es así—. Mi mamá te está buscando, dice que quiere mostrarte algo.

Sus ojos verdes me observan con una intensidad que me debilita.

—Buenos días, linda. ¿Cómo dormiste?

Sus mejillas se ponen rojas y agacha la cabeza con vergüenza.

Sé lo que está pensando. Nos mantuvimos hasta las dos de la madrugada entre besos y caricias. De solo pensarlo se me eriza la piel. Tuve que emplear todo mi autocontrol para no arrancarle la ropa y hacerla mía.

—Bien, ¿y tú?

Asiento y nos quedamos en silencio.

—Yo... —Se detiene y niega varias veces—. Quiero saber si nos vamos juntos.

—Así es, salimos esta tarde.

Pasa sus manos por los brazos y puedo notar lo nerviosa que se encuentra.

Sé que desea que yo haga otro movimiento, pero por ahora debo mantenerme así y no cometer más errores.

Ella asiente y se marcha cabizbaja.

Capítulo 19

Amelia

La chica de pelo castaño por los hombros, ojos marrones y piel clara me abraza con efusividad. Sé que exagera su comportamiento porque se le nota forzada.

—Ella es Irina, cariño, tu prima.

Mi madre la presenta y la miro de arriba abajo con sorpresa.

—Lástima que no me recuerdas, Amelia. Jugábamos mucho cuando éramos pequeñas.

Me posa su delgada mano en el hombro y aprieta un poco fuerte.

—Es que hace mucho tiempo —excusa mi madre con rapidez—. Me alegra tanto que vayan a vivir juntas, así mi niña tendrá compañía.

Los deseos de poner los ojos en blanco me invaden. No lo hago porque mi madre odia ese gesto y no quiero una charla sobre las buenas costumbres.

—¿Cuándo vas a mudarte a mi casa? Entiendo si quieres tomarte tu tiempo.

Ella ríe como foca retrasada y golpea mi brazo con fuerza.

—No, Amelia. Vine preparada con mis maletas para irme hoy mismo. —Mi boca se abre en sorpresa al escucharla—. Quiero adaptarme rápido y aprender a moverme en la ciudad en la que voy a vivir.

Observo a mi madre, quien nos mira con ojos brillantes.

Ella cree que me hace bien, pero estoy segura de que no es así. Llevo menos de media hora tratando a Irina y ya me tiene irritada. Me molesta su voz y hasta la forma en la que mueve el pelo.

—¡Matías! —su grito me hace saltar en mi lugar, ella corre y se abalanza sobre «mi amigo».

Frunzo el ceño al ver cómo besa sus mejillas repetidas veces. No sabía que ellos se conocían.

—Hola, Irina.

La baja y ella se engancha de su brazo como si de un arete se tratara.

La molestia en el estómago no me deja tranquila. Tengo un nudo en la garganta que me asfixia y lo peor es que no puedo dejar de mirar en dirección a ellos.

Matías está ayudando a mi prima a subir sus maletas en el baúl del auto en medio de una conversación muy amena. Ella lo toca sin escrúpulos. ¿Por qué tanta confianza?

Otra cosa es que él no me ha dicho nada de lo que ocurrió anoche en el techo de mi cuarto. Pensé que me abordaría con el tema y explicaría por qué me besó, en cambio, solo me ha estado evitando como la peste.

Quizás sabe lo que siento y lo hizo por lástima, pero se sintió tan bien y correcto... Fue con tanta pasión y anhelo que me ha confundido. Si no siente nada por mí lo entiendo, no debió besarme ni tocarme.

Me despido de mis padres. Mamá llora y me hace prometer que la visitaré a menudo, también me advierte que para la próxima iremos a la cita con el doctor que tanto evité. Les doy un abrazo, conmovida. Es cierto que son unos exagerados y que me asfixian, no obstante, son las personas que más amo en la vida.

Me dirijo al auto de Matías. Él está fuera esperando por mí y abre la puerta trasera para que suba. Mi corazón decae al notar que Irina se encuentra en el asiento de copiloto, donde creí que iba a ir yo.

Entro al vehículo, Matías hace lo mismo y conduce directo a la carretera. Mi vista no se aparta de él, que me mira por el espejo de una forma que no logro descifrar, mientras mi prima habla sin pausa y lo toca con descaro. Me recargo de la ventana y cierro los ojos.

«Esto va a ser más difícil de lo que pensé».

Capítulo 20

Amelia

Camino a pasos acelerados, trato de perderlo porque no lo quiero ver, mientras grita mi nombre a todo pulmón. Ahora más que nunca me arrepiento de haber llenado tanto la mochila de libros, pero necesito poner de mi parte si deseo aprobar las materias que estoy cursando.

—¡Amelia!

Agarra mi brazo, obligándome a parar de golpe y choco con su cuerpo.

—Suéltame.

Me alejo, molesta. No quiero siquiera hablar con él.

—Te juro que tengo una explicación para lo que pasó. Dame una última oportunidad.

Lo miro directo a los ojos y noto lo angustiado que se encuentra.

Sus orbes claros lucen tristes y cansados, lleva su guitarra en la espalda y una mochila en su hombro. Su pelo está atado en una colita, dejando varios mechones al aire como siempre.

—No es necesario que expliques nada. Es mejor que no hablemos más, Ruddy.

Agacha la cabeza, apenado.

—Comprendo, siempre arruino todo —susurra, aunque logro escucharlo.

No entiendo a qué se refiere. Estoy segura de que es un chico con muchos problemas y puede que necesite apoyo. El inconveniente es que no debo tratar con hombres, está claro que solo quieren jugar conmigo. Nunca me ha ido bien en el amor y no pienso seguir acumulando errores.

Estoy cansada.

Quizás deba resignarme y aceptar que las relaciones no se hicieron para mí. Encima de eso, amo a un chico que solo me ve como su amiga y que cruzamos la línea. Eso sí fue un error.

—Fue un placer conocerte, Ruddy, pero es mejor que dejemos las cosas así.

Me giro, dispuesta a irme. Él me toma del brazo con fuerza.

—Tuve que ir al médico, Amelia. —Levanta un brazo y se retira las pulseras que tiene en la muñeca derecha—. Una de mis heridas se abrió y te puedes imaginar lo que pasó.

Me cubro la boca al notar las cicatrices horribles que tiene ahí. No puede ser, él...

—Ruddy.

Sus ojos se tornan brillosos y agacha la cabeza con pesar.

—Sí. He tratado de no hacerlo, pero siempre fracaso.

Mi corazón se rompe en mil pedazos al verlo tan vulnerable. ¿Qué cosas tan horribles pudo pasar este chico para que se lastime así?

—Y-yo... Lo siento —balbuceo sin saber qué decirle.

—No te preocupes, hermosa, me estoy recuperando. Empezaré a buscar ayuda profesional. Antes me daba lo mismo, pero ahora quiero ser una mejor persona.

Me mira con intensidad al decir esto, lo que hace que me sienta incómoda.

—Sí, es lo mejor.

Quiero golpearme por lo cojo de mis palabras.

Coloca las pulseras de nuevo en su muñeca y toma mis manos entre las suyas.

—¿Crees en el amor a primera vista, Amelia?

Me mira con ojitos cristalinos, como si quisiera descifrar algo en mí.

—No. Amar a alguien va mucho más allá de un físico. Te enamoras de la esencia de una persona: de sus gestos, sus locuras, cómo afronta la vida.

Asiente y sonríe, satisfecho.

—Pues creo que estoy enamorado. —El corazón se me acelera. Mi boca se abre para decir algo, pero no sale nada—. Dame una oportunidad más, Amelia. La última, no te vas a arrepentir.

Le digo que sí aún en el aire, sin tener una idea clara de lo que estoy haciendo.

Quedamos en vernos esta noche bajo la promesa de que sí cumplirá.

En mi casa, me alisto con prisa para que no se me haga tarde.

—¿A dónde vas?

Resoplo con fastidio y me giro para encarar a mi «querida» prima.

—Tengo una cita.

Sus ojos se abren en sorpresa y me mira de arriba abajo, incrédula.

—¿Con un chico? —Asiento y entorno los ojos—. Creí que tenías problemas con los hombres, Amelia.

Mi ceño se frunce al escuchar lo que dice.

—¿Problemas? No te entiendo.

Ella esboza una sonrisa más falsa que el corazón de mi ex.

—Pues es obvio, a los hombres no les gustan las chicas gordas.

Me señala con su índice.

No sé qué decirle. Nunca he tenido complejos con mi cuerpo, pero sus palabras en cierta forma me han dolido. Todos los chicos con los que he salido han querido jugar conmigo y ya.

¿Eso se deberá a mi físico? ¿Por eso Matías no me quiere?

—A Ruddy no parece importarle —replico con seguridad, tratando de no demostrar lo que sus palabras han ocasionado en mí.

—Pues es mejor que lo cuides.

Ignoro su comentario y camino hacia la salida.

Me acerco al auto de Ruddy y él me atrapa en un abrazo fuerte. Me besa en los labios con pasión, mientras sus manos acarician mis mejillas con suavidad.

—Estás hermosa —halaga y se aleja de mí, después recorre mi cuerpo con sus ojos.

Me siento incómoda. Puede que él esté diciendo todo esto por cortesía o porque quiera acostarse conmigo.

—Gracias.

Juego con los dedos y él se carcajea de la nada. ¿Se estará burlando de mí?

—Relájate, Amelia. Estás muy tensa.

Suspiro y asiento en acuerdo. Es mejor que deje estos pensamientos idiotas a un lado. Soy una mujer hermosa y fuerte.

Ruddy abre la puerta de su casa. Me invita a pasar y camina detrás de mí. Es un lugar amplio, limpio y bien decorado. Me maravillo por lo simétrico de cada detalle. Las tonalidades grises de las alfombras le dan un aspecto elegante y sobrio.

—Yo hice la cena. Ponte cómoda, Amelia.

Camina hacia lo que creo es la cocina y me siento con timidez en uno de los sofás.

Cenamos entre risas y confesiones. Me cuenta que vivía con su hermana porque sus padres murieron cuando era pequeño. Tuve que cambiar de tema, pues se puso triste y melancólico. Algo muy feo debió pasar. Quiero saber, pero no es prudente que sea ahora.

—Ven conmigo.

Toma mi mano y caminamos hacia la parte trasera de su casa. Tiene un jardín grande, iluminado por lucecitas de colores.

Nos detenemos frente a una gran puerta. Él pulsa un botón y va subiendo poco a poco.

Abro la boca, maravillada, al ver un sinnúmero de motocicletas de lujo. Lo observo sin poder creerlo. Ruddy sonríe y camina junto a mí.

—Esta es mi colección más preciada, Amelia. Nunca he traído a nadie hacia acá.

Me suelto de su agarre y me muevo entre las motos, fascinada.

—¿Puedo?

Asiente y paso la mano por una moto negra con detalles amarillos.

El olor a caucho, gasolina y piel llenan mis fosas nasales y provocan que gima encantada. Me gustan los vehículos.

—Esta es mi favorita.

Palmea el asiento de una moto roja con el nombre de él grabado.

—¡Vaya! —exclamo—. Es hermosa, ¿cómo se llama?

—Es una *Harley* —replica obvio.

—Sí, pero ¿cómo le dices? —Me mira como si estuviera loca—. No puedo creer que no hayas nombrado a este bebé.

—Si quieres puedes ponerle el nombre tú.

—¿En serio? —Asiente varias veces y chillo de la emoción—. Debe ser un nombre digno.

—Estoy seguro de que el que elijas será perfecto.

Sonrío, nerviosa por la mirada que me dedica.

—¡Lo tengo! Se llamará Damián.

Doy saltitos, emocionada porque es el nombre perfecto.

—Me parece bien. —Niega con la cabeza, divertido—. Eres una chica única, Amelia. ¿Dónde estabas todo este tiempo?

Me quedo quieta cuando me toma de la mano y me acerca a él.

—N-no lo sé —balbuceo ante su mirada profunda.

Posa su mano sobre mi mejilla y la acaricia con suavidad, después une sus labios con los míos. Cierro los ojos. Sabe tan bien, me siento segura con su compañía.

—Quiero algo serio contigo, Amelia, pero primero hay cosas de mí que debes saber.

Se aleja, su rostro ahora muestra angustia y dolor.

No entiendo por qué su cambio de humor, supongo que lo que sea que deba decirme no es tan malo. ¿O sí?

Capítulo 21

Amelia

Ha pasado una semana desde que Irina está en mi casa. Tuve que hacerle espacio en mi habitación —para que ella pudiera abrir una colcha inflable que es lo que usa como cama—, en mi armario y baño. Trato de poner de mi parte para llevarme bien con su compañía, hasta he sopesado las cosas buenas de tenerla conmigo.

No recuerdo nada de ella de cuando éramos niñas. Me parece extraño porque vive contándome anécdotas de ambas. Solo sus ojos me parecen conocidos. Me ha dicho que nos llevábamos bien y que me hacía muchos favores.

Lo malo de tenerla aquí es que critica todo. Lo que hago lo adjudica a mi peso: que si como mucho y por eso no voy a rebajar nunca, que si debo hacer ejercicios. Pero lo que más me irrita es que se meta con Matías.

No sale de su apartamento cuando él está ahí, siempre tiene una excusa para buscarlo. Eso me molesta sobremanera porque me ha desplazado a mí para estar con ella. No puedo creer que alguien que llegó hace unos días tenga más oportunidades con Matías que yo.

Pongo las bolsas en la mesada de la cocina. Las reviso y noto toda la chuchería que he traído. Rayos, debo dejar de comprar así, nunca voy a comer sano si no pongo de mi parte.

Tomo todos los dulces y chocolates, los guardo en un cajón donde ella no los pueda encontrar. No quiero que me vuelva a hablar de lo que ingiero. Sé que lo que piense de mí no debería afectarme, pero lo está logrando y eso no me agrada.

A veces siento que lo hace a propósito, que le gusta incomodar y no entiendo la razón si yo la he tratado bien.

—Amelia —canturrea y me doy la vuelta, noto que luce muy feliz—. Debo decir que eres una suertuda, tener a un hombre como Matías de vecino...

Me giro y suspiro sin que se dé cuenta. Lo único que me falta es que esos dos tengan algo.

—Matías es mi mejor amigo desde niña, Irina. Pero sí, es bueno tenerlo cerca.

Me agarra el brazo y me da la vuelta para quedar frente a mí.

—Lo recuerdo. Él y yo tuvimos algo una vez cuando fui a visitarlos. Éramos unos adolescentes. —Mi boca se abre en sorpresa. Eso sí que no lo esperaba—. Dio un cambio para bien, está buenísimo —chilla y yo solo asiento en silencio.

—Ahora pueden tener algo serio porque él está soltero.

No dejo que me responda y camino hacia mi cuarto. Escucho sus pasos detrás de mí, luego cierra la puerta.

—Quiero agradecer que me hayas dejado vivir contigo, Amelia. Mi vida no ha sido fácil y quiero una mejoría. —Sus ojos marrones me escanean y por alguna razón le tengo miedo a esa mirada—. Deseo que mi papá se sienta orgulloso de mí donde quiera que esté.

—¿Qué pasó? No te entiendo.

Suspira y niega con pesar.

—Él desapareció cuando yo tenía dieciséis años, Amelia. Nunca lo encontraron, tampoco sabemos qué sucedió.

El corazón se me encoge ante sus palabras. Luce muy afectada, no es para menos.

—Lo siento, no sabía.

—No te preocupes, estoy segura de que el responsable pagará con creces todo lo que me ha hecho sufrir.

Sus palabras, por alguna razón que desconozco, me hacen estremecer.

Por la noche, doy vueltas en la cama sin saber qué hacer. Estoy aburrida. Escucho el timbre de la puerta y, arrastrando los pies, me dirijo hacia la sala para verificar de quién se trata.

Me encuentro con Matías, quien tiene varias bolsas de comida en una mano y un vino en la otra.

—Noche de películas.

Se adentra y mis ojos no se apartan de sus pantalones ceñidos que no dejan nada a la imaginación.

Debo dejar estos pensamientos que cada vez son más frecuentes, incluso me sueño teniendo relaciones con él, y no es algo sano. Quizás ya deba tener sexo con alguien, puede que esa sea la razón por lo que he estado fantaseando tanto con Matías.

—No sabía que vendrías.

Sonríe mientras coloca las cosas en la mesa del centro. Se cruza de brazos mientras me mira divertido.

—Lo sé, linda, pero hace mucho tiempo que no lo hacemos y por eso decidí venir. —Asiento embobada, perdida en sus brazos fuertes—. ¿Está Irina?

Mira para todos lados y mi corazón decae.

Ahora entiendo todo, no ha venido por mí. El muy idiota está aquí para pasar tiempo con mi prima.

—No, pero la puedes esperar.

Me dirijo hacia mi cuarto porque no me quedaré mirándole la cara.

—Amelia. —Me agarra del brazo, lo que provoca que me detenga—. No vine por ella. De hecho, estoy feliz de que estemos solos.

Me toca la cara con suavidad.

Su mirada me recorre desde los ojos a la boca, me pega a él y me acaricia la espalda con su otra mano. Su toque crea sensaciones en mí que no he sentido con nadie más. El simple hecho de estar así me hace querer decirle lo que siento.

¿Qué pensará de mí si se entera de que he estado enamorada desde niña? Quizás se espante y nuestra amistad se vea afectada. Es obvio que no soy su tipo, nunca he visto a Matías salir con una chica que no sea flaca y alta. No lo juzgo, es su gusto y hay que respetarlo.

—Estoy saliendo con Ruddy y me dijo que está interesado en mí para algo serio.

Me suelta de repente, su semblante cambia y noto cómo sus manos se cierran con fuerza.

—No lo puedo creer... —Camina de un lado a otro.

—Sí, un chico guapo se fijó en mí —suelto con rabia.

Me mira con dolor a la vez que se acerca con rapidez. Me toma la cara para que lo mire directo a los ojos.

—No me refiero a eso, Amelia. Eres la mujer más linda que he conocido y cualquier hombre sería afortunado de tenerte —masculla dejándome sin habla—. Lo que no puedo creer es que estés pensando siquiera estar con un tipo así, no lo conoces.

—¿Tú sí? —pregunto, el veneno gotea de mis palabras.

Me molesta que él no acepte que yo también puedo salir con quién quiera.

—Claro, de todas formas, debo decirte que tengas cuidado. Aléjate de él.

Me río sin gracia y me mira como si estuviera loca.

—No quiero, quizás Ruddy sea el chico ideal para mí.

Matías se carcajea como un idiota.

—Ese tipo es uno de los asesinos que abusaron de la chica en el callejón, Amelia.

Mi boca se abre en sorpresa, esto debe ser una broma.

—Con eso no se juega, no puedes acusar a alguien de algo tan grave.

Ahora luce serio y me mira con compasión y lástima.

—Él mismo me lo dijo. Vino a hablar conmigo porque esos hombres quieren hacernos daño.

Es increíble lo que me está diciendo, Ruddy no puede ser esa clase de persona. Aunque esos hombres extraños, los que se llevaron a Violeta, sí parecían peligrosos. Me cubro la boca al ser consciente de que podría ser cierto, quizás esas sean las cosas que él dijo que quería decirme y no se atrevió.

¿Por qué haría algo así? Me es imposible siquiera pensar que él sea un delincuente. Además, no tiene necesidad de dinero. Entonces, ¿qué lo llevó a unirse a esos tipos?

Niego con pesar, al parecer siempre me fijo en las personas incorrectas.

—Mi vida es un asco —afirmo en voz alta.

Me abraza y me aprieta contra su pecho con fuerza a la vez que me besa el pelo.

—Quiero que entiendas que deseo hacer las cosas bien para ti.

Asiento sin entender bien a qué se refiere y me suelto de su agarre.

—Tienes razón, Matías, debo alejarme de él. —Sonríe, satisfecho—. Pero no lo haré, le pediré que me explique todo porque estoy segura de que algo debió pasar. El corazón me dice que Ruddy es una buena persona.

Abre la boca para decir algo más, pero no lo hace porque entra Irina y nos observa. Tiene los ojos rojos e inundados de lágrimas.

—Tú...

Me señala con rabia y puedo notar todo el odio en su mirada.

Sus ojos se posan sobre Matías. Él niega varias veces y ella relaja su postura. No entiendo qué es lo que está pasando ni por qué ha actuado de esta forma. Tampoco comprendo la complicidad que han mostrado. Es obvio que están muy unidos.

Corro hacia el cuarto y me recargo en la puerta. Mi mente está hecha un remolino y estoy mareada. Ojos marrones, cicatriz en la cara y mucha sangre. Los recuerdos llenan mi cabeza como torrentes de agua. Me sacudo con violencia e intento que estos pensamientos se esfumen.

Me tumbo en la cama y me llevo las manos a la cabeza. Un sinnúmero de imágenes inunda mi mente por segundo. Las lágrimas caen mientras me encorvo por el dolor en el pecho. Un sentimiento de vacío y desolación recorre mi cuerpo.

¡Quiero que pare!

Mis sollozos aumentan, me llevo las manos al pelo y lo halo con saña. Los temblores en mi cuerpo se intensifican, un frío insoportable cala mis huesos.

—¡Amelia! —Escucho a lo lejos y unos brazos cálidos me sostienen.

No puedo parar de llorar ni de ver las imágenes horribles que tanto he soñado a lo largo de mi vida.

—Todo estará bien, linda.

Siento que me besa la cabeza y me mueve de un lado a otro. Las palabras son como un eco. No sé si las estoy escuchando en realidad o solo es un recuerdo vano.

Capítulo 22

Matías

Salgo de la habitación de Amelia, preocupado. No sé si es una crisis que le acaba de dar, por lo que me abstengo de llamar a sus padres.

El temor de que ella recuerde todo me hace temblar. Es cierto que quiero que sepa lo que tuvimos y lo que significa para mí; no obstante, tengo miedo de que me odie y se quiera alejar para siempre.

No tengo un plan definido de lo que haré con Amelia, pero es hora de que busque ayuda profesional. Sus padres han sido egoístas después de todo, no han hecho nada para que ella recupere la memoria. Sé que lo que pueda pensar de ellos es lo que ha impedido que la ayuden como se debe.

Han querido mantenerla en una cajita de cristal y, aunque quieran evitarlo, llegará el día en que ella lo sepa. Entonces, será mucho peor.

—¿Qué le pasó? —Irina pregunta, curiosa.

—Solo está estresada, debe descansar. —Asiente no muy convencida—. ¿Por qué actuaste de esa manera?

Ella ríe sin una pizca de gracia, lo que hace que me confunda aún más. No entiendo su comportamiento, Irina se ha pasado los días en mi casa preguntando cosas de Amelia. Pensé que sabía lo que padece, pero me equivoqué y le conté sobre eso.

—Solo fue un juego, Mat. —Posa su mano en mi hombro—. Estoy practicando para ser actriz y quise saber si manejaba bien las expresiones.

No le encuentro sentido a lo que dice, pero solo asiento y me alejo de su toque.

—Tienes que tener cuidado con lo que dices y haces a Amelia. No es muy notable, pero ella está en un momento crítico —decir esto en voz alta provoca que el corazón se me acelere.

—Entiendo y deseo ayudarla. Necesito saber qué ocasionó todo eso.

La miro, dudoso. No es que no crea que tenga buenas intenciones, solo que hay algo en Irina que no me cuadra.

—Es mejor dejar las cosas así. Por favor, trata de no presionarla. Es una chica muy volátil y eso es perjudicial para Amelia. Buscaré algo en mi apartamento, voy a dormir con ella.

Y así lo hago. Después de que me pongo un pijama, me acuesto a su lado. Inconscientemente, Amelia me abraza y acomoda su cabeza en mi pecho. Le acaricio el pelo con dulzura hasta que me quedo dormido.

Al día siguiente, me levanto muy de mañana y me dispongo a preparar el desayuno para los dos.

Muevo la sartén mientras tarareo alguna canción y me giro al escuchar sus pasos. Se acerca a mí despacio, noto las ojeras enormes que tiene y su pelo enmarañado. Amelia está vestida con un pijama de conejo, que es su favorito, y unas muy inusuales pantuflas. Aun así, se ve hermosa.

No sabe lo especial que es, lo importante que ha sido en mi vida. Quiero tantas cosas, que me ame con la misma intensidad y que nos casemos algún día. No lo recuerda, pero hablábamos de nuestro futuro juntos. Habíamos dicho que tendríamos tres niños y dos perros.

—Hola —saluda con timidez, pasando las manos por los brazos.

—Buenos días, linda. Estoy haciendo el desayuno.

Se sienta en un taburete.

—¿Qué haces aquí, Matías? ¿No deberías estar trabajando? —pregunta y abre los ojos horrorizada—. ¡Yo también debo trabajar! —grita y se levanta con rapidez.

—Tranquila, Amelia. Llamé al gimnasio y pedí el día libre. También puse tu excusa, así que puedes relajarte.

Suspira y se sienta de nuevo.

—Gracias —susurra, moviendo los pies de atrás hacia adelante.

Sé que está nerviosa, esto me hace sonreír y sigo preparando el desayuno.

—¿Dónde está Irina?

Coloco los platos y los llenos de huevos y vegetales. Amelia arruga la nariz, lo que le hace ver muy tierna.

—No lo sé. Cuando me desperté ya no estaba.

Me siento junto a ella y empiezo a comer.

Amelia se queda quieta y mira hacia nada en particular.

—Me siento rara, Matías. No sé qué es lo que me está pasando.

Mi corazón late con fuerza y dejo el cubierto a un lado.

—¿Rara cómo?

Niega varias veces. Sus ojos están cristalinos y le tiemblan las manos.

Tengo miedo de lo que pueda estar pasando por su cabeza. Es cuestión de tiempo para que ella recuerde y eso me descoloca. Lleva muchos años privada de su vida, si se entera de un día para otro podría ser desgarrador.

—No lo sé, como si me faltara algo.

Cierra los ojos con fuerza y lágrimas salen de ellos.

Me acerco y la abrazo. Le limpio las mejillas con los pulgares. Ella abre sus hermosos ojos y me mira con anhelo.

—Matías...

Cierra la boca de golpe y arruga el entrecejo. Puedo percibir cómo su mente está trabajando con rapidez.

—Dime lo que sea, Amelia. Sabes que estoy aquí para ti, cariño.

Acaricio su piel enrojecida. Deseo poder ayudar a que comprenda todo lo que no está claro en su vida.

—Tú y yo. —Hace silencio y luego suspira—. ¿Hubo algo entre nosotros?

Me quedo petrificado en mi lugar. La voz no me sale y el corazón escapará de mi pecho en cualquier momento. ¿Qué le digo? Es obvio que debo contarle la verdad.

—S-sí, éramos unos niños. —La voz sale entrecortada.

—Unos niños —repite confundida.

—Sí, Amelia. Siempre hemos estado muy unidos.

Sonrío nervioso y ella asiente dudosa.

Su teléfono timbra y se levanta para contestar. Resoplo con alivio. Me paso las manos por el pelo mientras sigo sus movimientos. Habla muy animada ahora, es como si hubiese pulsado un interruptor que cambió su humor.

—Gracias por el desayuno, Matías. Voy a salir.

Camina hacia su cuarto y agarro su brazo para que no siga.

—¿A dónde vas?

Mi voz sale más dura de lo que quería, pero no me agrada que se marche cuando había pensado pasar este día con ella.

—Ruddy me invitó a salir. Le dije que sí porque pienso hablar con él para que aclaremos todo.

Mi ira se desborda y la suelto con molestia.

—Tú no entiendes ni tienes sentido de supervivencia. Ese tipo no es bueno para ti.

Sus ojos lucen heridos al momento en que da unos pasos hacia atrás.

—Por lo menos no es un cobarde que oculta lo que siente —refuta y se pierde por el pasillo de su cuarto, dejándome sin habla.

Capítulo 23

Amelia

Sonrío emocionada cuando veo la playa por la ventanilla del vehículo. Es un día brillante y con una temperatura adecuada para pasarlo rico.

En el momento en que Ruddy me llamó para invitarme a salir, no pensé que sería en este lugar. Aun así, estoy muy feliz de que me haya traído. La playa es maravillosa. Me encanta sentir la arena debajo de los pies y escuchar las olas chocar una contra otra.

Me ayuda a salir y observo todo con detenimiento. Hay algunas personas dispersas, niños que juegan con pelotas y hacen figuras en la arena. Ruddy saca una sombrilla del baúl de la camioneta. Esta vez está manejando una, al parecer la colección no solo es de motocicletas.

Siento curiosidad por su vida, cómo es que tiene tanto dinero si no trabaja o al menos nunca lo he escuchado mencionarlo. Él luce como todo un chico rico, de buena familia, sin contar que se hizo amigo de unos vándalos.

—Espera aquí, Amelia. Voy a comprar algo para comer.

Asiento y lo veo alejarse hacia uno de los puestos de comida.

Mi boca se hace agua al imaginar los manjares que venden en este sitio y no ayuda el olor a pescado y frituras. Miro la barriguita por encima del vestido, entonces me da remordimientos ahora mi manera de pensar.

Resoplo, solo es por hoy. Es un día libre y voy a disfrutarlo al máximo. Aunque me hubiese gustado pasarlo con cierto moreno de ojos miel. Otra vez pensando en el innombrable.

Creo que entre nosotros pasó algo y no se quiere sincerar conmigo. ¿Es tan difícil decirme la verdad?

Si mis sospechas son reales, debió ser grave para que él esté así. Su comportamiento es tan raro que me confunde. Es como si quisiera tenerme cerca, pero a la vez lejos. No pienso ser juguete de nadie.

Él tendrá sus razones para mantenerme al margen de lo que pasó y lo que siente, es su decisión y la voy a respetar. Por ahora buscaré la manera de salir adelante con la universidad y quizás sopese la idea de estar con Ruddy.

Él regresa con una bandeja llena de mariscos y pescados fritos. Mi boca se abre porque hay mucha comida, pero tampoco me quejo. Almorzamos entre charlas amenas y miradas cómplices. No he tocado el tema que me interesa, lo estoy dejando pasar por ahora.

Nos acostamos en la arena, sobre dos toallas enormes que trajo, y toma mi mano entre la suya. Es raro estar así con él, pero de una buena forma. Hace tiempo que no salgo con alguien, es gratificante sentirse querida.

Mis pasadas relaciones han sido un asco, no obstante, puede que esta sea mi oportunidad. Debo hacerme esa idea, no es con quién hubiese querido e igual se siente bien su compañía. Ruddy es muy apuesto, un caballero y me trata como una princesa.

—Vamos a meternos al agua.

Se levanta y extiende sus manos.

Lo miro horrorizada. No vine con traje de baño y no me pienso mojar la ropa.

—No, lo siento. Además, no tengo con qué bañarme.

Se carcajea y se pone las manos en la cintura.

—Eso es lo de menos, Amelia. Quítate el vestido y ya está.

—¡Eres un pervertido!

Me levanto en un santiamén y me cruzo de brazos con molestia.

—Un bikini y tu ropa interior es lo mismo. Nunca entenderé la lógica de las mujeres.

Se quita la camiseta y el pantalón, quedando en bóxer.

Ruddy no es un chico muy musculoso. Su complexión es promedio al igual que su altura. Su piel es lechosa y limpia, pero puedo notar el tatuaje que tiene en su costado derecho.

—¿Qué es? —Me acerco, él retrocede—. Déjame verlo.

—Ven.

Levanta su brazo y me permite observar las letras negras en cursiva: «*Helen*».

—Es hermoso. —Asiente y se aleja un poco—. ¿Quién es ella? —Sus ojos se vuelven cristalinos y me arrepiento por haber preguntado—. Discúlpame, no debí...

—Está bien. —Se sienta en la toalla y lo imito, quedando frente a él—. Era mi madre, se suicidó cuando tenía trece años.

Abro la boca en sorpresa y la cubro con una mano.

—Ruddy...

Me mira con pesar, aunque trata de disimularlo con una sonrisa distorsionada.

—No pasa nada, Amelia, es un tema superado. —Sé que miente, sus ojos gritan lo contrario —. Al poco tiempo asesinaron a mi padre, fue un pago por todo lo que hizo. Por él mi mamá se quitó la vida —habla con tanto rencor y odio que me hace temblar.

—Eso es horrible.

—Me mudé con mi hermana. Ella hacía de todo para que me sintiera bien y no funcionaba. Estaba cansado de su hostigamiento. Sé que solo quería ayudarme, pero era asfixiante.

—Te comprendo. Mis padres son muy sobreprotectores y por eso decidí irme a vivir sola.

—Entonces algo debió pasar para que sean así.

Pienso en lo que me ha dicho, aunque no recuerdo nada fuera de lo común.

—No lo sé, Ruddy. Hay muchas cosas que no entiendo de mi vida.

Hago silencio, incapaz de decirle cómo me siento porque pensará que estoy loca.

—Me puedes llamar Ro, así me dicen las personas cercanas. —Sonríe abiertamente, se acerca más a mí y junta su frente con la mía—. Eres tan hermosa.

Acaricia mi mejilla y deposita un beso en mis labios.

Soy consciente de que ha cambiado de tema a propósito y eso está bien para mí. Sin embargo, quiero saber acerca de los hombres peligrosos y el lío de la chica asesinada.

—Ro. —Se aleja un poco y puedo notar lo confundido que está—. Quiero saber qué pasó esa noche, por favor.

No tengo necesidad de darle más detalles, él sabe perfectamente de qué estoy hablando.

Se acomoda en la toalla. Se lleva las manos al pelo, que vuela libre con la brisa, después lo recoge con una liga que tenía en la muñeca izquierda. Carraspea varias veces, fingiendo aclarar su garganta, y sé que solo está ganando tiempo.

—Conocí a Joseph en un bar, Amelia. Había terminado de hacer una presentación con mis amigos y él estaba entre el público. Me sentía muy mal, porque era el aniversario de la muerte de mi madre, y le pregunté al de seguridad si tenía algo fuerte que me hiciera olvidar.

Escucho atenta todo lo que está diciendo y mi corazón late salvaje al imaginar las cosas horribles que me va a contar.

—Sigue —aliento porque se ha quedado en silencio.

—Él me vendió las porquerías que me metía, así fue como todo empezó. Lo busqué varias veces y me cobraba mucho por ellas. —Suspira—. Luego de eso, dejé de consumir. Me sentía

horrible porque tiraba por la borda mi vida. Joseph se aparecía dondequiera que estaba y me quitaba dinero. Esa noche, ellos me siguieron cuando salí del bar. Solo eran dos hasta que otro se unió con la chica.

—Por Dios —interrumpo, horrorizada. Él mira para todos lados y hago lo mismo, percatándome de que no hay nadie cerca.

—No sé cómo pasó, pero me encontraba en ese callejón con ellos y la chica. Ella andaba con Rick, un amigo de Joseph. Es tan hijo de puta que la llevó para compartirla con los demás. Se negó y la abusaron. Traté de ayudarla, te lo juro.

Me toma de los brazos con fuerza, tiene los ojos desorbitados.

—Estabas ahí, pudiste hacer algo más.

Me levanto, conmocionada por toda la información que he recibido. Un dolor se instala en mi pecho al ser consciente de que esto es muy raro.

—Amelia, debes creerme. Soy inocente y ahora esos tipos me están chantajeando contigo.

Me quedo paralizada, presa del miedo. Matías tenía razón, debo alejarme por mi bien.

—Llévame a mi casa, por favor.

Sus ojos lucen angustiados y deja caer los hombros. Desvío la mirada porque me duele verlo roto y vulnerable.

—Confía en mí, hermosa, por favor. —Toca mi rostro y me pega a su cuerpo—. Voy a protegerte con mi vida. Te quiero.

Niego varias veces mientras camino hacia la camioneta y me acomodo en el asiento del copiloto. Observo por la ventanilla cómo se viste y recoge todo lo que ha llevado, después lo guarda en el baúl.

Conduce en silencio, solo se escucha su respiración agitada y mueve los dedos constantemente sobre el volante.

—Ruddy, este no es el camino.

Niega y ríe de lado de una manera escalofriante.

—Lo sé, quiero mostrarte algo. Te llevaré a tu casa luego...

Capítulo 24

Matías

Entro a la vieja cafetería y me percato de que no ha llegado. Respiro profundo. Solo espero que no me deje plantado, las cosas que quiero decirle son muy importantes.

Me siento en la mesa para dos que se encuentra alejada de las demás y cerca de la ventana de cristal. Puedo notar desde aquí las calles aledañas y me permite observar si alguien nuevo entra al lugar.

Estoy decidido, no pienso seguir ocultando cosas que al fin y al cabo Amelia sabrá. Sé que será una charla difícil y puede que sea imposible convencerlos, pero nada cuesta intentar. Es hora de dar el paso, hemos sido muy egoístas con ella. Unos cobardes de lo peor.

La manera en que Amelia me enfrentó y me dijo la verdad, me dejó sin habla. Me quedé paralizado por unos minutos. Irina entró al apartamento y me encontró con la boca abierta como un tonto. Es cuestión de tiempo para que Amelia recupere la memoria por completo. Aun si no lo hace, quiero ser sincero con ella. No se merece lo que le hemos hecho al privarla de ayuda profesional y hasta de apoyo.

Por eso estoy aquí, dispuesto a hacer todo lo que esté a mi alcance para que pueda tener una oportunidad.

La mesera, una mujer mayor y bajita, se detiene a mi lado con una libreta y lápiz en mano. Su pelo está peinado en dos coletas muy raras y no deja de masticar una goma que parece estar gastada ya.

—¿Qué vas a ordenar, guapo?

La miro directo a la cara y ella me guiña el ojo.

—Por ahora, un café con leche.

Anota lo que pido y se aleja.

Reviso algunas cosas en mi celular para matar el tiempo y percibo que alguien se sienta frente a mí.

—Disculpa la demora, Matías. El tránsito está horrible a esta hora.

Levanto la cabeza y observo al señor Aníbal.

Me permito apreciar su semblante: ha envejecido mucho, sus ojos verdes lucen apagados y su pelo se está haciendo escaso. Es un hombre con buen porte, con costumbres muy marcadas y devoto a su familia. Sé que ama a Amelia más que a su vida y no juzgo lo que hizo por ella.

—No te preocupes, entiendo que un viaje de imprevisto puede ser difícil.

Asiente con efusividad.

Sus ojos son iguales a los de Amelia, pero todo lo demás lo sacó de su mamá. Busco en mi mente las palabras adecuadas que le permitan entender lo que deseo.

Él pide un refresco y tenemos una charla amena. Lo tuteo porque no aprueba que le diga señor. Aníbal ni su esposa saben lo que pasó entre Amelia y yo, solo mi hermana Raquel, quien fue la que le informó a Amelia sobre mi viaje, y ha mantenido el secreto.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme, muchacho? ¿Mi niña se encuentra bien?

Asiento con pesar, sintiendo desde ya la tensión densa en el aire.

—Sí. Seré sincero contigo, Aníbal, quiero llevar a Amelia con un profesional que la ayude con su pérdida de memoria.

Él se queda paralizado, su rostro cambia de un segundo a otro.

—Disculpa que te diga esto, Matías, pero no tienes ningún derecho a meterte en la vida de Amelia.

Aprieto las manos con fuerza. Apenas estamos empezando y ya me siento furioso.

—Tú no lo entiendes. —Suavizo la voz, en un intento de calmarme—. Ella no lo ha pasado bien, siempre está muy confundida y piensa que se está volviendo loca.

Sus ojos lucen aterrados ahora.

—No puede ser, sabía que era mala idea dejar que viniera a vivir sola —habla en voz baja, ensimismado—. Te agradezco todo lo que has hecho, pero no te metas.

Parpadeo y caigo en cuenta de que nada de lo que diga hará que cambie de opinión.

—Quise comentarlo con usted. Aun si no está de acuerdo, ayudaré a Amelia.

Lo dejo de tutear por la tensión del momento.

—¡No tienes derecho a tomar decisiones con mi niña!

—Amelia ya no es una niña, Aníbal. Sé que tienen miedo y lo entiendo, pero han sido muy egoístas y yo un idiota sin corazón. No sabe lo difícil que es verla desorientada la mayor parte del tiempo. Además... —Hago silencio antes de decir alguna estupidez.

—Estás enamorado de ella. Te conozco desde niño, Susane y yo estamos al tanto de todo. —Asiento ido al reconocer que hemos sido muy obvios—. No puedo darme el lujo de que se entere de que soy un asesino.

Su voz se apaga y sé que se echará a llorar en cualquier momento.

—Amelia lo entenderá. Pienso que ustedes también necesitan ayuda. —Niega varias veces—. Esto no será para siempre, un día se despertará con toda esa información y la situación empeorará.

—¡No te metas con mi hija!

Me exalto al escuchar el golpe que le dio a la mesa con la palma de su mano.

—Aníbal...

—No voy a permitir que te tomes atribuciones que no te pertenecen. Te lo advierto, si pones a Amelia en contra de nosotros, te la verás conmigo.

Se levanta de la mesa hecho una fiera y sale de la cafetería.

La mesera y algunas personas me miran como si fuera un bicho raro. Resoplo y dejo dinero en la mesa, después me retiro.

Conduzco un tanto desorientado. La reunión con el papá de Amelia ha sido fatal, aunque no esperaba otra reacción de su parte. Ya no sé qué pensar, si lo hacen por el bien de ella o por ellos mismos. No me importa, los puse al tanto y no pienso desistir. No es justo lo que han hecho, su egoísmo y cobardía la han llevado al límite.

Estoy decidido, es hora de ayudar a la chica a la que amo y revelar lo que tanto he querido gritar.

Me paro en la floristería de Dan, el antiguo empleo de Amelia, y observo los estantes. Mis ojos se posan en lo que tanto buscaba. Sonrío cuando la tomo y paso por caja para pagarla antes de marcharme.

Toco varias veces la puerta, pero nadie contesta. Aprieto la bolsa que tengo en la mano, desesperado porque ella salga y me mire como siempre lo hace. No es así, vislumbro a Irina en paños menores que se recarga en la entrada.

—Mat, qué sorpresa.

Sonríe a la vez que se echa a un lado para que pase.

Me introduzco a la sala, mirando hacia todos lados, buscándola.

—¿Amelia está en su cuarto? —Niega y me observa de arriba abajo sin pudor alguno—. ¿No ha llegado aún?

—No. Si quieres te acompaño mientras esperas.

Acorta la distancia y toca mi pecho.

Miro la hora en mi reloj, ya es de noche y Amelia salió temprano. Estoy preocupado. No me gusta que salga sola, menos con el rubio ese.

—Traje algo para ella, lo dejaré en su cuarto.

Camino deprisa hacia allá y cierro la puerta antes de que Irina entre.

Llamo varias veces a Amelia y no responde. Los nervios me carcomen al tiempo que me paseo por la habitación. Mi teléfono timbra con un mensaje y lo abro al verificar que es de ella:

[Estoy bien. Hablamos cuando llegue].

Suspiro, ahora estoy más tranquilo. Tomo la bolsa y saco la caja que guarda la flor, es una gardenia grande y hermosa. Luce fresca, delicada. Espero que haga el efecto que he imaginado.

La dejo con cuidado sobre la cama de Amelia y salgo de la habitación.

Capítulo 25

Amelia

Ruddy me ayuda a bajar de Damián —su motocicleta favorita— y me retiro el casco de la cabeza para dejar el cabello al viento. Después de salir de la playa, me llevó a su casa y dimos un paseo en ella.

También fuimos al lugar donde él corre algunas noches, según me dijo. Me sorprendió que participara en carreras ilegales. Este chico es una caja de sorpresas. Se sinceró conmigo, me explicó que lo hace para liberar energía y eso lo ha ayudado en parte a no drogarse.

No quise juzgarlo, pero no debe dejar de hacer algo malo con otra cosa peor. Presencié una competencia y casi muero de susto al ver la velocidad que toman esas motocicletas.

—He pasado el mejor día de mi vida —dice a la vez que me acorrala entre sus brazos.

Asiento, nerviosa. La realidad es que me aterroriza estar con él y lo que implica. No obstante, me da pesar dejarlo de lado. Quizás podamos ser amigos después de todo, pero necesito saber qué piensa hacer con los maleantes y lo que cometieron.

Soy consciente de que ya estoy metida en el problema al igual que Matías. Eso me da escalofríos porque deberíamos ir a la policía, aunque es difícil. ¿Qué pasará si nos arrestan? A mis padres les daría un infarto. Me rogaron para que no me fuera de casa, así que no puedo salirles con este lío ahora.

Voy a hablar seriamente con Matías para que entre los tres podamos buscar una solución.

—Yo la he pasado bien también, Ruddy. —Trata de besarme, pero desvío el rostro hacia otro lado—. Es mejor que nos quedemos como amigos.

Asiente dolido y se aleja.

Mi corazón decae al ver tanta angustia en sus ojos claros. No quiero herirlo y por eso es mejor ser sincera con él.

—Me estás juzgando y no comprendes nada de lo que pasó —habla con reproche y altanería.

—No es eso, lo único que puedo ofrecerte es una amistad sincera.

Me arrebata el casco de la mano, luego se sube en la moto y desaparece como un rayo por la carretera.

Entro cabizbaja a mi apartamento. Lo primero que veo es a Irina en el sofá abrazada a una flor enorme blanca. La fragancia que emana me pone sensible. Algo se mueve dentro de mí cuando observo bien la hermosa planta.

Mis ojos se llenan de lágrimas, el dolor que siento en el pecho es tan grande que jadeo.

«Una gardenia».

No sé por qué me pongo de esta manera si en la floristería de Dan la veía a diario, pero ahora se siente tan diferente.

—Amelia, llegaste. Qué bueno. —Irina se levanta mientras huele la flor—. Mira lo que me regaló Matías, ¿no es hermosa?

Asiento, incapaz de proferir palabra alguna, y camino directo a mi cuarto.

Abro la puerta y de mi garganta sale un grito desgarrador al notar lo que hay encima de mi cama. El cuerpo me tiembla de arriba abajo, siento los sudores bajarme de la frente al cuello y la cabeza se me llena de imágenes aterradoras.

Un muñeco yace en mi cama, desnudo. Pero eso no es lo horripilante, su cara está cortada, como si le hubiesen pasado una tijera a propósito. Mi vista se nubla y me tambaleo. Poco a poco

todo se torna oscuro.

***

Escucho a personas discutiendo y los murmullos se intensifican. La cabeza me duele, tengo frío. Quiero abrir los ojos, pero los aprieto. Las lágrimas brotan de ellos sin control. No sé quién soy, dónde estoy ni por qué me siento así.

—Amelia.

Abro los ojos, encontrándome con los de Matías que me mira con pesar.

«Ah, sí. Soy Amelia y él es mi amigo».

Sus orbes están rojos, luce angustiado. Su cabellera rizada está hecha un desastre. Me pasa las manos por la cara varias veces para limpiarme las mejillas húmedas.

—¿Qué me pasó?

Trato de sentarme con su ayuda.

—Sufriste un desmayo —habla entre dientes—. Dime qué fue lo que sucedió para que te pusieras así.

Abro la boca para decir algo y la cierro de golpe.

Entonces lo recuerdo: el muñeco, la cicatriz. Tiemblo y empiezo a llorar de nuevo. Matías se sienta en la cama y me abraza con fuerza. El calor de su cuerpo me relaja, su olor me calma de una manera que no logro explicar.

—H-había un muñeco horrible en mi cama, Matías —balbuceo entre sollozos.

Él se aleja un poco de mí y me seca las mejillas con los dedos con suavidad.

—¿De qué estás hablando, Amelia? —Nos giramos y vislumbro a Irina parada en la puerta de mi cuarto—. Cuando te escuché gritar corrí a tu encuentro y no encontré nada.

Niego, presa del miedo, y me acerco más a Matías.

—Si dice que vio eso, lo vio —mi amigo me defiende y ella lo mira con molestia.

—¿Dónde está? Quizás Amelia tuvo alucinaciones. Eso no me gusta, prima —habla deprisa, lo que provoca que se me encoja el pecho.

«¿Me estoy volviendo loca?».

—Tómate este té, linda. Te sentirás mejor.

Mis manos temblorosas agarran la taza humeante y le doy pequeños sorbos al contenido bajo la atenta mirada de ellos dos.

Matías mira hacia todos lados como si estuviera buscando algo, luego sus ojos se posan sobre mi prima. La observa de una manera que no logro descifrar, pero tampoco quiero pensar mucho en eso. Si ellos salen es su problema, no me queda de otra que aceptarlo.

—Vengo en un momento, Amelia. Tengo algo que hablar con Irina.

Me da un beso en la frente antes de levantarse y camina hacia la salida con ella detrás.

Luego pensaré qué haré con esto que siento por él. Por ahora, debo preocuparme con lo que está pasando en mi mente. Quizás he soñado tanto con ese hombre de la cicatriz que vi el muñeco. Pero parecía tan real, estaba aquí justo donde me encuentro.

El teléfono timbra. Me levanto con cuidado y lo tomo. La llamada se corta y me percato de que tengo muchas perdidas de mis padres. Algo grave debe suceder para que estén tan desesperados.

Marco el número de mi papá, quien lo levanta al primer timbrado. Puedo escuchar cómo respira con dificultad.

—¡Amelia! ¿Dónde estabas que no tomabas el teléfono?

—Me dormí, papá —miento, estoy segura de que hará un drama por una tontería.

—Tu madre y yo necesitamos que estés aquí mañana a primera hora.

Abro los ojos por sorpresa, eso es imposible.

—No puedo, papá. Mañana tengo universidad y trabajo.

Escucho que carraspea como cuando se siente molesto.

—No importa, Amelia. Debes venir a la casa. Es un asunto muy importante y no está a discusión. —Cuelga, dejándome paralizada.

«¿Qué habrá pasado?».

Capítulo 26

Amelia

Observo el perfil de Matías mientras conduce muy concentrado por la carretera rodeada de árboles. Me encojo en el asiento y desvío los ojos antes de que note que lo estoy mirando de más. Aún no sale el sol y ya vamos camino a la casa de mis padres. Él se ofreció a traerme y no aceptó un no por respuesta.

Me siento culpable porque son dos días que se ausentará al trabajo por mi culpa. Me dijo que no importaba, que le deben vacaciones y ha decidido tomarlas. Yo sí tendré problemas, de eso estoy segura. No llevo mucho tiempo en el gimnasio y puede que el lunes me despidan cuando haga acto de presencia.

Eso es lo de menos. No pude dormir imaginando qué debió suceder para que mis padres me hayan llamado como lo hicieron y que me quieran ver de repente. Tengo miedo, la incertidumbre no me deja tranquila y un sabor amargo no ha abandonado mi boca.

—Tranquila, Amelia. Estoy seguro de que no es nada grave. Sabes lo exagerados que son ellos.

Gira su rostro hacia mí por un segundo, sonriéndome.

No lo considero así, mi padre se escuchaba agitado. Es cierto que son unos dramáticos, pero tengo un mal presentimiento.

—Eso espero.

Toma mi mano entre la suya y la aprieta con dulzura. En todo el camino no la retira, eso es suficiente para sentirme bien.

Llegamos más rápido de lo que teníamos estipulado.

Mi madre abre la puerta y se abalanza sobre mí con lágrimas en los ojos. Es oficial, algo muy malo está pasando.

—Qué bueno que estás aquí.

Se aleja y me toca las mejillas con suavidad.

—¿Qué sucede?

Niega varias veces y se hace a un lado para que pase.

—Hola, Susane —Matías saluda.

Se me hace raro que ella solo asienta con la cabeza, porque siempre ha sido fanática de él y lo adula cada vez que tiene la oportunidad.

—Pensé que vendrías sola, Amelia.

Me mira con reclamo y abro la boca, sorprendida por sus palabras.

Estoy más confundida que antes. Me ha dicho muchas veces que no viaje sola y que trate de estar con Matías. No puede ser que me esté reprochando ahora que vine con él.

«¿Qué está pasando?».

—Amelia no estaba en facultad de venir sola. Aníbal lo sabe, me sorprende que no se lo haya dicho —mi amigo replica con brusquedad y yo lo miro estupefacta.

—Muchas gracias, pero debes irte. Queremos hablar a solas con ella.

Me siento fuera de lugar, tal cual un mundo paralelo. ¿Por qué hablan como si no estuviera presente?

—¿Por qué dices eso, mamá? Matías está aquí por mí; de hecho, no fue a su trabajo por eso —le reclamo, cansada de su hipocresía.

Cuando lo necesita es el mejor, pero por alguna razón que desconozco lo trata de esta forma no tan amable.

—Tranquila, linda. De todos modos, pensaba visitar a unos amigos. —Me toma de las manos con los ojos fijos en los míos—. Me llamas si me necesitas. Vendré por ti en la tarde.

Deposita un beso en la frente y se retira sin despedirse de mamá.

Mi madre me observa de mala manera, con los brazos cruzados y moviendo los pies. Algo debió pasar entre ellos para que se comporten así. Tengo mucha curiosidad porque no me agrada que se traten mal. Matías siempre ha sido como un hijo para mis padres y ahora pareciera que no lo soportan. Es lo que ella ha demostrado.

—Te guardé el desayuno, cariño.

Su semblante cambia ahora, luce contenta y de buen humor.

—Gracias, mamá, pero Matías me preparó algo antes de salir de casa.

Sonrío al pensar en la tostada con chocolate que me hizo y que me comí en el camino.

—Ya veo, ustedes han estado muy unidos. ¿Ha pasado algo que deba saber, Amelia?

Su mirada molesta me recorre.

Niego varias veces. No ha pasado nada, pero es porque él no me quiere. Salvo los besos y caricias que nos dimos la última vez que estuvimos aquí.

—No, mamá, ¿por qué preguntas eso?

Suspira y camina hacia la cocina. La sigo despacio, arrastrando mi maleta de ruedas.

—Debes cuidarte de los hombres, solo se mueven por sus propios intereses —parlotea mientras saca algo del refrigerador—. Matías es un chico muy bueno, lo sé, pero eso no quita que quiera usarte para su conveniencia.

Ella no se da cuenta de que sus palabras me han herido de una manera inexplicable.

—Él solo me ve como su amiga, mamá. —Coloca un plato de frutas frente a mí y me pasa un tenedor—. Puedes estar tranquila. Además, Irina y él están saliendo.

Pincho una uva sin ganas. Soy consciente de que no le gusto a Matías como quisiera, aunque a veces me da la impresión de que sí y eso me confunde.

—Irina no ha tenido una vida muy buena y por eso quisimos apoyarla.

Desvío la mirada para entornar los ojos, pudieron hacerlo sin enviarla a mi casa.

—Creo que le caigo mal, ella se comporta muy raro... —Hago silencio ante la mirada acusatoria que me da.

—Amelia, debes dar soporte a tu familia. Aníbal ha ayudado mucho a Mirian porque se quedó sin marido cuando Irina era una adolescente.

Asiento, resignada. No tiene caso que siga con esta conversación.

—¿Qué es eso tan importante que deben decirme?

Ella se sienta frente a mí con una taza de café humeante entre las manos. Noto sus ojos opacos de un momento a otro.

—Me gustaría que Aníbal esté aquí para que hablemos los tres, pero él tuvo que ir a trabajar.

Mi padre es electricista y muchas veces debe trasladarse a otros pueblos y ciudades. Juego con la merienda, desganada.

—Pudieron esperar a mañana, entonces. Es una desventaja para mí faltar a clases y a mi empleo.

—Por lo pronto quiero pedirte algo, cariño, pero debes prometer que no te negarás.

Toma mi mano entre las suyas y la acaricia con suavidad. Asiento y trago saliva, consciente de que cada vez que me piden algo así no es bueno.

—Eso depende...

—¡No, Amelia! —me interrumpe—. Querías saber qué se siente vivir sola y lo has logrado, ahora ya es tiempo de que regreses a casa.

Retiro mi mano de su toque, espantada.

—Lo siento mucho, mamá. Yo estoy bien así.

Sus ojos tristes me hacen sentir mal.

—Por favor, Amelia. Hazlo por tu padre.

Cierra la boca de repente.

—¿Pasa algo con él, mamá?

Sus ojos tristes ahora derraman lágrimas que hacen que mi corazón se encoja.

—Aníbal se está muriendo.

Capítulo 27

Los aplausos y vítores llenan los rincones. Ruddy se aparta del micrófono y se inclina en forma de saludo. Otra noche exitosa, cada día son más los propietarios de bares y restaurantes que lo están contratando para ambientar esos lugares con su música.

Se siente orgulloso al ver a sus amigos y compañeros sonrientes. Están satisfechos por lo que han logrado una vez más. La felicidad se ve empañada cuando hace una mueca de dolor. Las muñecas le arden y se frota por encima de las pulseras.

Fue inevitable, echó a la basura todo el progreso que había tenido por el rechazo de Amelia. Estaba seguro de que ella sentía lo mismo que él, pero se equivocó. Lo cierto es que ahora no lo verá como desea por culpa de su «amigo».

Reconoce que Amelia está enamorada del moreno, su mirada y forma de actuar la delatan. Lo que no entiende es que, si ellos se quieren, ¿por qué no están juntos? Porque el tal Matías también gusta de ella.

Aprieta las manos con fuerza. Debe hacer algo rápido para que la chica de ojos verdes se fije en él. Quizás si no la hubiese dejado plantada dos veces...

—¿Vienes con nosotros esta vez, Ro? —Marcus pregunta y le palmea la espalda.

—No. Deseo que se diviertan.

Ellos se miran cómplices y preocupados por su reacción. Saben que él no se encuentra bien, están al tanto de lo que hace y de su vida vacía y llena de rencores.

—Es mejor que nos acompañes, Ruddy. Solo nos juntamos para practicar y las últimas veces no has venido —replica Jean y él desvía la mirada, apenado—. Estás pasando por un momento difícil, queremos ayudarte. —Los demás asienten en acuerdo.

—Les agradezco lo que hacen, pero estoy bien.

Se acomoda la guitarra en la espalda y sale del bar sin mirar atrás.

Conduce hacia su casa en silencio. Las lágrimas mojan sus mejillas pecosas por la impotencia que siente. Otra noche de depresión, sin nadie a quién acudir, porque a nadie le interesa lo que le pasa.

Se percata de la motocicleta que lo sigue. Sabe perfectamente de quién se trata. Aprieta el volante con impotencia. Debe buscar la manera de acabar con ellos o será un hombre muerto tarde o temprano.

No es que tenga mucho qué hacer, es cómplice de un crimen y encima de eso han puesto los ojos en la chica que ama. Están usando a Amelia para chantajearlo y sacarle dinero.

Entra a su casa con la convicción de que debe crear un plan para quitarse de encima a Joseph y a sus hombres. Su teléfono timbra, lo toma entre las manos y verifica varias llamadas y mensajes de su hermana. Apaga el aparato y lo avienta al otro extremo de su cuarto. No quiere que lo molesten.

Los ojos se le van cerrando con la imagen de la chica extraña y tierna que ha puesto su mundo de cabeza.

Días después, Ruddy avanza decidido hacia el grupo de Joseph. Lo agarra por el cuello con saña y lo estampa contra la pared. Su respiración se vuelve irregular al igual que su estado de ánimo. Las sustancias que volvió a consumir lo tienen inestable.

—Trajiste tu moto —afirma Joseph burlón, lo que provoca que el rubio rechine los dientes.

—Deja de seguirme, ¿cuánto dinero te debo dar para que me dejes en paz?

Lo suelta con brusquedad y este se arregla la camiseta, molesto.

—Suena tentador, Ro. Debo ponerme de acuerdo con mis compañeros y luego te dejo saber.

Ruddy lo mira incrédulo, sabe que solo se está burlando de él.

Camina desorientado hacia su moto, sintiendo su cuerpo en llamas y con deseos de correr a una velocidad que lo haga delirar.

Joseph no aparta sus ojos de él hasta que se pierde en las calles desiertas. Se gira hacia sus hombres y, luego de que les hace una seña, se coloca el casco para subir a su moto. Los demás hacen lo mismo y conducen detrás de él.

Mientras tanto, Irina camina de un lado a otro en la habitación de Amelia. Revisa cada cajón en busca de algo que le confirme lo que su prima padece. Sabe que ha perdido parte de su memoria, pero quiere la constancia de algún médico.

Resopla fastidiada al fallar en su búsqueda. Lo que planea será mucho más difícil, mas no imposible. Sonríe. Había pensado que su venganza no se iba a realizar y estaba equivocada. Su tío la ha ayudado al hablarle de su prima y al ofrecerle asilo en su casa.

Sumándole a eso la inestabilidad emocional que presenta Amelia, así que será más fácil de lo que pensaba. Se tumba en su cama, toca las mantas suaves y percibe el olor característico a flores. Le asquea que sea tan delicada y dulce. Odia la inocencia y pureza que destila por los poros y quiere corromper eso.

Quizás Matías pueda ayudarle y caiga en su juego, aunque debe ser cautelosa. Haber tomado esa flor fue una mala idea. Él sospechó y la cuestionó por más de una hora a causa de eso. No soporta lo sobreprotector que es, pero en realidad siente envidia porque nadie se ha preocupado así por ella.

De hecho, ha sido el hazmerreír de todos desde que tiene uso de razón. Cuando era una niña, los dientes le salieron más grandes de lo normal y le llamaban «señora conejo». Luego de mucho rogar a su madre fue que pudo convencerla para que la tratara un dentista.

En cambio, Amelia siempre ha sido bonita. Su pelo castaño, largo y abundante. También tiene unos peculiares ojos verdes.

Ha estado haciendo comentarios fuera de lugar sobre su peso porque quiere que se sienta fea por esa razón.

Debe sufrir. Amelia ha tenido todo lo que ella no y en cierta forma es culpa suya.

Se levanta de la cama al escuchar los toques en la puerta de alguien impertinente. La golpean con saña, como si quisieran tirarla, y ella abre antes de que eso suceda.

Un grito sale de su garganta al vislumbrar a unos hombres, vestidos de negro y encapuchados, adentrarse al apartamento. Una mano se posa en su boca y siente un cuerpo duro al ser abrazada por el desconocido.

Los temblores la delatan, tiene miedo. Las lágrimas se le escapan de los ojos sin control. El tipo se queda quieto, sosteniéndola, mientras los demás revisan todo y van dejando desorden a su paso.

—¿Dónde está la gordita, primor? Es mejor que cooperes con nosotros o te va a ir muy mal.

Se remueve desesperada, pero se paraliza al notar cómo los otros hombres empuñan armas.

El tipo le retira la mano de la boca y la toma del pelo, halando hacia abajo.

—Quiero ser el primero.

Escucha a uno de ellos decir mientras el que la sostiene deja besos en la piel descubierta de su cuello.

—No me hagan daño, por favor —suplica entre lágrimas.

—Hagamos un trato: nos dices donde está la chica de la motoneta y te dejaremos en paz.

Capítulo 28

Amelia

Mi mente divaga en las palabras que salieron de la boca de mi madre. Las lágrimas me brotan de los ojos incontrolables y estoy en una fase de negación. ¿Por qué mi padre? Él es un hombre bueno, honesto y se ha encargado de darnos una buena vida. Nunca le ha hecho daño a nadie, al contrario, le encanta ayudar al más necesitado.

La vida es injusta, hace que te encariñes con cosas que son efímeras. Seres que en algún momento dado desaparecerán para siempre.

No estoy lista para perderlo. Ahora sé que he sido muy egoísta, quizás nunca debí irme de casa. Por eso ellos no querían que me marchara.

El dolor en el pecho se va profundizando con el paso de las horas, pero no sé cuánto tiempo llevo aquí. Luego de que mi madre me pusiera al tanto de lo que está pasando, vine a mi cuarto y no he podido levantarme de la cama.

No quiso darme ninguna explicación ni me dijo qué es lo que está padeciendo papá. Según ella, son cosas que no me harán bien. Sin embargo, quiero saber todo. Sería más fácil para poder ayudarlo.

—Amelia. —Escucho que camina hacia mí y se queda paralizada a cierta distancia de mi cama—. Vamos a almorzar, cariño. La comida está lista.

Mis ojos se posan en ella y niego.

La angustia con la que me observa me da escalofríos. Me hace entender que esto es real y no una pesadilla. Lloro más fuerte, con rabia e impotencia. Sus brazos me acorralan, dice algunas cosas que no logro descifrar y me aferro a ella.

Se separa de mí para escanear mi rostro. Puedo notar que también llora.

—Perdóname. —Su voz se entrecorta por el llanto—. Nunca quise hacerte daño.

Asiento y trato de calmarme, por el bien de las dos.

—No, mamá. Perdóname tú a mí. Nunca debí abandonarlos, yo solo quería hacer mi vida.

Trato de justificarme porque siento que he hecho todo mal.

—No es nada, los errores que cometemos se pueden enmendar. Deberías venir a vivir con nosotros de nuevo. Aníbal te puede llevar a la universidad si quieres seguir asistiendo a esa misma.

Asiento con pesar. No es lo que deseo, pero no puedo dejarlos solos en un momento así.

***

Me exalto al sentir una mano fría en la cara. Abro los ojos de repente y chillo al ver a Irina sentada a mi lado.

—¿Qué haces aquí?

Me siento a la par que me froto los ojos. Mi estómago gruñe por la falta de alimentos y la cabeza me duele.

Sus orbes marrones lucen opacos. Ella me mira fijamente y con semblante serio. No entiendo qué busca, quizás se enteró de lo que está pasando mi padre y por eso vino.

—¿Dónde está Matías?

Recorre la habitación y luego vuelve a posar su mirada en mí.

Ahora comprendo todo, vino por él. Claro, estoy segura de que ya lo extraña. ¿Cómo Matías puede saltar de una relación a otra tan rápido? Aún no sé con certeza qué pasó o está pasando entre ellos, pero al parecer sí hubo química inmediata.

—No lo sé, me trajo y fue a verse con unos amigos —repito lo mismo que él me dijo en la mañana.

Suspira, aliviada, pero sin apartar su mirada profunda de mí.

—¿Cuándo vas a regresar a la ciudad?

Toma una de mis manos entre las suyas.

—N-no lo sé —balbuceo.

Debo ir a buscar mis pertenencias lo más pronto posible.

—Hay cosas que necesitas saber, Amelia. No entiendo cómo pudieron mantenerte al margen de lo que sucede contigo.

Su mirada se suaviza y habla despacio.

¿Se refiere a la enfermedad de mi padre? ¿Acaso ella sabía antes que yo? Esto me hace sentir mal. No puede ser que sea la única que no estaba enterada. Quizás hasta Matías lo sepa.

—Ya lo sé, enterarme de la enfermedad de mi padre me ha pegado duro.

Niega varias veces.

—No me refiero a eso. Hay muchas cosas que te han ocultado y no me parece justo.

Retiro la mano de su toque. Estaba pasando sus uñas largas por mi piel y ya me hacía daño. Una sensación de ardor es la causante de que me frote el área.

—¿De qué estás hablando?

Un atisbo de sonrisa se instala en su boca y luce satisfecha por la atención que le estoy brindado.

—Sé que hay veces que te sientes fuera de lugar, incluso no recuerdas cuando venía a jugar contigo y cómo siempre te protegía.

Asiento despacio porque es la realidad. Las cosas raras que me suceden me hacen pensar que estoy loca.

Sopeso sus palabras. He tenido pesadillas que se han sentido muy reales, además del vacío de que algo falta. ¿Será que en realidad mi vida está incompleta?

—Es cierto, me pasan cosas extrañas —concuerdo, ida.

—Sí, eso se debe a que sufres de amnesia disociativa. —Abro la boca en sorpresa—. No me mires así. Según tengo entendido pasó cuando tenías doce años.

—¿Por qué? —susurro, perdida en mis pensamientos.

Busco algún indicio de que lo que ella me dice es real.

—Esa información aún no la tengo clara, pero estoy casi segura de que fue por culpa de Matías.

Encoge los hombros como restándole importancia.

No le creo. Si en realidad perdí la memoria, él no es el culpable. Mi cabeza se vuelve un revoltijo, escucho voces y veo cosas que nunca había presenciado antes.

La voz de Irina se escucha lejana, no logro entender lo que grita y me cubro las orejas con las manos. El dolor de cabeza se torna insoportable, me siento desorientada mientras la oscuridad me arropa por completo.

Los murmullos me hacen abrir los ojos. Miro alrededor y me percato de que sigo en mi antiguo cuarto. Mis padres y Matías se giran hacia mí y se acercan en un santiamén.

—Al fin despertaste, Amelia. —Mamá me verifica toda, tocándome la frente con la palma de su mano—. ¿Cómo te sientes?

Parpadeo, busco en mi mente las palabras correctas para responder.

—Estoy bien —es lo único que puede salir de mi boca.

Mis ojos no se apartan de los de Matías, quien me observa desde el otro extremo de mi cuarto con preocupación.

—Vine a verte y te encontré desmayada.

Mi mirada se desvía y se posa sobre mi padre. Luce cansado, está más delgado y es notable la pérdida de pelo. A mi mente viene todo lo que me dijo mamá y me es imposible no llorar.

Lo abrazo con fuerza, los sollozos aumentan con cada segundo que pasa. No puedo creer que sea verdad, él no nos puede dejar solas y desamparadas.

Entonces recuerdo a Irina y lo que comentó de mi pérdida de memoria. Observo de nuevo a Matías y me pregunto por qué ella lo acusa de lo que me sucedió. Soy consciente de que no ha sido sincero, quizás por eso se comporta tan raro conmigo.

—¿Dónde está Irina?

Quiero terminar de charlar con ella y que me explique mejor las cosas.

—Amelia —Matías se acerca, la angustia en sus ojos es evidente—, Irina no vino con nosotros. De hecho, hablé con ella hace unas horas y me dijo que estaba en una audición de una marca publicitaria.

Niego varias veces, estoy segura de que ella estuvo aquí. Yo no lo soñé.

—Ella vino, estuvo hablando conmigo y...

Hago silencio porque pierdo el hilo de mis pensamientos.

—¿Pueden dejarme a solas con ella?

La voz de mi amigo sale dura y sin una pizca de titubeo.

Mis padres se miran cómplices. Es mi mamá la que sale primero de la habitación, mientras que mi papá se queda un momento observando a Matías. La tensión densa es palpable. Ellos deben tener algún problema porque se escanean como si quisieran matarse.

—Cuidado con lo que haces o dices —le advierte y luego se retira.

Mi amigo resopla con hastío. Revuelve sus rizos, después se sienta a mi lado.

—Vamos al techo, Amelia. Quiero que hablemos. —Me levanto y tambaleo por la falta de fuerzas—. Te ves mal, será mejor que comas algo.

Me agarra el brazo y me pega a su cuerpo.

—D-debo ducharme —balbuceo, nerviosa al sentir su cercanía.

Sus ojos cristalinos me observan de una manera que me es imposible explicar. Refleja tantas cosas en esa mirada: anhelo, deseo, ¿amor?

—Hazlo, linda, luego iremos a comer algo porque hoy es el día en que te enteres de todo.

—No te entiendo.

Un escalofrío me recorre al notar su mirada decidida.

—Ya no más mentiras, Amelia. Te voy a explicar por qué te sientes incompleta. —Suspira sin apartar sus ojos de mí—. Es hora de que sepas lo que pasó entre nosotros.

Capítulo 29

Matías

«Los sacrificios que se hacen en nombre del amor».

He decidido ayudarla, protegerla y ser su soporte, aunque ella no quiera nada conmigo. Sin importar que me eche de enemigos a sus padres en el proceso, sin tomar en cuenta el dolor que sentiré cuando me rechace y diga que no siente lo mismo por mí.

Aún no entiendo cómo pude ser tan idiota al dejar que el tiempo pasara sin hacerle entender lo que realmente significa para mí, de que estamos hechos el uno para el otro.

Cuando la conocí, apenas éramos unos niños y siempre ha tenido esa personalidad explosiva, soñadora y extrovertida. Mi primera impresión fue que estaba loca, pero eso me atraía más, tanto así que le seguía sus juegos y por eso me metía en problemas. No solo eso, sabía que su manera de ser le iba a causar muchos inconvenientes y me mantenía a su lado para protegerla hasta de ella misma.

Me encantaba la manera despreocupada en que vivía. Amelia siempre ha sido una estudiante de notas no tan altas por su falta de concentración. Recuerdo que pasaba tardes enteras explicándole algunas asignaturas para su próximo examen.

Amelia es una chica peculiar pero encantadora. Con el corazón más grande y puro que he conocido. La vida la ha golpeado de una manera despiadada y ella sigue adelante, luchando por lo que quiere, aun sin tener una idea de lo mucho que ha sufrido.

Está loca, lo sé, y eso hace que la ame aún más.

Nos encontramos en un puesto de tacos. Disfruto verla devorar su comida con satisfacción. Me dirige miradas furtivas de vez en cuando y luego las desvía, apenada. Sonrío con suficiencia, complacido por las expresiones que hace y por saber que soy yo el causante de ellas.

—Ay, Matías. —Aleja el plato y me mira con pesar—. Me he enterado de algo muy feo.

Agacha la cabeza, aun así puedo notar lo afectada que se ha puesto.

No le digo nada, sé que cuando esté lista va a hablar. Solo espero que sus padres no hayan salido con alguna treta para mantenerla en este sitio.

Tomo sus manos temblorosas entre las mías y las aprieto con suavidad. Levanta la mirada, sus ojos verdes están cristalinos, al borde del llanto. Mi corazón se encoge al verla tan vulnerable, tan dañada. No es justo todo lo que le ha sucedido.

—Estoy aquí para ti. Sabes que puedes contar conmigo.

Asiente, dudosa, y frunzo el ceño.

—Y-yo —balbucea, noto cómo trata de ordenar sus ideas.

Esto es muy frecuente que pase. Amelia pierde la concentración con facilidad y le es difícil mantener la coherencia en algunos temas.

—Termina de almorzar, luego iremos a un sitio tranquilo para que hablemos.

Suspira y sigue degustando su comida en silencio.

Después que terminamos de comer, la llevo a un lugar especial.

Sus ojos brillan de emoción al vislumbrar dónde la he traído. Es una vieja cabaña que mis padres usaban para vacacionar. No está muy lejos de casa, es tranquila y los árboles son más abundantes.

Ellos me la dejaron cuando se fueron a vivir a Europa con mi hermana mayor, Raquel. He venido un par de veces después de mudarme a la ciudad con Amelia, así que está presentable

para que pasemos un rato. O eso espero.

Entra dando saltitos de alegría. Se tumba en el gran sofá de piel y luce como una niña de nuevo. El piso de madera rechina en algunas partes ante mis pisadas.

Cuando éramos niños, pasábamos mucho tiempo en este lugar. Nuestras risas y correteos hacían que mi madre nos regañara. Solía oler a manzana y canela por las galletas que horneaba y que disfrutábamos tanto. Por tal razón, siempre tengo velas con esos aromas y eso me hace sentir en casa.

—Huele rico, Matías —ronronea mientras estira su cuerpo y retira los zapatos de sus pies.

—Sabía que lo ibas a notar.

—Gracias por traerme aquí, me da buenos recuerdos.

Avanza despacio y luego se detiene.

Deseo que me muestre qué siente en realidad, que me diga las cosas que tanto ha callado. En cambio, desvía la mirada, apenada, y pasa sus manos por los brazos en señal de nerviosismo.

Quiero gritarle muchas cosas, pero no tengo la calidad moral para hacerlo. No soy quién para reclamarle que sea sincera conmigo cuando no lo he sido con ella. Sé que cualquier reacción que tenga hacia mí, la merezco.

Camino decidido y acorto la distancia entre nuestros cuerpos. Su respiración se torna irregular al igual que la mía. Acaricio su mejilla con suavidad, ella cierra los ojos y puedo sentir cómo se relaja.

No me logro contener, el deseo me ciega, y la beso. Sus labios suaves y dulces se mueven con timidez. Posa sus manos en mi pecho y la atraigo más hacia mí, si eso es posible.

He besado y estado con un montón de mujeres, pero, sin duda, ninguna me hizo sentir las cosas maravillosas que siento con Amelia. Con un simple beso, una caricia o tan solo una mirada suya, logra desarmarme por completo.

—¡No!

Se separa de golpe, se aleja. Deja una sensación de frío en mi piel.

—Amelia...

—No soy un juguete, Matías —habla con reproche y dolor—. Es mejor que no pase de nuevo, estás saliendo con Irina y no me siento bien haciendo esto.

—¿Qué?

—No te hagas, sé que tienen algo.

Se cruza de brazos y me da la espalda.

—No, claro que no. Ella y yo no tenemos nada. Nunca estaría con Irina.

Le doy la vuelta y noto cómo sus ojos brillan.

—¿No? —Sonrío por lo confundida que luce—. Yo pensé que...

—Pensaste mal, linda —la interrumpo y tomo sus manos entre las mías—. ¿Sabes por qué? —Niega con la cabeza—. Porque me gustas tú.

Su boca se abre de una forma muy graciosa y me carcajeo sin control. Luego de unos segundos, trato de componerme porque ella camina hacia la salida. La agarro por los brazos mientras se mueve de manera violenta.

—¡Suéltame! No quiero que me vuelvas a poner un dedo encima, animal.

La cachetada que me ha dado me deja aturdido y aprovecha para salir de la cabaña.

Reacciono rápido y salgo corriendo como un loco detrás de ella. Vislumbro que trota por el camino de tierra con las manos apretadas y refunfuñando. Me parece divertida su reacción, pero no me atrevo a reírme por miedo a que se gire y me pegue de nuevo.

—¡Te amo, Amelia! —grito a todo pulmón y es como si un peso se me hubiera quitado de encima.

Ella detiene su andar. Abre los puños y deja caer los hombros. Se gira, puedo notar cómo las lágrimas caen de sus ojos y niega con pesar.

—No juegues conmigo, por favor —suplica y mi corazón se hace pedazos al percibir lo angustiada que está.

Acorto la distancia y la beso.

No me importa que sepa salado por las lágrimas, solo quiero demostrarle todo lo que significa para mí. Me separo un poco y junto nuestras frentes.

—No estoy jugando, mi amor. Te amo desde que te vi por primera vez. He sido un tonto y un cobarde.

Las lágrimas siguen bañando sus mejillas y paso mis pulgares por ellas.

—Y-yo...

Se detiene, puedo ver el miedo en sus ojos.

—Dilo, amor. Libera lo que sientes.

No aguanto más, un nudo se ha instalado en mi garganta y sollozo.

—Te amo —susurra, pero tengo que sostenerla entre mis brazos porque se desmaya.

Capítulo 30

Amelia

Nada fue real, estoy segura. Otro sueño más, un reflejo de lo que he anhelado toda mi vida. Se sintió tan bien, tan verídico. El calor de su cuerpo todavía quema el mío. Puedo percibir el sabor de su boca, el cosquilleo de sus labios y el golpeteo de su corazón. Aún huelo a él.

Las palabras hacen eco en mi mente, me torturan.

«Te amo».

Cómo quisiera que en realidad hubiesen salido de su boca, que me hubiera mirado de la forma en que soñé.

—Amelia. —Abro los ojos al escucharlo y miro a mi alrededor. Me aterra que no me encuentre en mi cuarto—. Tranquila, cariño. Estás en la habitación de la cabaña de mis padres.

Mi corazón deja de latir por un segundo y mis manos empiezan a temblar incontrolables.

«Entonces, fue real».

—Matías —susurro, me da pánico que no haya pasado—. ¿Qué sientes por mí?

Me atrevo a preguntarle, directamente y sin rodeos.

—Te amo, Amelia. —Sonríe y toma mis manos, acariciando con dulzura—. No fue un sueño ni imaginaste lo que pasó. Yo te amo, cariño.

Lloro con fuerza, sin saber de qué otra forma reaccionar.

—Yo también te amo.

Luce complacido y me da un beso casto en los labios.

—Hay algunas cosas que quiero aclarar. Sé que estás confundida, pero prometo que te voy a ayudar a salir de esto.

No entiendo a qué se refiere, sin embargo, asiento de todos modos.

Observo la luna llena desde la ventana y me exalto al pensar en mis padres. Salí temprano de casa, deben estar muy preocupados.

—Debo irme.

Me levanto y camino deprisa hacia la puerta con mis zapatos en la mano.

Salgo y la brisa fría me golpea. Paro en seco de repente, doy la vuelta y veo a Matías recargado de la puerta riendo. Idiota.

—¿Cómo te vas a ir, Amelia? ¿Volando?

Estalla en carcajadas de nuevo.

Camino de regreso a la cabaña, molesta, y cuando paso por su lado lo empujo con brusquedad.

—No te burles de mí.

Me cruzo de brazos, indignada.

—No me burlo. —Besa mis mejillas—. Quédate esta noche conmigo, Amelia —susurra en mi oído.

Sus palabras me hacen temblar, ¿acaso él me está insinuando algo? De solo pensarlo se me sube la temperatura. Tantas veces que he imaginado cómo sería entregarme a él y ahora puede hacerse realidad.

Pero es muy pronto para tener relaciones sexuales, ¿será que solo me ha dicho esto para que me acueste con él?

—No vamos a tener sexo, Matías —le advierto seria.

Se aleja un poco de mí y me observa entre sorprendido y divertido.

—¿Quién está diciendo eso? Solo te estoy pidiendo que te quedes aquí porque es tarde y quiero que hablemos. Eres una pervertida.

Agacho la cabeza, apenada. Rayos, se me nota la desesperación.

Él se dispone a preparar la cena y aprovecho esto para llamar a mis padres. Ninguno contesta y me parece extraño que no me hayan dejado ni un mensaje. Les envío una nota de voz explicando dónde estoy y dejándoles saber que me quedaré con Matías.

Camino hacia la cocina. Me quedo embobada al escuchar la dulce voz de mi amigo que entona una melodía que me relaja. Tengo la sensación de haberla escuchado antes, pero no sé dónde. Me detengo y detallo el pantalón de pijama ajustado que tiene puesto. Se le marca bien el trasero y las piernas tonificadas.

Él tiene razón, soy una pervertida. Sacudo mi cabeza en un intento de alejar esos pensamientos. Es mejor que lo ayude.

Cenamos en un silencio cómodo, con miradas cómplices y escuchando una música lenta de fondo. Es inexplicable lo bien que me siento así con él. Sé que es pronto y no hemos definido nada aún, pero esto se siente tan correcto...

Nos tumbamos en la alfombra de piel frente a la chimenea, su cuerpo junto al mío, y acaricia mi brazo con dulzura.

—Háblame de mi pasado, Matías —rompo el silencio.

—Voy a contarte algunas cosas. Me avisas si te sientes mal, no quiero presionarte. —Asiento y él suspira—. A los doce años perdiste parte de tu memoria.

Sus ojos me observan con preocupación al decir esto.

—Eso me dijo Irina. —Abre la boca, mas no lo dejo hablar—. Sé que ustedes piensan que estoy loca, pero ella vino. No lo soñé.

Mis ojos se llenan de lágrimas al notar la manera en que me mira.

—Te creo, tranquila. —Muevo la mano indicando que continúe—. No sé con certeza qué pasó, lo que sí sé es que fue algo fuerte.

Desvía la mirada y soy consciente de que me oculta algo.

—¿Qué sucedió?

El corazón late salvaje en mi pecho, siento que me asfixio. No entiendo por qué este tema me descoloca tanto.

—A los quince años te pedí que fueras mi novia. —Abro la boca en sorpresa y él sonríe—. Estoy seguro de que parecía un tonto, de rodillas y una flor en mano.

Me imagino la escena y suspiro enternecida. ¿Por qué no recuerdo esto?

—¿Qué pasó? —pregunto interesada y su semblante cambia de repente a uno serio.

Frunce el entrecejo y mira a la nada. Está perdido en sus pensamientos y daría lo que fuera para saber qué pasa por su cabeza ahora mismo.

—Tuve que irme —susurra—. No me despedí de ti y te enteraste de mala manera.

—Eso hizo que olvidara lo nuestro.

Asiente con pesar.

Me siento a horcajadas sobre él. El calor que emana de su cuerpo me arropa. Percibo su olor mezclado con el aroma de las velas de canela y manzana. Es una sensación exquisita, mis emociones están a flor de piel y se lo dejo saber cuando beso su boca con pasión.

Me corresponde de inmediato, sus grandes manos me toman las mejillas y profundiza el beso jugando con mi lengua. Me pierdo en su olor y sabor. Me aprieta más hasta que noto lo excitado

que se encuentra. Un escalofrío me recorre al ser consciente de que quiero esto, no me importa lo que haya pasado entre nosotros antes.

—Hazme tuya —pido sin pudor al separarme un poco.

Mi juicio está nublado por culpa de sus manos que recorren mi cuerpo y el deseo se incrementa.

—¿Estás segura? —Asiento con desespero mientras subo su camiseta y acaricio la piel que voy descubriendo.

Nos miramos con intensidad. Sus labios están hinchados de tanto morderlos, tiene los ojos dilatados. Me recuesta en la alfombra con suavidad y se posiciona sobre mí, apoyando su peso en los brazos.

Me besa con desesperación ahora. Sus manos inquietas recorren mis piernas y me va subiendo el vestido. Estoy nerviosa porque nunca he hecho esto ni sé cómo debo actuar.

Se separa un poco de mí ante el ruido de mi teléfono que se encuentra en el sofá.

—No le hagas caso, sigue.

Me aferro a él, evitando que se levante.

—No lo pienso hacer.

Ríe y vuelve a besarme como antes.

Mi teléfono sigue timbrando. Se cae la llamada y empieza otra vez. Matías se separa de mí mientras maldice entre dientes.

—Voy a contestar, puede que sean mis padres.

Asiente y me ayuda a levantarme.

Tomo el aparato y me percato de que es el número de mi papá.

—Hola. —Cierro los ojos esperando una reprimenda de él, pero no se escucha nada—. ¿Papá?

—Señorita Díaz. —Es la voz grave de un hombre que no conozco y mi corazón late sin control—. Soy el oficial Méndez.

Mi mente se queda en blanco y Matías me quita el teléfono.

—Buenas. —Sus orbes se abren y me mira con preocupación—. Estaremos allá en un rato. —Cuelga—. Debemos ir a la casa de tus padres, Amelia. Es urgente.

***

Salimos del vehículo a toda prisa y nos encontramos varios autos policiales. Las luces de colores y algunas personas amontonadas me ponen más nerviosa de lo que ya estoy. Me siento desorientada, el dolor de cabeza incrementa cada segundo que pasa. No entiendo qué está sucediendo.

Matías me toma de la mano y caminamos hacia la entrada que está rodeada de una cinta amarilla que colocan cuando hay una escena que quieren resguardar. El corazón se me acelera mientras pienso lo peor, algo muy malo debió pasar aquí.

—No pueden entrar.

Nos detiene un oficial con cara de pocos amigos.

—Ella es Amelia Díaz.

El hombre me mira con pesar y nos dirige hacia una ambulancia.

Entonces los veo: dos camillas con los cuerpos de mis padres en ellas. Unas personas vestidas de blanco los inspeccionan, luego los cubren con una sábana.

Capítulo 31

Matías

Le acaricio la frente con dulzura y le doy un beso en la cabeza antes de salir de la habitación para dejarla dormir. Amelia está destrozada, tuvo que ser sedada para que así pudiera descansar un poco.

Hace dos días que sus padres fueron asesinados. Según el informe policial, los maleantes entraron a robar y ellos se opusieron. Lo raro de todo esto es que no se llevaron nada de valor y la habitación de Amelia estaba hecha pedazos.

Ha sido un golpe muy fuerte. No ha querido comer ni hablar, solo llora cuando se despierta. No sé qué va a pasar ahora, mañana es lunes y se supone que debemos retomar nuestras vidas. No quiero presionarla, entiendo el gran dolor que está pasando. Deseo ayudarla en todo lo que necesite. Sé que nada de lo que haga podrá remediar algo, aun así, estoy aquí para ella.

—¿Está dormida?

Respondo que sí e Irina suspira. Ella vino desde que le conté lo que pasó. La muerte de su tío le afectó mucho. Admiro la fuerza que ha mostrado, además, agradezco que esté para Amelia.

—Gracias por todo lo que haces.

Posa su mano en mi hombro.

—Somos familia, Matías. —Baja a mi pecho y lo acaricia sutilmente—. Estás muy tenso, necesitas relajarte —susurra.

No entiendo a qué se debe su cambio tan repentino.

Alejo sus manos de mí. Sé que le gusto, no soy un idiota, y no quiero malentendidos con Amelia. Aún no hemos fijado ninguna pauta en nuestra relación, pero de lo que sí estoy seguro es que no pienso dejarla ir ahora que sabe lo que siento.

Irina retrocede, puedo notar cierta molestia en Sus facciones. Nos quedamos en silencio y el recuerdo de lo que me había contado Amelia me inunda la cabeza.

—Por cierto, ¿estuviste aquí el viernes? —Sus ojos marrones se posan en mí—. Es que Amelia me comentó que viniste y le hablaste de su problema.

Mi voz sale con reproche, ella no tiene por qué tomarse esas atribuciones.

—Amelia está muy mal de la cabeza, Matías. Deberías ayudarla con un loquero, y más ahora con lo que pasó con mis tíos.

Su forma de hablar me pone furioso, ¿cómo puede referirse así de ella?

—Amelia no está loca. Es cierto que necesita ayuda profesional, pero debemos tener cuidado con las cosas que le decimos y hacemos. Al fin y al cabo, puede ser determinante para su mejoría.

No me pasa desapercibido cómo pone los ojos en blanco, aunque trata de disimularlo.

—La pobre víctima —se burla chasqueando la lengua—. Si supieras que aquí la única perjudicada de todo soy yo...

La miro de mala manera porque no entiendo lo que ha dicho. Ella niega varias veces como si estuviera arrepentida.

—¿De qué estás hablando?

Irina mira a todos lados y luego se gira hacia mí. Puedo percibir cómo concentra tanto odio que me da escalofríos.

—Es duro lo que le sucede a mi prima, pero yo pasé por cosas peores.

No comprendo por qué se compara con Amelia, aunque prefiero dejarlo pasar.

—Lamento mucho tu dolor. Espero que puedas sanar tus heridas.

No sé qué es lo que le aqueja en sí, pero de corazón le deseo que pueda encontrar la paz que necesita.

—Ya lo estoy haciendo —susurra y sale de la casa.

***

—No quiero.

Alejo la bandeja de alimentos. Me siento frente a ella, después le tomo las manos entre las mías.

—Solo un poco, mi amor. Te necesito con fuerzas.

Niega varias veces y se aleja de mi toque.

—Es que no puedo, Matías. —Sus ojos, opacos y rojos, se cruzan con los míos y el corazón se me encoge al ver tanto dolor y angustia—. Por favor, haz que pare

Solloza con fuerza y la estrecho entre mis brazos.

—Tranquila, cariño. Estoy a tu lado.

—Es mi culpa, no debí salir de aquí ese día.

Ella está equivocada, aunque no refuto sus palabras.

—El abogado de tus padres quiere hablar contigo, pero le dije que esperara más tiempo.

Asiente y se aleja mientras limpia sus fluidos.

—Yo puedo verlo más adelante. —Suspira y me muero de ternura ante tan bello ángel—. Quiero irme, Matías.

—Cuando estés lista regresaremos a la ciudad.

Asiente, ida en sus pensamientos.

—Mañana debes trabajar, no puedes perder tu empleo por mi culpa.

Paso los dedos por sus mejillas, limpiando todo rastro de lágrimas.

Esta chica es increíble. A pesar de lo que está pasando, se preocupa por mí. Eso hace que la ame con más intensidad.

—No lo voy a perder, Amelia. Te había dicho que tomé mis vacaciones.

Su mirada me da a entender que lo ha olvidado. Esto me hace sentir tan impotente.

—N-no sabía —balbucea desorientada.

Hago un gesto con la mano restándole importancia para que no se preocupe.

Me separo de su lado al escuchar el timbre de la puerta y salgo en dirección a la sala. Mis ojos se posan sobre Ruddy y aprieto las manos con furia.

—¿Qué haces aquí?

Me atravieso en la entrada para que no pase.

—Me enteré de lo que le pasó a Amelia. Quiero verla.

Aprieto las manos por el enojo, lo último que necesito es a este tipo aquí.

—¿Cómo lo supiste? —Resopla fastidiado, pero no me importa.

Ruego porque se ponga difícil y así me dé motivos para romperle la cara. No confío en él y no lo quiero cerca de mi chica.

—Las noticias corren y vine lo más pronto que pude. Yo pasé por algo similar, por eso quiero estar a su lado y apoyarla.

Veo sinceridad en sus ojos y eso me hace sentir frustrado. Me hago a un lado, el rubio entra a la casa mirando por todas partes.

—Ven conmigo. Te advierto que ella no está bien y no los dejaré solos.

Asiente y camino hacia su cuarto sabiendo que me sigue.

Entro a la habitación de Amelia y la encuentro en el mismo lugar y posición en que la dejé. Sus ojos muestran sorpresa al ver al riquito. Él la abraza con fuerza. No me gusta que la toque, pero reconozco que no soy quién para prohibirle nada.

—Lo siento, hermosa.

Entorno los ojos al escucharlo y muero de celos cuando noto cómo ella se aferra a él.

Me mantengo a cierta distancia, paciente, esperando a que terminen de hablar. Me siento ofendido porque el tipejo este consigue que ella coma algo. Aun así, se lo agradezco. Amelia no había probado ningún alimento y eso me tenía muy preocupado.

—¿Permites que me lleve a tu amigo un momento para hablar con él? —le pregunta y ella asiente.

Le da un beso en la frente y camina hacia la salida. Lo sigo cuando sale de la casa y se detiene a una distancia prudente de mí. Me quedo quieto, esperando a que hable. Él está perdido en sus pensamientos.

—Hay que hacer algo —habla de repente y frunzo el ceño—. Ya esto se salió de control.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo la sospecha de que esto no fue un intento de robo, estoy casi seguro de que Joseph vino a por Amelia.

Mis manos empiezan a temblar por el temor y la impotencia. En un movimiento rápido lo agarro por el cuello y lo estampo contra un árbol enorme.

—Si algo le llega a pasar te voy a matar, malnacido —mascullo y él se remueve en un intento de soltarse.

—No tengo nada que ver con esto. —Lo dejo y me paso las manos por los rizos—. No entiendo cómo sabían dónde estaba Amelia.

Algo se va conectando en mi cabeza y ahora las cosas toman más sentido. Las palabras de Amelia hacen eco en mi mente.

«No puede ser».

Capítulo 32

Amelia

Espero que todos salgan del aula para acercarme con libertad al profesor de Matemáticas y pedirle una explicación por la calificación horrible que me ha dado. Le echo un vistazo una vez más a la lista de asignaturas. Mis ojos se llenan de lágrimas, que no pienso derramar, al observar la parte en rojo de esa materia.

Hace un mes desde que pasó la tragedia. Matías se encargó de ayudarme viniendo aquí y explicándole a mis profesores lo sucedido. Todos me dieron la oportunidad de avanzar en sus clases con trabajos extras y exámenes a destiempo. Incluso Kevin, nuestro jefe en el gimnasio, me apoyó porque no me despidió y ya estoy yendo a trabajar.

Excepto el señor Máximo, quien me ha reprobado sin darme la oportunidad de ponerme al día. Traté de buscar la forma de compensar mis faltas y no accedió.

El miedo me paraliza, quizás deba irme y dejar las cosas así.

—Señorita Díaz, la clase ha terminado.

Asiento, intimidada por el hombre alto y de porte elegante que siempre se muestra intachable y es muy estricto.

—Quiero hablar con usted.

Me armo de valor y me levanto del asiento, temblando como una hoja.

Sus ojos oscuros me escanean con profundidad, lo que me pone todavía más nerviosa. Solo espero no tropezar o hacer algo tonto que me deje en ridículo.

—Dígame sin rodeos, señorita, que no tengo su tiempo.

Asiento varias veces y le extiendo la dichosa lista.

—Me ha reprobado.

Mi corazón late a mil por hora cuando arrebata el papel de mi mano y lo observa con minuciosidad.

—No. Usted no cumplió con la clase, esa es la calificación que se merece —dicho esto, me devuelve la lista. Se levanta de su escritorio y camina hacia la salida con su maletín en mano.

—Sí, pero usted sabe lo que me pasó y no me dio la oportunidad de reponerme.

Una lágrima se me resbala por la mejilla y la limpio con rapidez.

—Todos pasamos por momentos difíciles, señorita Díaz. Tiene que retomar la asignatura. Quizás, si le pone empeño, apruebe esta vez —dicho esto, sale del lugar dejándome con la palabra en la boca.

***

Corrí hacia la entrada y vislumbré a mi tío Tony con su hija de la mano. La chica de cabello castaño se mostraba cabizbaja y hasta tímida. Estaba hablando algo con mi padre, así que interrumpí para saludarla.

—Hola, Irina.

Mi prima levantó la mirada y trató de sonreír, pero le salió una mueca.

—Ve con Amelia, princesa.

La voz grave del tío Tony se escuchó demandante y ella tembló. Quizás tenía frío.

La llevé a mi cuarto, entró y observó todo con detenimiento. Era bonita y muy delgada, pensé que me gustaría ser como ella algún día. Pero siempre que la veía estaba triste y no le gustaba jugar conmigo ni con Matías. Quizás porque era más grande, no lo sabía.

—Me gusta tu habitación, ojalá pudiera tener una así. —Caminó despacio y se detuvo en la puerta—. Que suerte tienes, Amelia.

Sonreí por el cumplido, satisfecha.

—Sí, es muy bonita. Mi mami la decoró.

Negó varias veces.

—No me refiero a eso, es que puedes cerrar tu puerta y librarte de muchas cosas.

No entendí a qué se refería y ella no me dio ninguna explicación después de todo.

***

—Tanto drama por una materia. —Me limpio las lágrimas y observo que mi prima me mira con hastío—. Tengo demasiadas cosas que practicar para que encima escuche tus sollozos por esa tontería.

Se levanta de la colcha con unos papeles en mano y sale de la habitación.

Resoplo, ofendida. Ella no me entiende o quizás tiene razón y estoy exagerando. No es de ahora que está así. Desde que vine de nuevo a casa, a la semana de la muerte de mis padres, se ha comportado de esa manera.

Me habla mal, todo lo que hago le molesta y no disimula ni un poco su desagrado. No lo comprendo, está en mi casa y es como si yo fuera una intrusa. Se pone peor cuando me quedo en el apartamento de Matías. Ahora somos novios y casi siempre duermo allí.

Me he acostumbrado a él, a sus caricias, al calor de su cuerpo. No hemos hecho nada aún porque no me siento lista y agradezco que él respete mi decisión. Además, quiero probar si en realidad me ama o es algo pasajero.

Por más que le he dado vueltas al asunto, no logro recordar nuestro pasado. Soy consciente de que él me oculta muchas cosas y que quizás lo hace por mi bien. Por tal razón, voy a empezar a tratar mi condición con un profesional que Matías ha contactado y puede que pronto recupere mi memoria o parte de ella.

No ha sido fácil reconocer que mis padres desaparecieron para siempre. Aún siguen tras las pistas de los delincuentes que causaron esto y no han dado con ellos. Dicen que fueron muy inteligentes porque no dejaron rastros que puedan implicar a alguien. Por el momento, esa casa está vacía. También me reuní con el abogado y me puso al tanto de la herencia.

No es mucho, mi papá tenía deudas y poco dinero guardado. Aún no sé qué hacer con la casa, he pensado en venderla, pero no quiero porque sería desprenderme de lo único que tenían.

Unos toques en la puerta me sacan de la ensoñación. Me limpio las lágrimas antes de salir de mi cuarto.

Ruddy me abraza con fuerza cuando abro, le correspondo y caminamos hasta el sofá de esa manera. Me alejo de él y noto que me mira con lástima.

—Estuviste llorando. —Agacho la cabeza, apenada—. Cómo quisiera tener el poder de llevarme tu dolor.

—No es por eso, en realidad es una tontería. —Recuerdo las palabras de Irina—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba buscando a tu novio. No está, así que decidí venir a verte.

Arrugo el entrecejo, confundida.

Otra cosa que me ha estado ocultando Matías es la «amistad» extraña que tiene con Ruddy. No sé qué es lo que hacen, pero salen de vez en cuando juntos y se encierran a hablar. Puede que estén buscando la manera de resolver el lío en que estamos metidos con los hombres de Joseph.

—Él dijo que iba a hacer algo que no recuerdo ahora.

Hago una mueca y Ruddy sonríe.

—Voy a salir...

Mi prima se queda paralizada cuando ve a Ro y abre la boca de una manera graciosa.

—Ruddy, ella es mi prima Irina.

Los presento y se dan la mano en forma de saludo.

Ella sigue anonadada mientras observa sin pudor alguno a Ruddy. Él se sonroja al notarlo. Se ve muy tierno y las pecas en sus mejillas lo hacen más adorable aún.

—Me tengo que ir, un placer.

Asiento y él se marcha. Mi prima sigue en el mismo lugar, mirando fijamente por donde se fue.

—¿No que ibas a salir?

Ella niega y sale de su ensoñación.

—Ese chico es... Guau.

Me hace gracia su cara de boba.

—Sí, es muy lindo. Ha venido varias veces, pero no has estado aquí.

—Quiero conocerlo más, me parece interesante —dicho esto, sale de la casa sin dejar que le responda.

Pienso en sus palabras, puede que esta sea la oportunidad de Irina y Ruddy sea el indicado para ella.

Capítulo 33

Amelia

El beso se vuelve candente y apasionado, sus grandes manos se posan en mi cintura y la aprieta con suavidad. Me dejo llevar por el sabor de su boca, el calor que emana de su cuerpo quema el mío y siento que el juicio me abandona.

Caminamos hacia su cuarto sin separarnos, ahora me acaricia por todas partes. El corazón me late con fuerza en el pecho. El deseo me invade, olas de placer se arremolinan en mi interior y me incitan a que crucemos la línea. ¿Cómo se puede sentir tanto? No lo entiendo, tampoco sé explicarlo con palabras.

Doy tanto en este beso, llevo las manos a su nuca y le acaricio el pelo rizado. Los pequeños gemidos que escapan de su boca provocan que quiera más. Necesito escuchar esa melodía que emite por tiempo indefinido. ¿Es normal que lo desee de esta manera?

Él no sabe que llevo mucho tiempo esperando este momento, que en mis sueños he sido suya muchas veces. Siempre me confundía, no sabía qué era realidad y qué no, pero él me confirmó hace unos días que nunca llegamos a tener relaciones porque cuando estuvimos juntos era menor. Todo era producto de mi enferma cabeza.

—Me gustaría intentar algo contigo, cariño.

Se aleja un poco. Sus ojos muestran tanto deseo que me hacen temblar.

Matías retira la camiseta que lleva puesta, poco a poco, dejando sus músculos a la vista. La boca se me hace agua al observar su bello cuerpo trabajado.

—¿Te sientes cómoda con esto? —Su pregunta me deja confundida, no es la primera vez que le veo el torso desnudo. Asiento con efusividad, haciendo que él sonría de manera pícara—. Tu turno.

Abro la boca en sorpresa al ser consciente de lo que pretende. Entonces pasa, mis nervios aumentan y muero de vergüenza. ¿Qué pensará cuando me vea desnuda? Él está acostumbrado a mujeres delgadas, tonificadas y altas. En cambio, yo estoy gorda y llena de rollitos.

A mi mente vienen las palabras de Irina. Desde que supo de mi relación con Matías no ha dejado de compararme con las antiguas novias que él ha tenido. Insinuó que se podría asquear cuando me viera sin ropa.

Nunca he tenido problemas con mi cuerpo, pero ella tiene razón. Todas las chicas con las que ha salido Matías son flacas. Las lágrimas están locas por salir, sería desastroso para mí que él me rechace por eso.

—Amelia, ¿qué sucede?

Su voz se escucha lejana. Mi mente reproduce todas las cosas horribles que me ha dicho mi prima y quizás debí hacerle caso y no comer como lo hago. Soy una gorda...

—No puedo.

Los ojos dejan salir las lágrimas que tanto he retenido, ha sido inevitable.

—Perdón, amor. No fue mi intención hacerte sentir mal. —Se viste de nuevo y trata de acercarse, pero yo retrocedo—. Habla conmigo, ¿qué es lo que sucede?

Quiero gritarle que se merece a alguien mejor, pero no puedo. Está diciendo algo, lo sé porque su boca se mueve, aunque no logro escuchar nada. Niego varias veces, aprieto los ojos para tratar de controlar las lágrimas y es inútil.

«Tengo que salir de aquí».

Me marcho deprisa de la habitación. Matías me sigue, atrapa mi brazo e impide que avance. No quiero que me toque ni que me vea, solo deseo llegar a mi apartamento y tumbarme en la cama.

—Perdóname, Amelia. He sido un tonto, sé que aún no estás lista. Debo ser paciente.

Deseo gritarle que ese no es el problema, pero no puedo. Me zafo de su agarre y salgo de ahí en un santiamén.

Capítulo 34

La noche ha sido provechosa. Ver a las personas emocionarse y disfrutar de su voz es reconfortante y hasta placentero. Fue un golpe de suerte descubrir lo que puede hacer, el haberse inscrito en esa escuela de música fue la mejor decisión que ha tomado. Lo ha salvado después de todo.

Ruddy se sienta en la barra del bar, pide un tequila y chequea su teléfono, aburrido. Viernes por la noche y no tiene nada qué hacer ya, a nadie con quién hablar o eso cree. Sus amigos fueron rechazados por él de nuevo.

—Nunca pensé que podrías cantar. Tocas muy bien también.

Levanta la mirada al escuchar la voz femenina.

La recuerda bien, es la chica que Amelia le presentó como su prima. Quiere decirle que desea estar solo, pero eso sería muy grosero de su parte. En cambio, asiente y toma de un sorbo la bebida que le han preparado.

—Soy Irina, no sé si me recuerdas. —Asiente otra vez sin levantar la mirada. Se fija en la hora en su teléfono y decide que es mejor que se vaya a su casa—. Eres Ruddy, ¿cierto?

Carraspea dando a entender que sí, no quiere hablar y la chica se lo está poniendo difícil. Recorre el bar con la vista, nota cómo Joseph y sus hombres lo miran desde un rincón, apartados de la gente. Sabe muy bien qué buscan o esperan, son distribuidores de las sustancias tóxicas que consumen las personas que van al bar.

Resopla con fastidio cuando los ve caminar hacia él. Debe irse, últimamente ha estado tratando de no encontrarse con ellos ni tener ningún roce. Se ha unido con el amigo de Amelia para buscar alguna pista que confirme que fueron los responsables de la muerte de los padres de ella. Quieren justicia, pero es inútil porque no hay ninguna prueba.

—No es por ser grosero, pero debo irme.

Ella se levanta.

—Yo también.

Ruddy sale seguido por Irina y abre la puerta de su vehículo.

—Entra, te voy a llevar a casa.

Irina no lo piensa dos veces, se acomoda en el asiento del copiloto. Aspira el rico olor a colonia de hombre que flota dentro del auto y el deseo de percibir ese aroma del cuello de él la invade.

—Qué tonto, te invité a llevarte sin saber si tienes tu auto.

Suelta una risita al darse cuenta de su error.

—Puedes estar tranquilo, vine en taxi.

Ruddy asiente y empieza a manejar, bajo la profunda mirada de Irina.

—No quiero ir a casa —se queja cuando nota el camino que él está tomando—. Estoy cansada de Amelia, sus llantos y de todo.

Él aprieta el volante y frunce el entrecejo.

—¿A dónde?

Su voz sale dura, no le gusta cómo se ha referido de Amelia.

—A donde me quieras llevar.

Sus palabras hacen que él desvíe la mirada por un segundo de la carretera y la pose sobre ella.

Entonces, entiende lo que sucede. Mira de reojo a la chica que está a su lado y se percata del diminuto vestido que no deja nada a la imaginación. Es bonita y puede que esta noche cambie el panorama. No le vendría mal un poco de diversión...

Lleva una de sus manos a la pierna de Irina para saber cuál sería su reacción; ella se muerde los labios al sentir la piel suave que la acaricia de arriba abajo. Se mueve despacio, dándole mayor acceso, esperando que él suba un poco más. Siente frío al momento en que Ruddy la retira, quiere tomarla y volver a colocarla donde estaba. En cambio, se queda quieta y sale con rapidez cuando él se detiene frente a un motel.

Está ansiosa, esperando que se registre para que le entreguen la habitación. Caminan por el pasillo deprisa, ella se abalanza sobre él y lo besa con hambre. Cierran la puerta del cuarto y Ruddy se permite tener un viernes diferente comparado con los últimos años.

Capítulo 35

Matías

Trato de concentrarme en la morena a la que estoy ayudando a posicionarse en la caminadora, pero mis ojos se desvían solos hacia Amelia que ha estado ignorándome desde hace días. No lo entiendo, íbamos tan bien y por pensar con el pene lo he arruinado.

No lo recuerda, pero que casi abusen de ella está en su subconsciente y es algo que le reprime. Por eso me recrimino tanto haberla llevado a esa situación y comprendo totalmente la reacción que tuvo. Soy un tonto, debo ayudarla y hago todo lo contrario.

—No me estás prestando atención.

La chica se queja y muevo la cabeza en un intento de alejar mis pensamientos.

—Lo siento.

Sé que Amelia no me ha quitado los ojos de encima, hasta puedo jurar que está celosa y debe ser por eso que se encuentre de mal humor. Yo lo siento por ella, este es mi trabajo y trato de ser profesional.

—Muchas gracias, guapo.

La morena me da un beso en la mejilla, luego se aleja.

Resoplo y me dirijo hacia mi novia. Ya le he dado su espacio y es tiempo de que hable con ella.

—Vamos a comer juntos, cariño.

Sus ojos se posan sobre mí y me espanto al notar la ira en su mirada.

—No puedo.

Sigue tecleando algo en el computador de manera exagerada, haciendo que se escuche muy fuerte.

—Quiero pedirte perdón, Amelia. Sé que no debí insinuar...

—No te preocupes —me interrumpe y camina hacia los baños.

La sigo, hace eso cuando se siente mal y quiere llorar en privado. Me detengo porque se introduce al baño de mujeres. No lo pienso mucho y entro. Vislumbro sus pies en uno de los cubículos y puedo escuchar sus sollozos. Mi corazón se rompe en pedazos al saber que ella ha estado mal todos estos días y yo de idiota dizque dándole tiempo. Lo que necesita es mi apoyo.

—Amelia. —Poso mi mano sobre la puerta y la toco despacio—. Sal de ahí, mi amor. Vamos a hablar.

Sus sollozos se intensifican al igual que mis deseos de tirar la barrera que nos separa.

—Déjame sola, eres un mentiroso.

—¿De qué estás hablando? Ven para que conversemos. No quiero que alguien entre y me encuentre aquí.

Mi corazón late salvaje, algo no anda bien y estoy seguro de que no se debe a lo que pasó la otra noche.

—No has sido sincero conmigo —dice cuando abre la puerta y sale.

Va a uno de los lavamanos y se moja la cara. Sigo cada uno de sus movimientos. No sé qué decirle. Es cierto, no he sido sincero del todo con ella, pero es porque no quiero presionarla. Mi mayor miedo es que un día recuerde su pasado y me odie por eso.

Sale del baño y la sigo en silencio mientras busco las palabras adecuadas en mi cabeza para poder abordar el tema. Ella cruza la calle, sé hacia dónde se dirige y me alegra que haya decidido

ingerir algo. Estos últimos días Amelia ha comido poco. Lo sé porque, aunque ha estado ignorándome, he seguido de cerca su día a día.

Ella entra al comedor y se posiciona en la fila para pedir el almuerzo. Me coloco detrás, esperando que no se moleste por mi atrevimiento.

Nos sentamos uno frente al otro en una de las mesas para dos personas. Degusta sus alimentos en silencio, yo solo revuelvo el arroz porque el nudo en la garganta no me permite tragar.

—¿Alguna vez has sentido que tu vida es una mentira? —La miro directo a los ojos y niego —. Pues así es como me siento, Matías.

Parpadea varias veces para evitar que las lágrimas se derramen.

—No entiendo a qué te refieres, pero puedo ayudarte a comprender algunas cosas.

Trago saliva ante la mirada acusatoria que dirige. Pero es la realidad, le diré lo que sea para aclarar su mente, aun si eso implica que me odie luego.

—Tanto que admiraba a mi padre...

Suelta el tenedor y cubre su rostro con las manos.

Es oficial, estoy sumamente nervioso y horrorizado. Imagino a qué se refiere y temo que no pueda hacer mucho con la poca información que tengo. Aun así, le retiro las manos de la cara y las tomo entre las mías para apretarlas con suavidad.

—Dime lo que sea, cariño. Sabes que estoy aquí para ti.

He repetido esto muchas veces para que ella lo entienda y no se le olvide.

Ella no las retira, solo se queda mirándome con profundidad.

—Mi padre era un asesino. —Una lágrima cae por su mejilla al decir esto—. Él mató a su hermano.

La cabeza me empieza a doler al escuchar todo lo que está saliendo de su boca.

—No, las cosas no son así —refuto inseguro.

Susane me había contado que Aníbal asesinó al agresor de Amelia, pero nunca mencionó que era su hermano.

—Sí, Matías. Mi papá asesinó a mi tío porque él iba a abusar de mí.

Mi cara debe parecer un poema. No puedo creer que ella haya recordado todo esto.

—Cálmate, Amelia. No te presiones. Estoy seguro de que esto tiene una explicación.

—Lo sabías y no me dijiste nada, ¿por qué no me contaste que mi padre era un asesino?

Solloza con fuerza y noto cómo los ojos de intrusos se posan sobre nosotros.

—No manejo mucho el tema, Amelia. Cuando me enteré fue sin esos detalles, además, no sabía que era tu tío...

—Por eso Irina me odia —susurra y algo dentro de mí se enciende.

—Fue ella quién te dijo, ¿cierto? —Asiente despacio.

No sé qué pretende Irina, pero se verá conmigo. Es cierto que Amelia se iba a enterar de todo, sin embargo, le advertí que no la presionara. No confío en ella y esto solo reafirma mis sospechas.

—Me duele tanto.

Me levanto y la tomo del brazo, después salimos del lugar.

Caminamos por las calles a pequeños pasos, uno junto al otro. Le agarro la mano, quiero transmitirle todo lo que siento y que puede contar conmigo. Aún no logro entender qué fue lo que pasó en realidad, solo que Aníbal encontró al hombre —que ahora sé que era su hermano— intentando abusar de su hija y él reaccionó de esa forma.

No lo juzgo, yo hubiese hecho lo mismo. ¿Por qué la madre de Amelia me ocultó la identidad de ese hombre? Es una situación difícil porque Aníbal está muerto y él era la única persona que podía decirnos la verdad de lo que realmente pasó.

—¿Recuerdas lo que sucedió ese día?

Niega despacio, ida en sus pensamientos.

—He tenido sueños donde veo a un hombre con una marca en la cara haciéndome daño.

Se queda en silencio y sus ojos miran a un punto fijo.

Esto no es bueno, trata de recordar y se está presionando.

—No sigas, Amelia. Los recuerdos vendrán poco a poco. Pediremos otra cita con el doctor para que tomes las terapias.

Suspira y asiente.

—No sé cómo mirar a Irina a los ojos. Ella ha sufrido mucho y siento que es culpa mía.

Detenemos nuestro andar y nos sentamos en una banca.

—No tienes la culpa de nada, yo voy a hablar con ella.

—Irina me odia, por eso se comporta así conmigo. Tiene razón...

—No —la interrumpo—. No eres responsable del asco de padre que tenía. Las dos son víctimas.

La atrapo en un abrazo y le coloco la cabeza en mi pecho. Ella se aferra a mí como si de su ancla se tratara. La beso en la frente y la muevo de un lado a otro. Mi mente trabaja con rapidez, busca la solución a cada problema. ¿Qué voy a hacer con Amelia y toda la información que tengo ahora?

Capítulo 36

Amelia

Yo siempre creí que mi vida era aburrida, con unos padres sobreprotectores y amores fallidos. Es cierto que tenía lagunas de mi pasado, los sueños y recuerdos que me han hecho dudar de qué es realidad y qué no, pero pensaba que era una chica normal o promedio.

Enamorada de mi mejor amigo, él no de mí. Armaba drama con cada cosa que sucedía en torno a nosotros. Cuán equivocada estaba, me he visto envuelta en una nebulosa de mentiras y de sueños rotos. Es duro perder a tus padres de un momento a otro y que al tiempo descubras que no fueron lo que creías.

Soy consciente de que aún hay muchas cosas que debo saber, pero no quiero. Prefiero perder la memoria y no sentir este dolor que me está consumiendo de a poco. No confío en nadie, ni siquiera Matías es una buena opción ahora mismo.

Irina está peor que nunca. No la entiendo porque solo me reprocha por cosas de las que no tengo idea. Anoche me insultó y me advirtió que me alejara de Ruddy. Eso sí, la puse en su sitio. Estoy cansada de que me ofenda y me trate como basura.

Le pedí que, por favor, buscara otro lugar donde quedarse. Ya no podemos convivir juntas, se ha hecho imposible permanecer en la misma habitación. Además, me da miedo estar en su presencia. Es duro admitir que ella me intimida porque me he despertado varias veces y la he visto frente a mi cama.

Estoy teniendo pesadillas donde ella se une al hombre de la cicatriz para hacerme daño, así que temo que haga algo en mi contra. Aunque no tengo la culpa de lo sucedido, me odia. Es obvio.

—Terminó la clase.

Un compañero toca mi hombro y salgo de mis pensamientos de golpe. A este paso reprobaré todas las materias, debo enfocarme si quiero lograr mi cometido.

Recojo todos mis libros, los echo en la mochila y salgo del aula cabizbaja.

—Amelia. —Ruddy avanza hacia mí mientras camino a la salida, ignorando su presencia—. ¡Oye!

Me toma del brazo, lo que provoca que me detenga.

—No me toques.

Suaviza su agarre. Aprovecho esto para salir y acercarme a Violeta.

—No entiendo por qué estás así conmigo, Amelia. —No le contesto y me coloco el casco, dispuesta a irme—. Necesito que hablemos, por favor.

Resoplo con cansancio.

—No quiero problemas con Irina, no más de los que ya tengo.

Sus ojos se abren en sorpresa y niega varias veces.

—¿A qué te refieres?

No puedo creer lo cínico que es.

—Irina, Ruddy, tu novia —digo obvia.

No me molesta que tenga nada con mi prima, lo que sí me choca es que haya estado mandándome mensajes diciendo que me ama y que mi rechazo le sentó mal. ¿Cómo puede decirme esas cosas si está saliendo con ella? Además, sabe que tengo novio.

—Ella y yo no somos nada. —Entorno los ojos y hago ademán de montarme en la motoneta, pero no me deja—. Necesito hablar contigo de algo importante. Te invito a dar un paseo.

—No puedo, gracias. Debo ir a trabajar. —Su semblante cambia y noto la tristeza en sus ojos —. Ruddy, sé sincero conmigo, por favor, ¿tienes algo con Irina?

Se queda en silencio.

Niego varias veces y me subo en Violeta para irme. No puedo darme el lujo de llegar tarde al gimnasio.

—Nos acostamos hace unas noches atrás. Fue algo que pasó tan repentino y ahora no sé cómo salir de ella.

Me paralizo al escuchar lo que ha salido de su boca. Estoy estupefacta. Me bajo de la motoneta y me detengo frente a él.

—¿Tú y ella? Pero ¿cómo?

Mi cara debe parecer un poema.

—Fue algo de una noche. No siento nada por Irina y se lo dejé saber para que no se hiciera ilusiones...

No lo dejo terminar y le giro la cara de una cachetada. ¿Cómo se atreve a hablar así?

—Eres de lo peor —mascullo molesta. Grito cuando toma mi brazo con fuerza y me dirige hacia el otro extremo del parqueo—. ¡Suéltame!

Me remuevo con violencia y mi mochila cae al piso.

—¡Escúchame! —Sus mejillas están rojas, no sé si es por el golpe o por la ira—. Te quería comentar que vi a tu prima el viernes hablando con Joseph.

Me quedo quieta, sé que mi corazón se saldrá del pecho en cualquier momento.

—¿Con el delincuente amigo tuyo?

Asiente con pesar.

—Sí, ese, pero no es mi amigo. Matías y yo tenemos sospechas de que Joseph y sus hombres están detrás de la muerte de tus padres y no sé qué pensar ahora de Irina.

Me cubro la boca, estupefacta por lo que él quiere insinuar.

—Eso significa...

Me es imposible terminar la oración, pero al parecer Ro me entiende porque asiente.

—Matías sospecha de ella, Amelia. Él piensa que está involucrada y ahora esto toma más sentido.

Mis piernas flaquean y Ruddy me sostiene para que no me caiga.

Ella estuvo allá ese día, me habló de lo que padezco y hasta preguntó por mi amigo. No puede ser, no sería capaz. ¿O sí? Me odia y odiaba a mi padre por lo que hizo, pero de ahí a convertirse en una asesina...

—No lo puedo creer —susurro, temblando como una hoja.

—Solo son teorías, Amelia. Voy a tratar de averiguar qué fue lo que pasó y creo que tengo la forma de hacerlo.

—Esto parece una película de terror.

Las lágrimas se me resbalan de los ojos sin control y me limpio las mejillas con rabia.

Odio llorar tanto, sentirme vulnerable y sensible. En los últimos meses es lo único que he hecho y estoy cansada. No sé en qué momento pasó todo esto, pero ya quiero que pare.

—No te pongas así, hermosa. —Me limpia las mejillas con sus pulgares—. Voy a hacer lo que sea por ti.

Siento su respiración en mi rostro. Me percato de lo mucho que se ha pegado a mí.

—No. —Me alejo antes de que logre besarme y noto la angustia en sus ojos—. Tengo novio, debes respetarme.

—Lo sé, lo siento. No sé qué me pasó —dice con pesar sin mirarme a los ojos—. Hablaré con Matías para que esté al tanto de todo. Por lo pronto, no salgas sola y evita quedarte con ella.

Asiento, ida, aún sin creer nada de lo que está pasando.

—Debo irme a trabajar.

Busco mi mochila y él camina hacia su auto.

Me acerco a Violeta con la sensación de que estoy siendo observada, miro hacia todas partes y entonces lo veo. El mismo chico de negro, con un casco en la cabeza, está parado al otro extremo y agita una cámara.

No me puedo mover, un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Iré detrás de ti, Amelia.

Desvío la mirada hacia Ruddy, quien ya se encuentra en su auto. Mis ojos se dirigen a donde estaba el hombre, pero ha desaparecido.

Sacudo la cabeza en un intento de calmarme. Me subo en Violeta y conduzco hacia el gimnasio con Ruddy detrás de mí.

Capítulo 37

Amelia

Abro la puerta y mis ojos se entrelazan con los de Matías. Me hago a un lado con rapidez, luego él entra. Me quedo de espaldas para limpiar las lágrimas para que no se dé cuenta. No quiero que me vea en estas condiciones ni alimentar su lástima hacia mí.

—Sigues evitándome, Amelia. —Me gira y no me queda de otra que encararlo—. Sé que estás pasando por un momento difícil, por eso estoy aquí. Recuerda que somos mejores amigos antes que pareja.

Camino hacia el sofá y me tumbo de manera despreocupada.

Resopla, acto seguido se dirige hacia la cocina. Cierro los ojos esperando que él termine, estoy segura de que está preparando mi té favorito. Es lo que hace cada vez que viene y me ve desganada.

Coloca las dos tazas humeantes en la mesita de centro y se acomoda a mi lado. Me recuesta en su pecho, su olor característico me relaja. Me derrito entre sus brazos. Siento cómo me besa en la cabeza repetidas veces y me aferro más a él.

—Se van a enfriar.

Siento su pecho vibrar cuando habla y me separo un poco. Tomo la taza, le doy pequeños sorbos al líquido con sabor a limón.

—Muchas gracias.

Hace un ademán con la mano entre tanto toma su té.

Los pensamientos de lo que pasó —la vez que estuvimos a punto de acostarnos— inundan mi cabeza. Matías es un hombre en todo el sentido de la palabra y yo no puedo privarlo de sus necesidades.

Por otro lado, recuerdo todo lo que Irina me ha dicho desde que se enteró que él y yo estamos juntos. No se lo demostré, pero cada insulto me hirió más de lo que creía. No puedo dejar de pensar en eso y hace que me replantee si debo seguir con Matías o no.

Sus manos me acarician la barriguita que resalta de mi camiseta ancha. Está concentrado tomando su té y perdido en sus pensamientos. Retiro su toque. No quise ser brusca, pero no lo pude evitar.

—¿Pasa algo?

Me mira espantado cuando me levanto de su regazo de manera repentina.

—Quiero que te vayas y que no me busques. Dejemos las cosas así.

No sé por qué estoy diciendo esto, pero es lo mejor. No me siento bien y no puedo arrastrarlo ni obligarlo a aguantarme.

—¿De qué hablas, Amelia?

Sus ojos claros se vuelven cristalinos y me mira con angustia.

—Lo que oíste, es mejor que terminemos.

Parpadeo para no llorar.

—No te entiendo. —Niega y puedo notar su frustración—. Pensé que estábamos bien.

—Mírame. —Abro los brazos, tratando de señalarme de manera exagerada—. Soy gorda y fea, estás acostumbrado a mujeres flacas y altas. No sé qué haces con alguien como yo.

Su boca se abre y la cierra sin saber qué decir.

—A ti nunca te han importado esas cosas, ¿qué ha cambiado? —Se acerca y acaricia mis mejillas con suavidad—. Te amo, cariño. Así como eres, con tus virtudes y defectos. Con tus libritas de más y las locuras que haces.

Mis ojos se llenan de lágrimas al escuchar las cosas tan lindas que me dice.

—P-pero puedes tener a quién quieras a tus pies, no tienes que hacer esto.

Coloca un dedo sobre mis labios.

—¿Por eso te pusiste así el otro día?

Asiento y agacho la cabeza, apenada.

—Me daría vergüenza que me vieras desnuda. Soy un asco.

—No, no. Eres hermosa y soy muy afortunado de tenerte. —Me levanta la cabeza y me mira directo a los ojos con tanta intensidad que me hace temblar—. Amor de mi vida, soy yo el que no te merezco.

Camina conmigo a la habitación y me tumba con él en la cama. Me recuesta en su regazo, acaricia mi espalda de arriba abajo.

—Me di cuenta de que me gustabas cuando éramos unos adolescentes. —Alzo la cabeza y nuestras miradas se cruzan—. Siempre has sido única y nos buscabas muchos problemas.

Reímos. Matías besa mis labios con dulzura.

—¿En serio?

Asiente sin retirar sus ojos de mí. Veo tanta sinceridad en ellos...

—Eso era lo que más me gustaba de ti, la forma tan genuina y espontánea de comportarte. Esperé el momento oportuno y te pedí que fueras mi novia. Ya te había dicho, fue un desastre.

Me río y él finge enojo.

—Estoy segura de que fue perfecto. —Le doy un besito en la nariz y él cierra los ojos—. Sigue, por favor.

—Se me había presentado una oportunidad de trabajo y estudio en Europa. No me lo avisaron con tiempo.

Suspira, puedo notar cómo le afecta el tener que contarme esto.

—No debes sentirte así, amor. Era por tu bien.

Acaricio su pelo rizado con dulzura.

—El hecho es que te llevé a la playa para, supuestamente, contarte y fui tan cobarde que no pude —habla con tanto dolor que el pecho se me encoge—. Tú te enteraste de boca de mi hermana en una situación muy mala y tuviste un colapso emocional. Perdiste la memoria de lo que pasó con nosotros por mi culpa. Perdóname, Amelia —suplica agarrándome la cara entre sus manos.

Por mi mente pasan imágenes de sueños que he tenido, corriendo por una calle oscura en medio de la lluvia. Quizás eso lo había vivido. Siento cómo limpia las lágrimas que me han brotado de los ojos y me saca de mi ensoñación.

—No tengo nada que perdonarte, puedes estar tranquilo. Gracias por sincerarte conmigo.

Mi voz sale entrecortada por todos los sentimientos encontrados.

Besa mis labios despacio, después me subo sobre su regazo. Disfruto del sabor de su boca. Con las manos me ahueca las mejillas. Yo le agarro del pelo y tiro de él.

—Te amo mucho, Amelia. Si lograras verte como yo te veo, te darías cuenta de lo especial que eres para mí.

Le atrapo los labios de nuevo, sin una pizca de duda a lo que dice.

Disfruto su compañía, aun sin decir ni hacer nada. Estar con él me hace sentir llena de una manera inexplicable. A veces tengo la sensación de que estoy soñando, que mi amigo no es mi

novio y que fantaseo otra vez. Pero no, es real, Matías está aquí conmigo porque me quiere.

Sé que no soy tan bonita, tampoco tengo un cuerpo de modelo, pero el simple hecho de que esté tonteando un viernes por la noche es porque soy importante para él.

—Te amo. —Me separo para mirarlo a los ojos—. Eres lo mejor que me ha pasado.

Nos quedamos así algunas horas, entre besos, abrazos y charlas. Sus manos de vez en cuando me tocan de manera sutil, se siente todo tan bien y no percibo ninguna muestra de asco de su parte. Al contrario. Cierra los ojos por las caricias que le doy al azar mientras habla.

—¿Dónde está Irina? Sé que no se ha ido, Amelia. ¿Cuándo lo hará? No quiero que sigas viviendo con ella.

El ambiente se tensa por el cambio de tema y se separa de mí.

—Creo que salió con Ruddy. Ellos tienen algo raro. —Puedo notar lo confundido que está—. Ya le pedí que se fuera, me imagino que debe buscar donde quedarse primero.

Encojo los hombros sin saber qué más decirle.

—No importa, cariño. Haz tus maletas, nos iremos de fin de semana.

Se levanta de la cama y hago lo mismo, emocionada.

—¿A dónde?

—Pronto lo sabrás —Me abraza y deposita un dulce beso en mis labios—. Estos días serán para nosotros dos, sin problemas ni remordimientos. Quiero demostrarte todo lo que significas para mí. Eres perfecta, cariño.

Capítulo 38

Ruddy conduce hacia su casa bajo la profunda mirada de Irina. Se remueve incómodo porque se siente extraño al percibir cómo sus ojos marrones lo observan con adoración, como si fuese lo mejor del mundo. Reconoce que nadie nunca lo ha visto de esa manera.

Después de que terminara su participación en el bar en el que acostumbra a tocar los viernes, ella lo invitó a comer algo. Se quiso negar, eso es indiscutible, pero recordó que hay situaciones que deben aclarar y es la persona perfecta para hacerlo. Así que la llevó a un restaurante que le gusta mucho. Cenaron entre miradas furtivas y pensamientos profundos.

Irina no puede desviar sus ojos de él. Hay algo en Ruddy que la atrae como una polilla a la luz y no sabe decir qué es realmente. Es un chico atractivo, pero es su esencia lo que le llama la atención. Además de la forma tan maravillosa en que la hizo suya. Nunca había experimentado el acto tan delicioso y recibió más placer en esa noche que en toda su vida.

No lo puede dejar ir.

Su boca se torna amarga ante el recuerdo de cuando él le dijo que no podían seguir viéndose porque ama a la tonta de Amelia y quiere hacer lo posible por conquistarla. La ira invadió su sistema, solo quería acabar de una buena vez con su prima y arruinar los planes.

Otra vez ella. Es una burla que Amelia se quede con lo que quiere. Desde siempre deseaba la vida de su prima, la forma de ser y hasta a sus padres...

Entonces, encuentra un chico que en realidad le gusta y está deslumbrado por su «perfecta» prima. La odia, es una espina en su talón y una piedra en su camino.

—Linda casa —halaga, observando cada rincón del lugar y se maravilla del lujo en los detalles. Ruddy es un chico rico.

«La cajita feliz completa».

—Gracias, ponte cómoda.

Irina se sienta en uno de los sofás. Acaricia la piel suave y cae en cuenta de que es más cómodo que la colcha en la que duerme.

—Toma esto.

Ruddy le pasa una copa de vino; ella la agarra y le da un sorbo largo sin quitarle la mirada de encima.

Él se sienta a su lado. Suspira con disimulo antes de que se arme de valor para hacer lo que ha estado pensando. Lleva una mano a la pierna desnuda de la chica y la atrae hacia él para besarla.

Irina se sienta a horcajadas sobre Ruddy. Le rodea el cuello con los brazos, después le acaricia el pelo de la nuca. Saborea su boca probando el vino exquisito en sus labios. Se siente tan bien en esa posición que podría quedarse así para siempre.

—Háblame de ti.

Sus ojos azules están más claros que de costumbre y ella ronronea cuando le palmea el trasero con fuerza.

—No sé qué quieres que te diga, mi vida no es interesante. —Le besa el cuello y pasa sus uñas por sus mejillas pecosas—. Mejor cuéntame de ti y de lo mucho que me gustas.

—Vamos, Irina. Estamos saliendo, es lógico que nos conozcamos mejor.

Su argumento la hace sonreír, pero algo no le cuadra.

—¿Estamos saliendo? Pensé que te gustaba Amelia. De hecho, me dijiste que la amabas.

Su voz sale como un reproche y le hunde las uñas en el cuello. Él se queja por el contacto.

—Sí, pero ella tiene novio. —Toma sus manos para evitar que lo siga lastimando—. Así que debo seguir con mi vida y me parece buena idea hacerlo contigo.

Los ojos de Irina brillan y él ruega porque ella no vea la verdad en los suyos.

—Soy hija única. Mis padres son unos irresponsables y no les debo nada, solo lo malo. —Se queda mudo al notar la rabia, rencor y odio con el que habla—. Me crie en un vaivén entre los vecinos y mis tíos.

—Lo siento, no debí ponerte en esta situación.

Trata de alejarla, pero ella se aferra a él para que no lo haga.

—No es nada, las cosas que te pasan son para volverte más fuerte. —Suspira—. Teníamos muchas precariedades, tanto así que dormía en la habitación de mis padres. En el suelo.

Sus ojos se vuelven cristalinos al recordar las cosas horribles que le pasaban.

—Vaya. —Es lo único que logra decir.

Siempre ha pensado que su vida era un asco, pero la de ella ha sido peor.

—Ajá. Eso cambió cuando me habilitaron una pequeña habitación en la que solo cabía una cama y no tenía ni puerta.

Se pierde por un momento ante los recuerdos del lugar estrecho y mal pintado en el que dormía en su adolescencia.

—Supe que tu padre murió. —Ruddy se atreve a tocar el tema, necesita llegar al grano de lo que quiere saber—. Perdón por hablarte de esto, es que me da curiosidad.

—Sí, desapareció de un momento a otro cuando tenía dieciséis. Pero no fue eso, en realidad lo mataron.

Sus ojos escanean los de él con profundidad.

Ruddy nota algo en esa mirada que le da escalofríos. Ella le pasa las uñas largas por su cuello y mejilla.

—Lo siento, debió ser duro para ti.

—Así es, pero está superado. La vida se ha encargado de cobrarle a los responsables y ahí no se terminará.

—No logro entenderte, Irina.

le aleja las manos, pues su piel arde por la forma en la que sus uñas se le estaban clavando.

—Debes tener algo claro de mí, cariño. Yo mato por lo que quiero —susurra sin dejar de mirarlo.

Ruddy tiembla ligeramente y traga saliva. Se recrimina por haber accedido a llevarla a casa y pasar por esto. Sopesa si vale la pena arriesgarse de esa manera, está claro que Irina tiene problemas graves.

Pero debe ayudar a Amelia. Necesita sacarle información a Irina para poder hundir a Joseph y a sus hombres. Ahora no le quedan dudas de que tuvo que ver con la muerte de los padres de su prima y tiene la sospecha de que hay algo más que desconoce.

Solo falta que Matías haga su parte para empezar a unir cabos. Si ella es una asesina, debe alejarla de Amelia de inmediato.

—Supe que tú y Amelia tuvieron problemas, debe ser difícil vivir así. Te propongo algo.

Ella lo mira expectante y sus manos tiemblan ante la anticipación.

—¿Cómo qué?

A Irina se le escapa una sonrisita al notar que su plan está saliendo mejor que nunca.

—Si no tienes donde quedarte, puedes venir aquí hasta que encuentres algo.

Ella no aguanta la emoción y se adueña de su boca en un beso apasionado.

Capítulo 39

Amelia

Los sudores me recorren la piel, el corazón me late desbocado. Tengo que detenerme para tomar aire. Apoyo los brazos en un árbol y tomo la botellita de agua que traje en mi mochila porque siento que me voy a desmayar en cualquier momento.

—¿Estás bien, cariño?

Quiero entornar los ojos ante su estúpida pregunta y levantarle el dedo medio, pero en realidad no puedo mover ni un solo músculo. No le respondo, dejo que la vida vuelva a mí poco a poco. Escucho su risa burlona. Idiota.

Cuando me dijo que iríamos a un lugar solos, imaginé algo superromántico y tranquilo donde haríamos el amor a cada segundo y comeríamos como cerdos. Pero no, estamos en una reserva en medio de un bosque acampando y haciendo senderismo porque el novio que tengo no es normal.

Es cierto que el sitio es romántico, no le voy a restar méritos. Tiene un río enorme, árboles por doquier y pequeñas cabañas individuales si queremos escoger alguna. Pero lo único que hemos hecho desde que llegamos es caminar como si no hubiese un mañana.

Estoy por creer que me trajo aquí para lograr ejercitarme. He caminado en este día más de lo que lo he hecho en toda mi vida, sin exagerar.

Las montañas rodean el lugar, los árboles altos lucen imponentes y las aves cantan a coro. Es mágico, estar aquí me transmite mucha paz y tranquilidad. Aunque no se lo voy a decir, no he parado de quejarme desde que iniciamos el recorrido y no pienso dar mi brazo a torcer.

—Ven, amor.

Me carga y, por instinto, le paso las manos por el cuello para sostenerme con fuerza.

—Bájame, por favor —ruego, apenada, mientras me remuevo.

—No me pesas.

Me relajo cuando empieza a caminar conmigo sin ningún problema.

Recargo la cabeza en su hombro. Aspiro su rico olor y cierro los ojos disfrutando del momento. Se detiene de repente. Recorro el lugar con la mirada, sorprendida de lo bello que es esto. Hay árboles que se entrelazan con ramas y parece que las pusieron así a propósito. Un río cristalino con pequeñas cascadas y rocas grandes llenas de vegetación. Luce mágico, inhabitable, sacado de una película de fantasía.

—¿Te gusta?

No digo nada porque lo beso con pasión. Me corresponde de inmediato y me ahueca las mejillas. Explora mi cavidad bucal con su lengua.

—Es hermoso.

Sonríe y me abraza con fuerza. La manera en que me toca me hace sentir especial. ¿Será esto lo que llaman muchos «amor verdadero»? ¿Somos Matías y yo el uno para el otro?

No lo dudo. He tenido ligues en el pasado, me había fijado en chicos que creí que me querían, pero nunca sentí algo tan fuerte por nadie más. ¿A él le pasará lo mismo? ¿Hacía estas cosas con sus novias anteriores?

—Deja de darle tantas vueltas, Amelia. Si tienes alguna duda puedes confiar en mí.

Trago saliva al notar su mirada preocupada. Él me conoce tanto.

—¿Crees que esto es amor verdadero?

Sus ojos brillan de una manera que no había percibido antes. Me acaricia las mejillas y me da un beso casto en los labios.

—No tengo ninguna duda, cariño. ¿Tú sí?

Niego. Soy totalmente sincera con él, sé que esto no es algo fugaz.

—Me gustaría probar el agua.

Ahora su mirada se torna pícara. Se aleja de mí, luego se despoja de su ropa poco a poco hasta quedar en bóxer.

Me mira con picardía, como si estuviera esperando algo. Los nervios se hacen presentes cuando capto lo que quiere que haga. Yo también deseo bañarme en esas aguas cristalinas, pero me da mucha vergüenza que me vea desnuda o en ropa interior.

—Y-yo te espero aquí.

Me siento en una de las rocas que hay esparcidas y agacho la cabeza con pesar.

Se queda en silencio y en el mismo lugar sin despegar su mirada de mí. Las lágrimas empiezan a salir sin control y me recrimino por esto. Sé que puedo confiar en él, que en algún momento tengo que dejar ir mis temores.

Alzo la cabeza cuando escucho que entra al agua. Lo veo nadar hacia las pequeñas cascadas y sus ojos se cruzan con los míos. Algo se mueve dentro de mí al observar cómo su piel brilla. El pelo rizado mojado le cae por los hombros y sus músculos se tensan.

Me levanto de la gran piedra con el corazón a mil. Me quito las deportivas y la camiseta holgada, dejando a la vista mi sostén rosa. Rayos, debí combinar mi ropa interior, pero no encontré el juego y tomé un panti al azar. Resoplo, porque soy un desastre, mientras me bajo el pantalón.

Me siento desnuda. Sé que es obvio, pero no solo físicamente. Las lágrimas no dejan de salir y trato de cubrirme con los brazos cuando percibo que se acerca a mí. Me levanta la cabeza con sus dedos fríos. Sus ojos miel están más claros que nunca y lucen comprensivos.

—Eres tan hermosa, Amelia. No sé qué hice para merecer a alguien como tú.

Sonríe y me contagia de su buen humor.

Poco a poco bajo los brazos que me tenían resguardada. Sigue con su mirada sobre mi cuerpo y escucho que gime en satisfacción. Me toma de la mano y nos adentramos al río. El agua está fría, es reconfortante.

Nadamos hacia las pequeñas cascadas. Siento cómo fluye desde abajo el manantial haciéndola aún más exquisita. Sus brazos me rodean por completo, se adueña de mis labios y nuevas sensaciones despiertan en mi interior. Acaricio su cuerpo. Es una delicia tocarlo y degustar el sabor de su boca.

Me carga y camina conmigo fuera del agua. Me recuesta en la grama que parece una alfombra gigante y verde, se posiciona sobre mí mientras me besa el cuello con pasión. Rayos, se siente tan bien su boca en mi cuerpo. Retira la tela que me cubre el pecho, los nervios me carcomen, pero dejo que me haga lo que quiera.

Ahora que estamos aquí, a punto de entregarnos, no tengo dudas que me hagan retroceder ni arrepentirme luego. Somos el uno para el otro, nos amamos desde niños. Esto es lo que quiero.

Deja rastros de besos húmedos sobre la piel que va descubriendo. Disfruto de las sensaciones que provoca y de mi garganta salen pequeños chillidos cargados de placer.

—Mírame. —Mi pecho sube y baja. Cierro los ojos con fuerza, pero los libero—. Te amo.

Nuestras miradas se cruzan al momento en que él me besa. Sus manos cubren las mías.

—Yo también te amo.

Mi voz sale entrecortada y emito un grito ahogado cuando siento que se introduce en mí por primera vez.

Capítulo 40

Amelia

Los brazos de Matías me acorralan contra la pared. Sus labios adictivos me besan con pasión y me derrito por el calor que emana de su cuerpo. Acabamos de llegar de nuestro viaje y no hemos querido soltarnos.

—Quédate conmigo esta noche.

Se separa un poco, mirándome directo a los ojos.

—No puedo, tengo tareas pendientes.

La mente se me vuelve un revoltijo por culpa del montón de trabajo atrasado.

Paso los dedos por la marca de mordida que le di en el cuello, apenada y arrepentida. Se la hice cuando nos acostamos, pues no supe cómo reaccionar ante lo que sentí y lo ataqué.

Había leído y visto muchas series donde pintan la primera experiencia sexual de ensueño, pero debo decir que para mí fue un tanto extraño. No sabía qué hacer. Mis padres nunca me hablaron de sexualidad —hasta el día que me iba de la casa— y tenían ese tema como tabú.

Así qué no reaccioné de buena manera y el pobre Matías salió agredido. Pasamos el domingo en nuestra casita de campaña, tomando chocolate a orillas del agua cristalina.

Hablamos de todo un poco, de nuestros planes y las cosas que nos gustaría lograr juntos. Recordé esas tardes y noches que pasábamos en el techo de mi casa cuando éramos niños, jugábamos a ser novios y decíamos que nos íbamos a casar.

Siento una sensación rara en el estómago al imaginarnos como marido y mujer, en una casa grande con perros y unos niños correteando por doquier. Sonrío, eso sería maravilloso.

—Te dejo entonces, cariño.

Me carcajeo porque sus brazos aún siguen alrededor de mí.

—Nos vemos mañana.

Lo beso y me suelto de su agarre.

Entro a la casa, aún en las nubes, con una sonrisa en la cara y una sensación de bienestar inquebrantable. Abro la puerta de mi cuarto y diviso a Irina echando cosas en una maleta encima de mi cama.

—Hasta que te dignas a venir.

Trago saliva al notar la mirada de odio que me dirige.

—¿Te vas a ir? —pregunto, ignorando sus palabras y ella arruga la cara en desaprobación.

—Sí, tú me echaste. No me queda de otra que largarme de este maldito lugar. Total, es un asco.

Su mirada recorre mi habitación con desagrado. Me siento ofendida. Es cierto que no soy tan ordenada, pero tampoco es para que ella hable así. Es exagerada.

—Me alegra que hayas encontrado un lugar donde quedarte, deseo que te vaya bien.

Mis palabras son sinceras, no le deseo ningún mal.

—Mejor que aquí estaré, eso es seguro. —Camina por todo el cuarto recogiendo sus cosas—. Ruddy me pidió que viva con él.

Mis ojos se abren en sorpresa, al parecer van en serio.

—Vaya, me alegro por ustedes.

—¿Quién lo diría? Eres la hija de un asesino —cambia de tema de una forma tan abrupta que me espanto.

—Yo no tengo la culpa de lo que pasó, deja de recordarme a mi padre de esa manera. —Los ojos se me llenan de lágrimas al pensar en él—. Por favor.

—Quiero advertirte algo, querida prima, no te sorprendas si Matías termina contigo de un momento a otro. —Vuelve a cambiar de tema con ironía.

—Él no es así. Me ama y me lo ha demostrado.

Se carcajea como una psicópata y camina hacia mi armario.

—Eres tan ingenua, pero no soy quién para meterme en eso. Ya quiero ver la cara de Ruddy cuando le cuente.

La alegría que muestra al decir esto me hace fruncir el entrecejo en confusión.

—¿Por qué lo mencionas a él?

—Me gustaría que sepa que no eres la chica inocente que cree y abrirle los ojos respecto a ti. —Toma su bolso, su maleta, un montón de cosas más y camina hacia la salida—. Hasta luego, prima.

Me quedo paralizada, observando el desastre que ha dejado. Suspiro profundamente y me dispongo a organizar un poco antes de hacer mis tareas.

Capítulo 41

Matías

Abre la puerta y me mira de arriba abajo con confusión. Sé que es raro que haya venido, pero necesito hablar con ella y que me aclare algunas cosas.

—¿Matías? —Asiento y ella se echa a un lado para que pase.

Recorro la casita con detenimiento, las paredes están en mal estado al igual que los muebles que hay en la sala.

Puedo percibir el olor a alcohol y algo más que me hacen arrugar la nariz en desagrado. Mirian se queda paralizada, mirándome de una manera muy extraña.

—Vine porque quiero preguntarle algunas cosas sobre su hija.

—¿Irina? ¿Qué le pasó?

Noto preocupación en sus facciones. Camina hacia la cocina seguida por mí.

Este lugar también está descuidado. Hay botellas de alcohol vacías amontonadas en un rincón y trastes sucios en el fregadero. El olor a rancio y a cigarros es potente, ¿por qué Mirian vive en estas condiciones?

—Ella está bien, pero ha mostrado un comportamiento extraño con Amelia.

Se sirve un vaso de *Whisky* y se sienta en una de las sillas del comedor. Hago lo mismo, quedando frente a ella.

—Ya le está dando problemas a esa niña —habla como si esperara que eso sucediera.

—Más o menos. Entiendo que ya se fue de la casa. Disculpe mi atrevimiento, ¿ella le dijo algo sobre Amelia?

Se queda pensativa por unos minutos, después bebe de su vaso y mueve los dedos sobre la mesa.

—Irina me dijo muchas cosas, no está bien de la cabeza —habla con pesar y me da lástima que se encuentre en estas condiciones—. Le afectó mucho la muerte de Tony, más que a mí.

—Sí, lo sé. Es una pena lo que sucedió, perder a un padre de un momento a otro...

—Ella me robó —habla de repente y hago silencio—. Tenía unos ahorros guardados en mi habitación y se llevó todo el dinero que poseía para sobrevivir.

Rompe a llorar de repente.

No sé qué decir, esto es muy extraño.

—Lo lamento, Mirian. Si hay algo que pueda hacer por usted...

—Ella me odia —me interrumpe de nuevo, sus sollozos aumentan por cada segundo que pasa —. Yo no tuve la culpa de lo que pasó, no lo sabía —se lamenta y se cubre los ojos con las manos.

—No la entiendo.

Niega varias veces. Las manos le tiemblan y me mira con fijeza.

—Irina ha sufrido mucho, yo también.

Hipa, luego tose de manera exagerada.

Espero paciente que se componga. Esto no era lo que quería saber, pero ahora entiendo un poco por qué actúa como lo hace. Me levanto, busco un vaso y lo lleno de agua. Se lo extiendo para que ella lo tome.

—¿Se siente mejor?

Asiente y se limpia el rostro con las manos.

—Discúlpame, a veces no controlo la tos.

—No se preocupe. Debe ir a un médico.

Me mira con angustia, siento que quiere decirme algo más y no se atreve.

—Irina no es la misma de antes, cambió mucho cuando se enteró de la verdad.

Se lleva el vaso a los labios de nuevo.

—¿Cuál verdad?

Los ojos se le llenan de lágrimas.

—Tony no era su verdadero padre —habla con tanto pesar que me da lástima—. Él... —Se queda en silencio.

—¿Sí? —Mirian agacha la cabeza—. Dígame, ¿qué fue lo que pasó?

Su mirada grisácea me provoca escalofríos.

—La lastimaba —susurra y el corazón se me encoge al entender sus palabras.

Me asquea pensar siquiera lo que ese hombre hacía con ella, lo que quiso hacerle a Amelia. Era un monstruo.

—Siento todo esto. —Me levanto, saco dinero del interior de mi bolsillo y lo pongo sobre la mesa—. Debo irme. —Extraigo una tarjeta también y la dejo junto a los billetes—. Ahí tiene mi número, no dude en llamarme si necesita cualquier cosa.

Asiente sin mirarme, ida en sus pensamientos. Resoplo angustiado mientras camino hacia la salida.

—Matías. —Me detengo, ella viene de prisa a mí—. Hay algo más, Amelia debe saberlo. —Asiento sin tener idea de a qué se refiere—. Aníbal no es un asesino, él no acabó con la vida de su hermano. Todo es una mentira.

Capítulo 42

Ruddy entra a su casa desorientado. Llora sin cesar, el vacío y la desolación lo hacen miserable. Tras pensarlo, se decidió por la manera de sentirse mejor, pero no había podido localizar a Joseph y sus hombres. Tantas veces que los encontraba en cada lugar al que iba y cuando quiere algo de ellos, desaparecen.

«Tengo mala suerte», piensa y se tumba en uno de los sofás nuevos que había comprado Irina hace unos días. Ella llegó a la casa, cambió algunas cosas y se ha comportado como la ama y señora. Ruddy tiene la esperanza de poder sacarle alguna información y después echarla.

Espera que no se encuentre en casa, quiere estar solo porque no le gusta que nadie lo vea en esas condiciones. Su depresión ha empeorado, reconoce que no ha hecho nada para cambiarlo y se recrimina por lo cobarde que es al no pedir ayuda o no aceptarla. Sus amigos ya no insisten, quizás se cansaron de los rechazos o puede que no les interese realmente su bienestar.

Toma el teléfono, decidido a llamar a uno de ellos. Se queda observando y luego lo deja caer.

«Será una pérdida de tiempo».

Cada persona tiene sus problemas y él no es quién para añadir más.

Se frota las muñecas, le pican y desea levantarse para acabar con todo. A nadie le haría falta, no es alguien importante. O eso cree.

Se levanta del sofá y camina hacia su cuarto. Se deja caer en la suavidad del colchón. Le molesta todo lo que la chica que vive con él ha hecho con su habitación, fue la única cosa que le había pedido cuando empezó a remodelar todo: «No toques mi cuarto».

Ella no le hizo caso y ahora tiene que soportar las sábanas de seda que nunca le han gustado porque le producen picazón. Irina se justificó diciendo que era algo romántico y bonito.

Retira la tela que odia y se acurruca en el edredón que le proporciona cierta calidez. Su mente viaja a su infancia, a la forma en la que su madre lo abrazaba y besaba en la cabeza con tanto amor. Los recuerdos lo lastiman, nunca pudo superar su pérdida.

Se siente culpable. Había escuchado a su mamá gritar en su habitación y no hizo nada. Solo corrió hacia su hermana para hacérselo saber. Siempre ha sido un cobarde, él debió ir en su ayuda y quizás ahora estaría con vida.

La realización de que todo va de mal en peor en su vida lo golpea con fuerza. Ninguna chica lo ha amado de corazón. Cuando encuentra la ideal para él, está enamorada de otro.

Amelia pasa por su cabeza, la chica loca y rara que lo tiene enamorado. ¿Qué no haría por ella? Sería el hombre más feliz si le correspondiera como él quiere. Hasta buscaría ayuda, porque se merece todo.

Ruddy no sabe lo equivocado que está. Debemos sentirnos bien con nosotros mismos y luego compartir esa felicidad junto a otra persona.

Armado de valor, se levanta y se sienta en el escritorio que hay en su cuarto. Toma el teléfono y, con manos temblorosas, marca el número que se sabe de memoria. Llora desconsolado al no obtener respuestas del otro lado. Nadie contesta y la angustia en su pecho sigue en aumento.

Escucha la voz de su hermana que lo incita a dejar un mensaje en el buzón de voz. Suspira, se limpia las mejillas con una mano mientras que con la otra aprieta el aparato contra su oreja.

—Nathalia, soy yo, Ruddy. —Solloza y boquea por falta de aire—. Perdóname por no responder a tus llamadas. Sé que soy el peor hermano y si estás molesta conmigo, lo entiendo.

Se queda en silencio por unos segundos, con los ojos opacos por el llanto y las mejillas rojas. Se revuelve el pelo con nerviosismo y se muerde el labio inferior con impotencia.

Entonces se desahoga. Entre llantos y excusas le cuenta todo lo que ha hecho y de las cosas que se arrepiente. Le habla de la música, de las personas que ha conocido y, en especial, de Amelia.

Con un nudo en la garganta relata sobre sus adicciones y cómo se ha lastimado. No le importa si solo está llenando el buzón de su hermana con su patética vida, siente que un peso se le ha quitado de encima y ahora su llanto es de liberación.

Cuelga el teléfono y se sumerge de nuevo entre las colchas en posición fetal. Se martiriza, no debió abrir la boca para decirle todo eso. Ella lo odiará, sabrá que es un monstruo. Sus pensamientos provocan que llore más fuerte.

Le duele imaginar el asco que debe estar sintiendo su hermana si está escuchando o escuchó su mensaje.

«No debí, no debí, no...».

El timbre del teléfono interrumpe el mantra que tenía en su cabeza. No piensa levantar el maldito aparato. Se niega a escuchar de la boca de su única hermana el odio y la decepción que debe sentir hacia él.

Suena varias veces y luego salta el buzón de voz.

—Ro, si estás ahí toma la llamada, por favor. —Puede percibir que su hermana llora y eso lo hace sollozar más—. Solo tengo algo que decirte ante todo esto: te amo y puedes contar conmigo siempre.

Capítulo 43

Amelia

Matías y yo caminamos por el parque tomados de la mano mientras degustamos un rico helado. Hoy me tocó trabajar en la mañana. Salimos temprano, así que aprovechamos para dar un paseo.

Él me dijo que fue a la casa de Mirian y me contó todos los detalles. No puedo creer que ella le haya revelado que mi padre no asesinó al papá de Irina y me llena de tristeza porque él murió pensando que era un delincuente.

—¿No te dijo más nada? —Niega. Puedo notar su fastidio.

Es culpa mía, le he estado preguntando lo mismo una y otra vez porque no me conformo con eso.

—Eso fue todo lo que mencionó, Amelia. Espero que estés más tranquila, Aníbal no era un asesino. Hay que poner al tanto a Irina para que no te siga molestando.

Asiento, ida en mis pensamientos. La última vez que vi a mi prima fue la noche que abandonó mi casa y dijo que se iba a mudar con Ruddy.

No he sabido nada de él tampoco. Me parece raro que haya dejado de llamarme y enviar mensajes. No lo he buscado porque no quiero más problemas con Irina, puede que ellos sean felices como pareja y eso me alegra mucho.

—Sí, lo siento.

Agacho la cabeza con pena. Reconozco que puedo ser intensa en algunas ocasiones.

—No es nada, cariño. —Nos detenemos y me toma la cara entre las manos—. Sé que pronto lo tendremos todo más claro.

Me besa los labios con dulzura, después nos sentamos en una de las banquetas que hay esparcidas por el gran parque.

Hace unos días que empecé a ir a terapia para tratar mi problema de memoria. No ha resultado del todo bien y leí que el tratamiento no siempre es eficaz. Eso me da impotencia. No es que quiera recordar las cosas malas que me sucedieron, pero sí hay muchas otras que me gustaría recuperar.

—Eso espero. —Juego con los dedos con nerviosismo, quiero preguntarle algo y me apena —. Matías...

Sus ojos miel están fijos en una dirección. Aprieta las manos y se levanta con rapidez. Corre hacia donde tenía puesta su mirada, dejándome perpleja. Me paro de ahí y trato de seguirle el paso.

—¡Matías, ¿qué haces?!

Me detengo para poder respirar y me percato de que lo he perdido. Rayos, ¿dónde se habrá metido?

Camino despacio hacia la calle hasta que escucho ruidos y a alguien quejándose.

—¿Matías?

Entro al callejón donde percibo cómo dos personas forcejean.

—¿Quién demonios eres y por qué nos persigues?

Matías está sobre el chico vestido de negro y con un casco en la cabeza. Es el tipo que nos ha perseguido durante un buen tiempo.

Chillo porque golpea en la cara a Matías y se levanta deprisa. Corre hacia mi dirección. Los nervios aumentan, provocando que empiece a temblar como una hoja. Mi novio logra atraparlo y

lo avienta al piso de nuevo.

—Déjame, no es lo que crees —habla el chico y se retira el casco de la cabeza.

Matías lo agarra del cuello y lo estampa en la pared. Es joven, tiene el pelo negro por los hombros y su piel es muy clara. Se queja del dolor cuando mi novio presiona más. Levanta las manos en forma de rendición.

—¿Quién demonios eres tú? —Lo suelta y el tipo cae al piso, tosiendo—. Habla, ¿qué es lo que quieres?

—S-soy Andy, no tengo nada en contra de ustedes —balbucea con dificultad.

Sus grandes ojos grises me observan con profundidad. Hay algo en él que me resulta conocido, pero no logro entender de dónde.

—No juegues conmigo, imbécil. ¿Qué es lo que quieres?

Los músculos de Matías se tensan y aprieta tanto la mandíbula que podría quebrarla.

—Sé que tienen muchas preguntas, pero, por favor, vamos a otro lugar.

Mira para todos lados con nerviosismo.

—Amor, déjalo —susurro sin apartar los ojos del tal Andy.

—¿Cómo que lo deje? Este tipejo tiene que ver con Joseph y sus hombres... —Hace silencio porque Andy sale corriendo del callejón con su casco puesto—. ¡Hijo de puta!

Se va tras él y yo me quedo paralizada. El corazón late acelerado, estoy perdida en mis pensamientos.

«¿Quién es ese chico y por qué se me hace familiar?».

Matías regresa maldiciendo porque el motorizado se le escapó. Después de unos minutos, salimos de ahí y nos dirigimos a su casa.

Me hace un rico té para que me calme. Lo tomo mientras él camina de un lado a otro entre lamentos.

—Voy a hablar con el idiota de Ruddy para saber si lo conoce o lo ha visto.

Asiento, aún ida, tratando de buscar en mi cabeza de quién se trata.

Quizás solo sea una impresión o lo conocía y fue de los recuerdos que perdí. Descarto esa posibilidad a los segundos, Matías lo hubiese reconocido también si fuese el caso.

—Tal vez sepa algo. —Es lo único que le digo y me termino de tomar el rico té—. ¿Lo has visto? Hace algunos días que no sé nada de él.

—Sí, estuvimos conversando anoche, Amelia. Me comentó algo de que se iba, no sé muy bien.

Vaya, eso no me lo esperaba. Tendré que hablar con él pronto para despedirme.

Trato de despejar la mente y me permito recorrer con la mirada a Matías, que sigue ido en sus pensamientos y camina de un lado a otro. Me sonrojo porque deseo acostarme con él de nuevo. Quiero volver a sentir su cuerpo sobre el mío.

Detiene su caminata y se sienta a mi lado.

—¿Qué sucede?

Me atrae hacia su pecho.

—Quiero pedirte algo.

Juego con mi pelo, luego agacho la cabeza.

—¿Sí?

Se aleja un poco y me levanta el rostro para que lo mire directo a los ojos. La intensidad con la que me observa provoca temblores en mí. Es hermoso cómo él me hace sentir tantas cosas con solo ese gesto.

Es innegable, amo a este chico más de lo que imaginaba y eso me gusta. Soy consciente de que otra vez he caído y no hay vuelta atrás. Estoy segura de que no es un amorío de esos de los que tuve. Esto es real, sincero y recíproco.

No tengo miedo ya. Sé que Matías es mi amigo ante todo, él nunca me hará daño. Me ama tanto como yo lo hago y eso es lo que importa.

—¿Podemos...?

Me quedo en silencio al apreciar un atisbo de sonrisa en sus labios. Rayos, él me conoce más que nadie y de seguro sabe lo que le voy a decir.

—Estaba esperando a que lo pidieras.

Se carcajea, luego me besa con pasión.

Capítulo 44

Amelia

Caminaba despacio hacia la puerta de atrás, escuchaba ruidos y apretaba la sartén que llevaba entre las manos. Tenía miedo. No sabía qué haría si se trataba de un delincuente.

Una mano se posó en mi boca. Me removí con desesperación, y traté de golpear a quien fuera que me estaba sosteniendo.

—Tranquila, Amelia. Soy yo.

El chico de ojos grises levantó sus manos cuando intenté pegarle con la sartén. Bajé la guardia.

—¿Qué haces aquí? Mis padres no están en casa, pero no van a tardar.

Él miró hacía todos lados con ojos asustadizos y cerró la puerta.

—Tenemos que hablar, Amelia. —Caminó hacia la sala y cerró las cortinas de las ventanas —. No tengo tiempo, debo irme antes de que me encuentre.

Andy lucía desorientado. Sus ojos estaban opacos, el pelo hecho un desastre. Logré ver la mochila que llevaba colgada de su hombro y su ropa estaba sucia y rota.

—¿Qué te pasó? —pregunté bostezando. De un momento a otro su silueta se tornó borrosa —. ¿Andy?

—¿Estás durmiendo, Amelia? Tengo algo importante que decirte, despierta.

Su voz se escuchó lejana y todo se volvió oscuro.

—No estoy durmiendo. Dime, quiero saber.

Mi voz salió desesperada. Me removí con violencia porque sentí unas manos sobre mí.

—Sí, estás durmiendo. Despierta, Amelia.

***

Abro los ojos de golpe. Mi respiración se encuentra agitada y estoy empapada en sudor. Las manos de Matías aprietan las mías mientras me mira con angustia. Observo a mi alrededor desorientada y suspiro cuando soy consciente de que estoy en la habitación de mi novio.

—¿Otra pesadilla? —pregunta con voz entrecortada.

Me mira con tristeza. Asiento y libero mis manos para pasarlas por el pelo.

El incidente con el tal Andy ha desatado en mí una serie de sueños extraños donde hablamos como si fuéramos amigos cercanos. No sé si es producto de mi imaginación o en realidad lo conozco.

—Debes ducharte, amor, o se te va a hacer tarde para ir a la universidad. —Mi cara se torna de un rojo intenso cuando caigo en cuenta de que estoy desnuda. Tomo la manta y me cubro el pecho con ella—. Es inútil que hagas eso, he visto y saboreado cada rincón de tu cuerpo.

Me levanto con rapidez, envuelta en la manta. Matías es muy directo, su boca no tiene filtro. Yo aún siento vergüenza de muchas cosas.

Una vez en el campus, camino deprisa por el pasillo hacia el aula que me tocaba hace media hora. El pelo me cubre los ojos y me impide que vea por dónde voy. Tropiezo. Los libros caen al piso. Genial, mi torpeza hará que no llegue nunca a la clase de Ciencias.

—Amelia.

Escucho que se carcajea y termino de recoger mis cosas con fastidio. Ayuda a levantarme del suelo y toma los libros de mis brazos. Me paso las manos por el pelo, acto seguido lo envuelvo en un moño desordenado.

—Mucho tiempo sin verte, Ruddy.

No despega sus ojos azules de mí. Desvío la mirada, es incómodo cuando él hace eso. Me da lástima porque sé qué significa.

—Así es, estuve unos días con mi hermana.

Sonrío al verlo tan feliz, sus ojitos brillan con intensidad. Se nota que la ama.

—Me alegro mucho.

Caminamos hacia la salida. Qué más da, de todos modos, ya llegaba tarde.

—Vamos a dar un paseo. ¿Has venido con Violeta?

Niego. Estos días Matías es quien me ha traído y me viene a buscar a la universidad.

—Tengo clases pendientes, Ruddy. No me puedo dar el lujo de perder otra también.

Hago una mueca con los labios. Soy un desastre, a este paso nunca me voy a graduar.

—Entonces, te invito a la cafetería en lo que empieza tu próxima clase. ¿Qué dices?

Acepto y lo sigo.

Disfruto de mi malteada de fresa bajo la atenta mirada de Ruddy. Es tan extraño, no ha dejado de sonreír desde que nos sentamos frente a frente en la mesa para dos.

—¿Qué me ves? ¿La cara de payaso? —pregunto, ofendida, y él se carcajea. Idiota.

—Eres tan hermosa.

Toma mi mano y la aprieta despacio entre la suya. Este gesto me pone nerviosa. Soy consciente de que yo le gusto y eso me hace sentir mal.

—Ro, yo...

—Lo sé, soy un caso perdido.

Suelta mi mano y la escondo debajo de la mesa por instinto.

—Tengo entendido que tú e Irina tienen algo serio.

—Ella y yo no somos nada. Le ofrecí que viniera conmigo para que te dejara en paz y porque quiero que me dé alguna información. —Mi cara debe parecer un poema—. No me mires así, ella tiene algo con Joseph. Matías piensa que está detrás de la muerte de tus padres. Te había hablado anteriormente de esa sospecha, Amelia.

Su mirada muestra tanto pesar que hace desvíe la mía.

Dejo la bebida encima de la mesa y siento que la fuerza ha sido drenada de mi cuerpo. ¿Irina responsable de la muerte de mis padres? Pero ¿por qué? No recuerdo que me haya hablado sobre esto.

—N-no te entiendo —balbuceo, temblando como una hoja. Los ojos se me llenan de lágrimas y me cubro la cara con las manos.

—Yo tampoco, por eso queremos averiguar qué fue lo que pasó. —Me descubre el rostro y me agarra de ambas manos—. Hay muchas cosas que no entiendes ahora, Amelia, pero pronto se aclararán.

Asiento, ida en mis pensamientos.

Trato de recordar la relación de mi prima con nosotros, mas no lo consigo. Mi madre fue la que tuvo la idea de que viviera en mi casa, eso quiere decir que se llevaban bien. ¿O no?

—Hay cosas que es mejor no saber, situaciones que prefiero ignorar.

Una lágrima resbala por mi rostro al sentirme tan perdida. Percibo su mano suave en mi mejilla, sus ojos me transmiten tantas cosas que es inevitable que se me erice la piel.

—Si tan solo sintieras lo mismo que yo... —Parpadea y se queda en silencio por un momento. Me abruma el cambio de tema tan brusco—. Pronto me iré, Amelia.

Se aleja de mí y se sienta correctamente en su silla. Juego con los dedos, aún con el corazón latiendo salvaje en el pecho. Me duele mucho que él esté sufriendo por amor, que no pueda hacer nada al respecto.

—¿Conoces a Andy? —Carraspeo para aclararme la garganta. Agradezco haberme acordado de hacerle la pregunta—. Un chico de pelo negro, ojos grises, piel muy blanca...

Frunce el entrecejo con confusión.

—¿Andy? —Asiento—. No recuerdo a nadie con ese nombre.

Dejo caer los hombros.

—Es que... Olvídalo.

La teoría que tiene Matías es que es uno de los hombres de Joseph. Él cree que ese chico quiere hacerme daño, pero siento en el pecho que no es así.

—Puedo preguntar si saben algo de él en el bar que frecuento. —Él me agarra de nuevo la mano—. Sabes que haría lo que sea por ti, hermosa.

Me acaricia la mejilla y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Escuchamos una tos exagerada, lo que provoca que nuestros rostros giren hacia esa dirección. Me suelto de su agarre. Un escalofrío me recorre entera ante la gélida mirada de Irina.

Capítulo 45

Matías

Salgo del gimnasio deprisa y camino hacia el parqueo, aliviado de terminar mi labor de hoy. El cuerpo me duele como el infierno, quizás deba dejar de forzarme tanto y llevar una vida menos acelerada.

Eso será después, luego de que llegue a la meta que me he impuesto. Estoy ahorrando para obsequiarle un anillo de compromiso a Amelia y quiero que valga la pena. He pensado en comprar una casa aquí en la ciudad, pero no me he decidido todavía. Debo tener claro si ella desea permanecer en este lugar para siempre.

Estoy emocionado. Tengo tantos planes para nosotros que hasta los siento irreales. Eso sí, esperaré a que esté emocionalmente estable y termine la universidad. Sé que es muy importante para ella graduarse, está poniendo de su parte. Todos los días se acuesta tarde haciendo tareas, en realidad se ha esforzado.

Abro la puerta de mi auto, pero alguien me atrapa la muñeca antes de entrar. Me giro con brusquedad y tomo por el cuello al chico de negro que ahora está sin su casco en la cabeza.

—Soy yo, Andy. —Levanta las manos y lo suelto—. Necesitamos hablar.

No confío en este tipo, aunque necesito saber qué es lo que trama y por qué nos ha estado persiguiendo.

—Deja tus juegos o no respondo. —Aprieto las manos, dispuesto a liberar la tensión a golpes —. ¿Qué es lo que quieres?

—No soy malo. De hecho, ese día que te llevé el bolso solo quería devolverlo. —Pongo los ojos en blanco por las incoherencias que salen de su boca—. Es cierto. Amelia me conoce, lo que sucede es que no me recuerda.

Sus ojos muestran tanta tristeza al decir esto que casi me convence. Casi.

—¿Crees que soy estúpido?

Niega varias veces. Sus ojos recorren el lugar con recelo y puedo notar su nerviosismo.

—Te voy a aclarar todo, pero no aquí.

Me subo en el vehículo y conduzco hacia la casa sin dudas de que él me sigue en su moto.

El tal Andy entra detrás de mí al apartamento. No deja de mirar hacia todos lados como si buscara algo. No lo soporto, hay algo en él que no me permite confiar ni creer en lo que dice.

—Lindo lugar.

Resoplo fastidiado.

—Esto no es una tertulia entre amigos. Habla rápido que no quiero que mi novia venga y te encuentre aquí.

Sus orbes se posan sobre mí y los abre de manera exagerada.

—¿Amelia es tu novia?

Parece angustiado y hasta podría jurar que llorará. Rayos, ¿no me digas que a este también le gusta Amelia?

—Sí, y pronto mi prometida.

Sonrío con suficiencia al ver cómo agacha la cabeza con pesar.

—Felicidades...

—Habla —lo interrumpo, cansado de esto—. Necesito que me digas rápido para que te largues.

—No tienes que ser tan brusco.

Suspira y se sienta en el sofá.

Me calmo, es cierto. No tengo por qué tratarlo así. Arrastro uno de los sillones que hay en la sala y me acomodo frente a él.

Se frota las manos en señal de nerviosismo y mira hacia todos lados.

—Estoy en peligro. He tenido que vivir estos últimos años lejos de las personas a las que amo —dice muy afectado—. Los seguí porque deseaba hablar con ustedes, pero no sabía cómo.

Aprieto las manos, hastiado de esto. No le encuentro sentido a nada de lo que ha dicho.

—Sé sincero, ¿eres uno de los hombres de Joseph?

—Ni siquiera sé quién es ese. —Inhalo y exhalo, tratando de calmar la furia—. Fue casualidad. Te vi corriendo desde ese callejón con esos hombres y tomé tu bolso.

—¿Cómo sabías que era mío?

Entrecierro los ojos a espera de su respuesta.

—Te había observado en otras ocasiones con él, también lo que hicieron con esa chica.

Me quedo helado al escuchar sus palabras.

—Y-yo no participé en eso.

Asiente no muy convencido.

—Eso ya es irrelevante. Estoy seguro de que la contaron dentro de la lista de víctimas por la delincuencia, esas que quedan impunes para siempre...

Trago saliva ante sus palabras. Es horrible lo que sucedió. Los responsables siguen sueltos y haciendo de las suyas. Me siento tan mal, debí ir a la policía y así, quizás, ellos ahora estarían tras las rejas.

—Ve al grano, ¿qué es lo que quieres de nosotros?

Suspira y se pasa la mano por el pelo varias veces.

—Irina es una psicópata y asesina, me escondo por eso. Ella intentó acabar conmigo en una ocasión.

No me sorprende tanto, yo sabía que esa chica no está bien de la cabeza.

—¿Por qué?

Trato de mantener la compostura y soy directo.

—Ella estaba enamorada de mí. No, obsesionada. Teníamos algo, pero me di cuenta de que está loca y que mató a su padrastro.

—¿Qué...?

—Irina acabó con la vida de Tony, el tío de Amelia y esposo de su mamá. Él abusaba de ella y por eso lo hizo.

—Ahora todo tiene sentido.

Me levanto y camino de un lado a otro.

Tantas veces que me habló de su venganza y pensé que hablaba de cobrar la muerte de su padre, pero no, lo decía en general. Entonces...

—¿Por qué tanto odio hacia Amelia y sus padres? —cuestiono y él niega varias veces.

—Hacia sus padres, no estoy al tanto. Yo la conocí, salimos un par de veces y tuvimos algo porque ella me lo pidió. —Sus ojos grises me miran con profundidad—. Ahora bien, lo que tiene con Amelia es muy personal. Creo que es hasta envidia.

Yo también lo pienso así, se ha comparado mucho con ella y ha tratado de dejarla en ridículo en más de una ocasión. Son acciones de una persona enferma y envenenada de odio, rencor y envidia.

En esa familia pasó algo más, porque si bien es cierto que el padrastro de Irina era un cerdo asqueroso, ¿qué tenían que ver los padres de Amelia en eso? ¿Por qué acabar con ellos?

—Gracias por ser sincero conmigo, aunque te confieso que no comprendo del todo por qué nos seguías y nos tomabas fotos.

Su cara se pone roja de repente y agacha la cabeza, avergonzado.

—Me gusta la fotografía. Discúlpame si les hice pasar un mal rato. Yo no quiero que ella le haga daño a Amelia, esa chica es importante... —Hace silencio de repente.

Sus ojos me quieren decir algo más, pero no se atreve. Quizás esté enamorado en secreto de mi novia. Eso es lo único que me faltaba, otro loco a la ecuación.

—Quiero que te alejes de Amelia. Si Irina es tan peligrosa como dices, es mejor que te cuides. Ahora tengo que buscar la manera de probar que ella es una criminal.

Desvía la mirada y juega con las manos.

—Sí, quiero ayudar. Además, tengo la esperanza de que ella me recuerde.

Suspiro en un intento de calmarme y no romperle la cara a este imbécil.

—¿Por qué debería hacerlo? Eso no es tan relevante...

—¡Sí! —me interrumpe levantando la voz—. Debes saber algo, Matías, Amelia y yo éramos novios.

Capítulo 46

Amelia

Cierro la puerta de mi apartamento con furia. La sangre que emana de la nariz me tiene mareada y los arañazos en los brazos me arden. Tuve una pelea en pleno campus con la loca de Irina, y las dos terminamos fatal.

Cuando encontró a Ruddy hablando conmigo en la cafetería, hizo un escándalo de gran magnitud. Vociferó todas las estupideces que le llegaron a la cabeza y me atacó como la demente que es. Fue horrible, tuvieron que intervenir coordinadores de la universidad y hasta el rector. Eso me traerá problemas en el futuro.

Tenía todo bajo control hasta que Ruddy se metió a defenderme. Juro que Irina se transformó de humana a demonio. Nunca en mi vida había visto a alguien irritarse de esa manera. Me atacó sin ningún tipo de contemplaciones ni criterio. Aún no entiendo de dónde sacó la fuerza, pero hizo de mí lo que quiso.

Entro al baño y observo mi figura en el espejo. Estoy horrible, tengo la cara magullada y los labios hinchados. Debo ser el hazmerreír de toda la universidad, no quiero volver allí. Ella nos arrojó al vacío a mí y a mi familia, sus palabras aún me duelen, aunque soy consciente de que muchas son mentira.

Limpio una lágrima de mi mejilla con rabia e impotencia, ¿qué hice para merecer todo esto que me pasa? ¿Por qué he recibido tantos golpes desde niña?

Nunca lograré comprenderlo. Sé que no debería tomar en serio a alguien como mi prima porque tiene problemas serios, pero quizás tampoco sea su culpa. Cómo quisiera que mis padres estuvieran vivos para poder enfrentarlos y que me cuenten la verdad.

Escucho unos toques en la puerta, mas no quiero abrir. Me dirijo a la cama, después me acurruco en la comodidad de mi edredón esperando que el sueño venga por mí y me lleve lejos de esta realidad.

***

Irina estaba con los ojos llorosos, sus manos temblaban.

—Hasta él te prefiere.

Negó con la cabeza varias veces, como si no creyera lo que salía de su boca.

***

Sus besos sabían bien, el problema era que no me sentía cómoda con él por alguna razón. No se lo dije y le seguí el juego que tenía con nuestras lenguas.

Era un chico lindo y me sentía muy afortunada de tenerlo.

—Debes saberlo, Amelia. No le creas nada de lo que te diga. Tu padre no es el asesino.

Se alejó y yo olvidé qué hacía ahí.

—¡Andy! No te vayas.

Sollocé al percibir el frío, me sentí desprotegida de repente.

—No lo creas. Es una mentirosa...

***

Salgo de mi trance de repente.

Las lágrimas me mojan las mejillas y el dolor en el pecho me hace sentir asfixiada. Los recuerdos me atacan como un torrente de agua, inundan mi cabeza y me mareo. ¿Cómo pude olvidar algo tan importante?

Sabía lo que pasó con mi papá, Andy me lo había dicho antes de marcharse. La culpa, la ira y la decepción se arremolinan en mi pecho. El nudo en la garganta no me deja tranquila. Soy un desastre y no creo que eso vaya a cambiar por ahora.

Reconozco mi inestabilidad. Hoy puedo estar bien y mañana amanecer de otra manera, con otros pensamientos y olvidando cosas importantes.

No le he dicho a nadie sobre los recuerdos que parecen haber regresado. Me he despertado exaltada sin saber qué es real o un sueño. Es incómoda esta situación, solo quisiera que todo pare para descansar de mis pensamientos.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Parpadeo y me fijo que la señora mayor me observa como si fuera un bicho raro. Empujo el carrito de compras hacia la caja.

Otra vez me he ido lejos, cada día es más frecuente. Ahora entiendo a Matías cuando me dijo que no quiere que salga sola.

Pago mis cosas y camino hacia la salida con las manos llenas. Me acerco a Violeta, que está estacionada en el parqueo de las motocicletas, le quito el seguro y saco de mi mochila las bolsas grandes que uso para poder acomodar todo ahí.

Es una noche fría de luna llena. Solo deseo llegar a tomar un chocolate caliente junto a mi novio, que hace días que lo tengo abandonado. No ha sido culpa mía, él sigue trabajando de más y yo he estado muy ocupada con mis tareas.

Maldigo entre dientes cuando una motocicleta casi me choca. Pasa por mi lado como un rayo. Escucho otras más que están muy cerca de mí. Es muy común, hay muchos que aprovechan la noche para hacer carreras ilegales. Lo sé porque Ruddy me lo comentó una vez y hasta me llevó a ver cómo se desarrollaban.

Me pongo nerviosa, estoy rodeada de algunos motorizados que silban y ríen. Gritan algo que no logro distinguir al momento en que caigo al piso de repente. Siento un fuerte dolor en las piernas.

Las palmas de las manos se me lastiman con algunas piedras al tratar de apoyarme en el pavimento. No me puedo mover y escucho voces que se burlan de mí.

—Parece un gusano gordo y horrible.

Su voz es clara, puedo saber de quién se trata sin siquiera levantar la mirada.

«¡Despierta, despierta!», grito en mi mente, pero nada sucede. Sigo en el piso, adolorida.

De mi garganta sale un grito gutural cuando siento los brazos que me levantan de manera brusca.

«Mis piernas».

Me llevan a rastras hacia no sé dónde. Trato de moverme, es inútil y solo me queda llorar y pedir que no me hagan daño.

Sus carcajadas aumentan. Abren la puerta de un auto y me arrojan en la parte de atrás.

Chillo al sentirme tan adolorida, no sé si soporte un minuto más. Alguien se sienta a mi lado y me pone la cabeza entre sus piernas. Entierra su mano en mi pelo.

—Es hora de que dejes de ser la víctima, primita. Vas a enterarte de toda la mierda que pasé.

Sus uñas me hacen daño en el cuero cabelludo.

Quiero alejarme, pero no puedo. Las lágrimas se intensifican. Siento que voy perdiendo la cordura.

—No me hagas daño.

Mi voz sale pastosa. El movimiento del vehículo me hace sentir desorientada, el dolor de cabeza se intensifica.

—Tranquila, Amelia. Estoy segura de que nada de lo que haga ahora superará cómo me sentí yo en algún momento. —Cierro los ojos llenos de lágrimas. Sus manos siguen lastimando mi piel y ya no tengo fuerzas ni para respirar—. No te voy a perdonar que me hayas arrebatado a Ruddy también, jodida perra.

Capítulo 47

Amelia

Unos quejidos provocan que abra los ojos, aunque los cierro de inmediato porque la luz del sol me molesta. El dolor de cabeza es insoportable, las piernas se sienten entumecidas y respiro con dificultad.

Las palpitaciones que siento en las sienes me van a volver loca, esto es inaguantable. Recuerdos vanos vienen a mí, comprendo por qué me siento así y sollozo, desesperada.

—Vamos a morir.

La voz de una mujer me hace girar la cabeza en su dirección.

Es una señora mayor, muy maltratada, que se encuentra en el piso de manera despreocupada. Entre sus manos localizo una botella de alcohol, a la que le da algunos sorbos sin dejar de mirarme.

—¿Dónde estoy?

Carraspea y se levanta tambaleante.

—¿No me recuerdas, Amelia?

Deja la botella en una mesita, después agarra un paño cutre y me lo pasa por la frente.

Alejo el rostro de la asquerosa tela que huele a rancio y a algo más.

—No, ni sé dónde estoy.

Los ojos grises de la señora me observan con una mezcla de admiración y lástima.

—Eres tan bonita, qué pena que caíste en las redes de mi hija. Irina es una arpía.

Ahora lo entiendo, esta mujer debe de ser Mirian.

—Ayúdeme, por favor. —La tomo de los brazos y la sacudo con violencia—. Me duele todo el cuerpo.

—No puedo, Amelia. —Se aleja de mí—. De todas maneras, ella me va a matar.

Sonríe de una forma escalofriante y toma su botella de alcohol de nuevo.

Trato de sentarme, pero el dolor es insoportable. Siento la garganta seca y los ojos me arden. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Me incorporo entre chillidos de dolor. Mi pecho sube y baja frenético, todo me da vueltas. Después de permanecer un largo rato quieta y con los ojos cerrados, me permito abrirlos para recorrer el lugar donde me encuentro.

Es una habitación con muchas antigüedades y basura por todas partes. El colchón es duro y resulta incómodo, eso ha multiplicado el entumecimiento del cuerpo.

Mirian sigue en el mismo lugar. Ahora tararea una canción mientras se mueve levemente hacia los lados. Debe tener problemas mentales, ella está como si nada estuviera pasando. Como si no tuviera a una psicópata por hija.

—¿Qué le pasó a Irina para que se comporte de esa manera?

Sus ojos se posan en mí. Se levanta del piso y se acerca. El olor que desprende es nauseabundo, pero aguanto callada porque no me queda otra opción.

—Irina tuvo una niñez muy mala, Amelia. —Se sienta junto a mi lado y acaricia mi pelo con suavidad—. No es culpa mía, traté de ayudarla.

Comienza a llorar de repente, dejándome desconcertada. Me alejo de ella.

—Imagino que sí —es lo único que logro decir.

—Éramos muy pobres. Tu padre nos ayudaba y por eso siempre estaré agradecida. —Sonríe y agarra mi mano entre las suyas—. Tu tío maltrataba a mi niña y ella se volvió mala.

La manera en la que habla me da a entender que está divagando. Aun así, me quedo quieta, esperando que termine.

—Entonces ella acabó con la vida de mi esposo, ¡yo lo amaba!

Me exalto al escucharla gritar.

—No la entiendo.

—Irina está aquí.

Se aleja y toma su posición anterior en el piso con la botella entre las manos.

Capítulo 48

Matías

Camino de un lado a otro bajo la intensa mirada de Ruddy. Anoche Amelia no volvió del supermercado y eso me tiene descolocado. La he estado llamando varias veces a su teléfono, pero ha sido inútil.

He ido a los sitios que frecuenta y nadie sabe decirme ni una mierda de ella. Pateo con saña uno de los sillones de la sala, este se corre y se estrella sobre una mesita llena de elementos decorativos. Algunos jarrones se resbalan y se parten en muchos pedazos cuando caen al suelo.

—Creo que esto es obra de Irina. —Detengo mi andar para encarar a Ruddy, quien luce pensativo y muy preocupado—. No ha vuelto a casa luego del incidente en la universidad.

Me paso las manos por el pelo, nervioso. Solo espero que esa loca no lastime a mi chica.

—Debemos avisar a la policía.

Tomo el teléfono, pero él me lo arrebata. Las ganas de matarlo me recorren y lo agarro del cuello con la intención de golpearlo.

—No van a hacer nada, Matías. No han pasado ni veinticuatro horas.

Lo suelto con furia, es cierto.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Quedarnos de brazos cruzados?

Reconozco que la desesperación está nublando mi mente.

—Vamos a buscarla nosotros. ¿Dónde crees que se pudo esconder Irina? —su pregunta me deja desconcertado.

No conozco mucho a esa chica ni se me ocurre nada. En realidad, puede estar en cualquier sitio.

—No lo sé, ¿crees que Joseph y sus hombres tienen algo que ver en esto?

—Posiblemente —susurra, perdido en sus pensamientos.

«Amelia, ¿dónde estás, mi amor? ¿Por qué saliste sola?».

Tantas veces que le advertí que no fuera por ahí, a su suerte, y no me hizo caso. De solo imaginar las cosas horribles que le debe estar haciendo Irina, se me encoge el pecho. Espero que no la dañe, Amelia es una chica muy sensible e inestable emocionalmente.

Sé que esto solo empeorará su estado. Cierro los ojos con fuerza, me siento impotente, ella debe estar pasándolo mal.

—No me quedaré aquí. —Camino hacia la salida, pero Ruddy me detiene agarrándome del brazo—. Déjame —mascullo entre dientes, furioso.

—¿A dónde vas a ir?

—No lo sé, buscaré a mi novia hasta debajo de las piedras.

Abre la boca para decir algo más cuando unos toques en la puerta lo interrumpen. Corro hacia ella y me encuentro con el chico motorizado, el tal Andy.

—Hola, Matías.

Resoplo con fastidio, lo que me faltaba.

—No estoy para tus dramas. Es mejor que te largues.

Trato de cerrarle la puerta en las narices, pero me lo impide con una de sus piernas.

—¿Quién eres tú?

Ruddy se nos acerca sin dejar de mirar con recelo al tal Andy.

«Genial, se le juntó el ganado a mi chica».

—Soy Andy.
Él extiende su mano y el estúpido del rubio le corresponde.
—Espero que hayan terminado el momento emotivo, ¡ahora se largan de mi casa!
Mi paciencia se agota y ellos me miran como si estuviera loco.
—No, vine porque tengo que decirte algo muy importante.
No le hago caso y camino hacia la salida, molesto.
—No tengo tiempo, Amelia me necesita.
—Precisamente por eso. —Detengo mi andar y me giro—. Creo saber a dónde la llevó Irina.

Capítulo 49

Amelia

Irina entra a la habitación e inmediatamente sus ojos marrones se posan sobre mí. La sonrisa psicópata que esbozan sus labios me hace temblar. Sus pasos son lentos y hasta dramáticos.

—¿Cómo lo estás pasando, primita? Espero que hayas dormido bien.

Me hala el pelo con saña y chillo de dolor.

—¿Qué es lo que quieres? Cualquier cosa que haya pasado, no fue ni será mi culpa —hablo entre lágrimas de desesperación.

—Estás tan equivocada... —Deja mi cabello y me alejo de ella. Miro para todos lados, buscando a Mirian—. Siempre estabas feliz, tenías todo lo que querías. Tus padres te protegían y amaban mientras que a los míos les importaba un comino mi bienestar.

Habla con tanto rencor que hasta siento lástima. La han herido muchas veces, supongo que es por eso por lo que su corazón se ha convertido en uno de piedra.

—Siento todo lo que pasaste, pero no soy responsable de eso.

—¡Sí! —grita—. Los chicos que he amado me han dejado por ti. Primero fue Matías, Andy y luego Ruddy.

Agacho la cabeza con pesar.

—Nunca fue mi intención... —Me quedo en silencio sin saber de qué manera disculparme.

—Superé a Matías rápido, él se había ido y eso me alegró porque ni tú ni yo lo íbamos a tener. —Sonríe satisfecha al decir esto—. Entonces conocí a Andy. Salimos un par de veces y teníamos buena química. Claro, hasta que te lo presenté un día. No logro comprender qué te veían, solo sé que él también se enamoró de ti y fueron novios.

Las cosas que me está diciendo me hacen sentir mal, ¿por qué hice eso? Nunca debí estar con él si antes tenía algo con ella.

—No recuerdo bien —hablo con sinceridad. No entiendo qué fue lo que en realidad pasó ni cómo.

—Ese es otro del que tengo planeada mi venganza, además de que sabe cosas de mí y eso puede perjudicarme —dice esto para sí misma—. Luego conocí a Ruddy. Me encanta ese chico, daría lo que fuera por él. También te prefiere a ti, me dijo que te ama y que eso no lo iba a cambiar. ¿Por qué nadie me quiere como lo hacen contigo?

—Ellos no son para ti, Irina. Estoy segura de que encontrarás a alguien que te amará como tanto anhelas.

Trato de razonar, aunque siento que es inútil.

—Incluso mis padres te preferían, siempre te ponían de ejemplo. —Ignora lo que acabo de decirle. Sus ojos parecen angustiados, es como si todo lo que está contando lo tuviera guardado por mucho tiempo—. Mi vida no ha sido fácil, Amelia.

—Lo sé y lamento todo lo que pasaste —hablo con sinceridad.

—No te creo, eres igual que todos. Era el hazmerreír en la escuela, la pobretona de la familia a la que le donaban tus cosas por lástima.

Comienza a llorar, pero ella se seca las lágrimas con rapidez.

—Puedo comprender que odies a tus padres, pero ¿por qué acabaste con la vida de los míos? —pregunto con rabia y dolor—. Según sé, ellos te ayudaban en lo que podían...

Su carcajada me interrumpe.

—¿Ayudarme? —habla con ironía—. Traté de que hicieran algo por mí y se quedaron callados.

—No te entiendo.

Ella entorna los ojos, acto seguido se levanta de la cama y camina de un lado a otro.

—Cuando Tony me hizo daño la primera vez, yo le conté a mi mamá. Ella dice que no lo sabía, pero sí, solo que no le importaba. Un día de paseo en tu casa, se lo comenté a mis tíos con la esperanza de que intervinieran y tampoco hicieron nada.

Mi boca se abre en sorpresa ante sus palabras. No puede ser.

—Estás mintiendo, mis padres no serían capaces de algo así.

—Claro que sí, Amelia. Se convirtieron en cómplices del abusador y hasta lo resguardaron. ¿Por qué crees que me «ayudaban» con cosas materiales? Solo sentían que debían compensar de alguna manera su silencio. Por eso los maté y si pudiera hacerlo de nuevo, lo haría.

Mis sollozos aumentan. El dolor en el pecho se agudiza y el nudo en la garganta me asfixia. Toda mi vida ha sido una vil mentira, las personas que tanto admiraba eran crueles y unos insensatos.

—Lo lamento mucho.

Las lágrimas me nublan la visión y siento que ella me abraza.

—Todo va bien, la venganza sigue el camino que tenía planeado. —Me alejo, limpiando mis ojos—. El día que mi supuesto padre intentó abusar de ti, llegó a casa herido. Se arrastraba como el gusano que era y gimoteaba de dolor. Así que fue mi oportunidad, aproveché que estaba débil y terminé lo que el imbécil de Aníbal no pudo.

Niego, presa del pánico al entender que Irina tiene más problemas de los que creía.

Debo dejar de llorar y lamentarme si quiero salir de aquí con vida. No hay nada que pueda hacer o decir para que ella cambie de opinión. Tengo que actuar de manera inteligente.

—Necesito ir al baño.

Me escanea y después suspira con resignación.

—Puedes ir, Amelia. —Trato de levantarme, pero el dolor en las piernas no me lo permite—. Te ves terrible. —Se acerca a la puerta y la abre—. Debo terminar con algo, vuelvo en un rato —habla con amabilidad, como si fuera otra persona.

Se retira y hago el esfuerzo de levantarme. El mareo provoca que me tambalee, así que me recargo de la pared con la respiración agitada.

Reviso despacio cada rincón de la habitación, es un lugar muy sucio. Me acerco a la puerta que parece ser el baño, entro y mi alma decae al notar que no tiene ningún tipo de ventanas.

Me asquea el olor nauseabundo que percibo y salgo tan rápido como me permiten las piernas adoloridas. Avanzo a la puerta, trato de abrir, pero es inútil. Está bajo llave.

Escucho gritos, murmullos y pasos rápidos que se acercan hacia mí. No me da tiempo a reaccionar porque la puerta se abre de manera brusca y entra por ella Irina... con otra persona.

—Te traje compañía, primita.

Mis ojos se posan sobre el tipo que me mira de manera lasciva. Lo conozco, es Joseph, el chico que andaba con Ruddy y que se había llevado a Violeta.

Me alejo, presa del pánico por cómo sus ojos recorren cada parte de mi cuerpo y frota sus manos en satisfacción.

—No —susurro con un hilo de voz al comprender lo que pretende.

—Tranquila, Amelia. Joseph y tú se divertirán por un rato, después terminaré con mi cometido —dicho esto sale de la habitación, dejándome a solas con él.

Retrocedo, horrorizada y temblando como una hoja. Sus ojos siguen mis movimientos, se acerca despacio y de su garganta salen silbidos burlescos. Mi espalda choca con la pared, no tengo salida. Sollozo más fuerte.

Agacho la cabeza al sentir su respiración, me asquea su aliento alcoholizado. Levanta mi mentón de manera brusca, sus labios están curvados en una sonrisa llena de maldad y satisfacción.

—Lo que daría porque el idiota de Ruddy viera esto.

Se carcajea y de un movimiento rápido me avienta en la cama.

Su peso sobre mí me asfixia. Gruñe, tratando de mantenerme quieta, y me da un puñetazo que me deja aturdida. Aun así, no se lo pongo fácil, me muevo de manera violenta y lo pateo varias veces para que retroceda.

—¡Ayuda! —vocifero con todas mis fuerzas y escucho cómo maldice entre dientes.

El brillo del filo de la navaja que saca de su pantalón me deja muda. Está rojo de la ira, y me abraza por la espalda. Siento cómo coloca el arma en mi cuello y presiona despacio.

—Vuelves a pasarte de lista y te mato, estúpida perra.

Me paralizo, no sé qué más hacer para salir de esta situación. Dejo caer los hombros, resignada. Es inevitable, moriré en cualquier momento en manos de este hombre.

Recuerdos de mi niñez pasan por mi cabeza: de mis padres, de Matías. Todos los momentos importantes, los paseos, mis correteos por el patio de la casa. Era feliz, ajena de la red de mentiras que se estaba tejiendo a mi alrededor.

Salgo de mis pensamientos al sentir cómo Joseph me besa de manera brusca. Cuando me muerde el cuello, lo empujo con todas mis fuerzas. Escucho su risa. Se está burlando de mí y susurra cosas que no entiendo.

Entonces me veo de niña de nuevo, correteando en medio de los árboles, riendo como si nadie me estuviera espiando. La bestia estaba ahí todo el tiempo. Su mirada me aterraba, pero también había algo en él que me hacía confiar.

«Era mi familia, nunca me haría daño».

El tío Tony me golpeaba, no entendí por qué me hería. La cicatriz en su cara se veía más horripilante, era como si me estuviera hablando, me decía que no era bueno.

—¡Matías, Matías! —vociferé a todo pulmón, pero él nunca llegó.

Mis gritos se intensificaban, sentía que pedía la razón y mi juicio se iba nublando.

El cuerpo sobre el mío me asfixia, me asquea ese olor a tabaco y alcohol. Sus manos en mi piel son como dagas que me lastiman. Hala mi pelo con fuerza y me obliga a mirarlo a los ojos.

De repente, ya no siento su peso. No entiendo qué es lo que pasa. Ahora Irina está a mi lado con las manos ensangrentadas y Joseph gime de dolor en el piso.

Las lágrimas me nublan la vista, el nudo en la garganta se vuelve asfixiante. Ella me pasa las manos por el cuerpo como buscando algo, sus ojos marrones siguen mojados por el llanto y su pecho sube y baja descontrolado.

—Nadie merece vivir ese infierno.

Sus palabras retumban en la sucia habitación, opacando los quejidos de Joseph, acallando mis gritos internos.

—¡Déjala!

Giro mi rostro en dirección a la voz masculina, encontrando a Andy que me mira horrorizado.

Se acerca a nosotros a pasos rápidos y se abalanza sobre Irina. La aleja de mí con saña. Chillo porque forcejean como dos fieras. Trato de decirle que no es lo que cree, pero nada sale de

mi boca. Hablan de cosas que no logro entender, puedo sentir el odio y rencor que se tienen desde donde estoy.

Los recuerdos de cuando conocí a Andy inundan mi cabeza. Era una tarde calurosa, yo salí a comprar un helado y él provocó que se me cayera. Ya lo conocía, Irina me lo había presentado, pero por alguna razón no recordaba haberlo visto antes.

No sé si fue por el vacío que había dejado Matías que Andy me gustó y le dije que sí cuando pidió ser mi novio. Ahora todo está claro, en aquel entonces yo no sabía que tenía algo con Irina y eso me llena de una paz inexplicable.

Él la conocía muy bien, incluso me advirtió sobre lo que había hecho la noche que desapareció. Me río sin gracia. Él también se fue sin avisarme, un día desperté y simplemente no estaba.

Salgo de mi trance cuando Irina se zafa de su agarre y se acerca a Joseph —que aún se queja en el piso en medio de un charco de sangre—, toma la navaja que este tenía y se abalanza sobre Andy. El forcejeo que tienen me deja horrorizada, pelean como si quisieran acabar con la vida del otro.

Me percato de la puerta abierta. Lo dudo por un segundo, pero me levanto como puedo y me acerco a la salida. Camino por la vieja casa. La sala es maloliente con desechos por todas partes.

Me tambaleo porque siento el cuerpo pesado, me cuesta mantener los ojos abiertos. Escucho voces a mi alrededor, sonidos de ambulancia y pasos rápidos. Los brazos que me sostienen son cálidos. Me cargan y acarician el pelo con suavidad.

Quiero alejarme y gritar que el cuerpo me duele, que solo me apetece descansar un rato. Me dejan sobre una superficie blanda, a continuación, suceden ciertos movimientos que me hacen vibrar. Un picor en el brazo provoca que me queje.

Percibo que floto; ya no hay más dolor, no hay pesar y todo entumecimiento se ha ido. La paz que me rodea me hace sonreír, quiero estar así para siempre. Busco en mi mente algo que me haga recordar el porqué de esta satisfacción, pero no encuentro nada.

Entonces permanezco de esta manera: tranquila, en armonía, feliz.

Capítulo 50

Matías

Le acaricio la mejilla enrojecida. Paso los dedos por sus labios con cuidado, están magullados y un poco resecos.

Amelia está hospitalizada desde hace dos semanas, ya se encuentra mucho mejor, aunque sus piernas sufrieron demasiado y tendrá que tomar terapia para volver a caminar con normalidad.

Estos días han sido duros para ella. Casi no habla, no quiere comer y está de mal humor la mayor parte del tiempo. Me choca tanto verla así, siempre fue una chica alegre, con una personalidad única y divertida. De eso solo quedan los recuerdos, espero que pueda lograr salir de esto pronto.

Cuando llegamos a la vieja casa de Irina, encontramos a Amelia herida, inestable y tuve que sostenerla porque perdió el conocimiento. Los paramédicos la intervinieron de inmediato, estaba en un estado crítico. Sigue con nosotros porque es una chica fuerte.

La policía detuvo a Joseph, quien estaba mal herido y también recibió atención médica. Ahora está preso, esperando ser juzgado al igual que Irina. El que terminó mal fue Andy, lo encontraron sin vida en medio de la habitación con varias punzadas de arma blanca.

Me dio mucho pesar, a él le estaré eternamente agradecido por poner en alerta a la policía y llevarnos hacia Amelia.

—¿Sigue igual? —Asiento a la pregunta de Ruddy sin siquiera mirarlo—. Yo vine a despedirme, Matías. Me voy por un tiempo de la ciudad.

Poso los ojos sobre él y puedo notar lo mucho que le cuesta decir esas palabras.

—No te sientas culpable, Amelia estará bien y lo entenderá.

Asiente no muy convencido.

Se puede decir que en estos días le he tomado cariño al rubio idiota. Él no sabía qué hacer porque por un lado desea marcharse, para sanar algunas heridas, y a la vez se quiere quedar. Se siente culpable, cree que Irina reaccionó a su rechazo y decidió vengarse de Amelia.

Él está equivocado. Irina tenía pensado todo desde hace mucho tiempo. El odio y el rencor hacia Amelia no surgió de un día para otro y eso ella lo dejó más que claro. Pero Ruddy debe dejar de culparse por las decisiones que toman las demás personas y por cosas que él no puede controlar.

—Gracias por todo lo que has hecho. Sé que nunca nos conocimos lo suficiente, te pido disculpas por lo que te hice pasar. —Asiento y hago un ademán con la mano, restándole importancia—. Quisiera hablar con Amelia y pedirle perdón.

—No te preocupes por eso. La conozco, no tiene nada que perdonarte.

—¿Puedes dejarme solo con ella? No será por mucho tiempo.

Mi lado protector se activa y quiero decirle que no, pero no lo hago. Me levanto y camino hacia la salida.

***

Meses después

Caminamos tomados de las manos por la playa desierta. Amelia parlotea sobre algo y yo solo asiento, ido en mis pensamientos. Me importa lo que ella está diciendo, pero mi mente trata de

buscar las palabras correctas de lo que tanto he querido decirle y no me he atrevido.

Sé que soy un cobarde. El miedo al rechazo me ha detenido todas las veces que lo he intentado. Eso y el estado de mi novia.

Después del secuestro, en Amelia se ha desencadenado una serie de trastornos que han agudizado su problema de memoria. Los recuerdos se le van por momentos, olvida cosas importantes, triviales, a largo y corto plazo.

Su inestabilidad ha causado que le sea imposible seguir la universidad por ahora y por eso está tomando terapias

También le afectó lo que sucedió con Irina: la encontraron sin vida en una de las celdas. A pesar de lo que pasó, ella había perdonado a su prima y su muerte le hizo mucho daño.

Siento tanta impotencia al verla desorientada la mayor parte del tiempo. Hay cosas que hace varias veces porque las olvida y sus emociones son muy cambiantes. Es duro, aun así, sigo aquí para ella.

—No me estás escuchando.

Se detiene y yo la imito. Hace un puchero que se le ve de lo más tierno mientras cruza los brazos con molestia.

—Claro que sí —replico, divertido, y la abrazo—. Discúlpame, amor, es que tengo muchas cosas en la cabeza últimamente.

Sus ojos se suavizan y deja caer sus brazos.

—Soy una carga, ¿cierto?

Cubre su rostro con las manos.

Mi pecho se encoge al verla así, una sensación de angustia me embarga. Esta es de las muchas veces que deseo llevarme todo lo que le aqueja.

—No, amor. Es el trabajo.

Retiro sus manos de la cara. Sus ojos verdes me miran con inocencia.

Pongo parte de su pelo detrás de las orejas. Acaricio sus mejillas, después la beso en los labios con suavidad. Es apasionado y tan dulce a la vez. Junto su frente con la mía, sonrió aún con los ojos cerrados. Culmino con un besito en la nariz.

—Hay algo que quiero pedirte, amor.

Me tiemblan las manos, la respiración se me entrecorta. Siento que el corazón se saldrá de mi pecho en cualquier momento.

Abro los ojos, encontrándome con los cristalinos de ella. Puedo notar lo curiosa que se encuentra.

—¿Qué es?

Me da risa cómo trata de fingir normalidad.

—Y-yo —balbuceo, temblando como una hoja.

Me alejo de ella y saco el pequeño anillo de mi pantalón. Me quedo en silencio sin saber qué más decir.

Amelia mira el aro sin poder creerlo, luego empieza a derramar lágrimas.

—Matías... —Le hago señas para que espere y corro hacia la roca enorme donde están nuestras cosas.

Saco con prisa la caja delicada de mi mochila, la abro y retiro la flor de su interior con cuidado. Camino rápidamente hacia ella, quien se había quedado en el mismo lugar.

—Amelia, eres el amor de mi vida. —Suspiro—. Quizás no es el mejor momento para esto, pero no puedo esperar más. Cásate conmigo.

Me pongo de rodillas, con la gardenia y el anillo en las manos.

Mi mente viaja a cuando le pedí que fuera mi novia con esta misma flor y nervios. Ahora es tan diferente. Soy un hombre que sabe lo que quiere, que está dispuesto a todo por la chica que he amado desde que era niño.

—Matías... —Llora desconsolada, la mirada que me da me desarma. Veo algo nuevo en sus ojos—. Lo recuerdo, Matías, tú...

Se abalanza sobre mí y la estrecho entre mis brazos.

—¿Qué recuerdas, amor?

Se separa un poco de mí, después toma la gardenia.

—El día que me pediste ser tu novia. —Sonrío al ver que huele la flor, complacida—. Sí, me quiero casar contigo.

Sus palabras provocan que derrame lágrimas de felicidad. Tantas veces que pensaba lo peor, porque creía que me iba a rechazar.

Le coloco el anillo que le queda a la perfección. Ante este hecho, mi pecho se llena de una paz y un alivio inexplicables.

—Te amo tanto. Gracias por hacerme feliz.

Mi voz sale aguda por todos los sentimientos encontrados.

Me toca el rostro y me besa. Esta vez es diferente, hay algo que nos ha unido y no hablo de la pieza de oro que está en su dedo. Hoy se ha marcado un antes y un después en nuestras vidas.

—Matías. —Junta su frente con la mía. Nuestras manos aún entrelazadas—. ¿Sientes lo mismo que yo?

Muevo la cabeza, anonadado por el remolino de emociones.

—Eres tú, Amelia. Siempre *has sido tú.*

Capítulo final

Amelia

El lugar está abarrotado de gente. El sol brilla más que nunca, por lo que el calor se ha tornado insoportable. El vestido que elegí no me favorece tampoco. En su momento me animé por lo bien que se veía en la tienda, así que lo compré sin pensarlo.

La picazón que siento en el cuerpo provoca que me rasque sin control, además, el sudor empeora todo. Me abanico con la lista del itinerario que tengo en las manos y recorro el lugar con la mirada para verificar si ha llegado.

Estos han sido años de mucho aprendizaje, paciencia y un constante luchar por lo que he querido. No ha sido fácil, reconozco que caí muchas veces y que tuve que empezar desde cero en algunos aspectos.

Cuando estuve lista —dos años después de la muerte de mis padres—, convertí la casa que me dejaron en mi propio negocio. En ese lugar no había gimnasios cerca, así que Matías y yo decidimos emprender en uno. Como la propiedad es grande, hicimos nuestra casita al lado, que es donde estamos viviendo.

Aún estamos aprendiendo y nuestro negocio ha ido creciendo de a poco. Además de que Matías ha podido ejercer lo que estudió: médico nutricionista. Él se encarga de ayudar a muchas personas a llevar una dieta saludable y lo ha intentado conmigo, pero eso es otro tema.

No estoy delgada, aunque de a poco me he acostumbrado a hacer ejercicios y llevo una vida más saludable. Se nota que he cambiado, pese a que mis libritas siguen ahí y no me importa. Me descontrolo con facilidad, por eso agradezco la paciencia que Matías tiene conmigo.

Camino entre las sillas y las personas, buscándolo. Se suponía que él iba a llegar tarde porque tenía una cita con un cliente que no podía posponer. Me siento en una de golpe. El calor me ha mareado y estoy aturdida.

—¿Está bien, señorita?

Asiento al señor que me mira preocupado. Trato de levantarme, pero todo me da vueltas.

***

—Amelia, ya es hora.

Matías me observa con preocupación, sus ojos se ven angustiados. Me recrimino en silencio por hacerlo sentir así.

Me abalanzo entre sus brazos, lo que causa que me apriete contra él y me besa en la cabeza con dulzura.

—Ya estás aquí.

Me permito recorrerlo con la mirada. Lleva un traje a la medida que le queda espectacular, sus rizos indomables al aire y noto las gotitas de sudor en la frente. Matías es un hombre apuesto y con tan buen porte que sobresale con lo que sea que lleve. Lo beso varias veces, luego camino hacia donde se está realizando la celebración.

Me posiciono al lado de mis demás compañeros a esperar que el rector termine su discurso. Las manos me tiemblan, desde este ángulo se aprecia mucha gente. Espero no caerme o hacer el ridículo.

Van llamando uno a uno y mencionan mi nombre. Todo pasa a cámara lenta mientras camino hacia la tarima improvisada. Miro a Matías que se encuentra de pie, aplaudiendo junto a Ruddy. Sonrío, hacía tiempo que no sabía de él y está aquí, apoyándome.

Es mi graduación. Alcancé mi cometido, ya soy una contadora oficial. Han sido muchas las batallas que he perdido, asignaturas que tomé varias veces, noches de lágrimas e insomnio. No lo hice con honores, pero lo logré.

La emoción que siento es tan grande, que las lágrimas salen de mis ojos sin poder evitarlo. Matías me observa con preocupación y me hace varios gestos que no entiendo. Niego y me limpio las mejillas para que se tranquilice.

Recuerdos de mis padres me invaden, hubiesen estado orgullosos y felices por mí. Entonces, la tristeza junto al sentimiento de vacío se hacen presentes y empañan mi felicidad.

***

Trato de abrir los ojos, pero la comodidad del colchón no me lo permite. Me acurruco entre las sábanas que huelen delicioso y me dejo llevar por la sensación de bienestar que me proporcionan.

Me remuevo al escuchar el sonido del teléfono. Maldigo entre dientes al tiempo que me siento en la cama frotando los ojos. Un grito se escapa de mi garganta al verme en el lugar donde estoy.

Es una habitación grande, con ventanales de cristal rodeados de árboles. La brisa cálida causa que las cortinas se muevan y los rayos del sol iluminan el cuarto.

Es de tarde. Me levanto espantada porque estoy segura de que olvidé que debía trabajar y me he quedado dormida. Observo todo a mi alrededor con recelo, camino hacia el baño y me quedo paralizada al ver la imagen en el espejo.

«Esa no soy yo».

La señora me mira. Sus ojos verdes son iguales a los míos y el pelo castaño en dos trenzas largas. Mis manos van hacia sus mejillas, tienen pequeñas arruguitas.

Un nudo se instala en mi garganta al tocar el cristal donde me estoy reflejando. Nunca pensé que los años me sorprenderían de esta manera. Observo mis manos, el anillo que me dio Matías de compromiso está acompañado de otro aro.

«Nos casamos».

Desvío la mirada y salgo de ahí desorientada. No sé hacia dónde ir y me distraigo observando las múltiples fotografías que hay por toda la habitación. La mayoría son de nosotros dos, otras de algunas personas que no conozco.

—¿Estás bien?

Me giro hacia la voz femenina.

Una chica, de piel morena y ojos grandes verdes, me observa con intensidad. Sus rasgos se me hacen tan conocidos y a la vez no...

—¿Quién eres tú?

Sus ojos se llenan de lágrimas, puedo notar su tristeza.

—Otra vez no —susurra y toma mis manos con delicadeza—. Soy Ruth.

Sonríe tan bonito que me dan deseos de abrazarla.

Acaricio su cabellera rizada y ella llora más fuerte contra mi pecho. Se siente tan bien, tan correcto, tan mía.

—Te amo, niña hermosa.

Las palabras salen de mi boca sin siquiera sopesarlas. Ella se aleja un poco de mí, me mira con tanto amor que me desarma por completo.

—Yo también te amo, mamá.

Epílogo

Amelia

—¡Amelia! —Matías me sostiene por detrás mientras trato de alcanzar a la loca roba maridos—. No la sueltes, Ronny —le advierte a nuestro empleado que agarra a la zorra de Ángela.

¿Cómo es que estoy en esta situación? Fácil, ella es una «cliente» que descubrí acosando a mi esposo. Al principio lo dejaba pasar porque, seamos sinceros, Matías es un hombre apuesto que llama la atención donde quiera que llegue.

Pero ha sobrepasado todos los límites al toquetear sin ningún pudor a mi chico. ¡Es una acosadora de lo peor! Por eso no me aguanté y la tomé de las greñas para que respete y se respete.

Me suelto del agarre de Matías y le dirijo una mirada de muerte antes de retirarme. No me importa que parezca una chiquilla loca, quiero darle a entender que estoy molesta, celosa y con ganas de asesinar a alguien.

Camino entre los árboles con las manos apretadas entre tanto pateo las piedras que me encuentro. Me detengo en una roca que está rodeada por un lago de aguas cristalinas. Es parte de nuestra casa y era el lugar al que no podía acudir por lo sucedido cuando era niña.

No niego que a veces me da miedo, pero he aprendido a convivir con él. Está ahí, aunque no es más fuerte que yo y eso es suficiente para seguir adelante.

Escucho sus pasos y me encojo en mi lugar. Espero su toque, él se detiene a unos centímetros de mí. Su olor inunda mis fosas nasales. Estoy molesta e igual me permito cerrar los ojos y disfrutar de su esencia.

—¿Qué fue eso, Amelia?

Me giro para encararlo y pongo ojitos de inocente.

—No sé de qué me hablas, Matías.

Desvío la mirada cuando él entorna los ojos.

Sus brazos me levantan de la gran piedra y acorta toda distancia que había entre nosotros. Coloco mis manos en su pecho, puedo sentir sus músculos firmes.

—No puedes actuar así con los clientes, amor. Solo era dejarlo pasar.

Me suelto, molesta. Él me está haciendo quedar como una loca y no es así.

—¿Eso quiere decir que cualquiera puede faltarnos el respeto?

—No es eso, cariño. —Me atrapa de nuevo y me levanta el mentón para que lo mire directo a los ojos—. Tienes razón, Ángela pasó sus límites. Tú eres el amor de mi vida.

Asiento, embelesada, perdida en esos orbes color miel que me observan con tanto anhelo.

Me besa despacio. Saborea cada rincón de mi boca, con deseo y pasión.

—¿Recuerdas cuando nos casamos?

Le digo que sí aún en las nubes mientras me acaricia las mejillas.

Nunca olvidaré ese día.

Estaba desesperada porque se me había pasado pedir los bocadillos a tiempo. Tenía un montón de trabajo y no dormía bien.

El hecho es que fue un desastre. Matías le pidió a su hermana que me ayudara porque ella venía de viaje para estar en la ceremonia, pero, por desgracia, su vuelo se retrasó y llegó el mismo día de la boda.

Me encontró encerrada en el baño, llorando porque el vestido no me servía, no sabía cómo peinarme y me había salido un barrito en la misma nariz. Cuando ella habló con Matías para contarle todo esto, el muy idiota se arrastró de la risa. Sus palabras fueron: «Una boda de Amelia no podía ser normal». Eso me enfureció aún más, yo estaba muy preocupada y él tomando las cosas a chiste.

Tuvimos que improvisar, así que decoramos el patio de la casa y la madre de Matías se ocupó de comprar los bocadillos y comida. Raquel me arregló el vestido, que me quedó de maravilla. Se encargó de maquillarme y peinarme para la ocasión.

Al final, fue una celebración maravillosa, con pocos amigos y familiares. Fue el mejor día de mi vida, a pesar de todo, y lo recordaré por siempre.

***

«Yo también te amo, mamá».

Esas palabras retumban en mi cabeza. Sus manos son suaves, al igual que su pelo.

«Ruth, mi niña».

Los recuerdos de cuando tuve a nuestra hija me invaden la mente. Se me había adelantado el parto, por lo que llegó al mundo en el vehículo. Yo gritaba las diferentes muertes que le daría a Matías mientras él trataba de mantenerme relajada. Fue un caos, como todo en mi vida, pero eso cambió al segundo que vi por primera vez la carita de mi bebé.

—Perdóname, no sé qué me pasó.

Agacho la cabeza con pesar, sé que este mal estará conmigo para siempre.

—No te preocupes, mamá. No importa las veces que olvides, siempre buscaremos la forma para que recuerdes.

Sonríe y me toma de la mano, guiándome hacia la salida.

Mi casa no es grande, pero es acogedora. Hemos hecho historia aquí. Es nuestro refugio después de un día de trabajo o escuela.

Salgo al jardín y diviso a Matías plantando algunas verduras. Su enterizo azul oscuro tiene manchas de tierra, aun así, se ve muy bien.

—Siento que me has extrañado.

Lo abrazo con todas mis fuerzas, aspirando su olor.

Ese es nuestro código para saber si ha sucedido. Pasa pocas veces, cuando me estreso demasiado, pero ellos tienen la facultad para traerme de vuelta.

—Lamento todo lo que han tenido que pasar, amor. Ruth no se merece esto —hablo con pesar, es difícil vivir con alguien como yo.

—No te preocupes por eso, Amelia. Te amamos y estamos dispuesto a lo que sea por ti. —Corta una gardenia y me la extiende—. ¿Lo recuerdas?

—Nunca lo olvidaría.

Extra 1

Matías

Caminaba despacio por las calles del pueblo con los ánimos por el piso. El sudor, el cansancio y la frustración me tenían al borde del llanto. Había recorrido cada tienda y mercado en busca del regalo perfecto para ella, pero todo fue en vano.

Los nervios provocaron que me temblaran las manos, el corazón bombeaba con fuerza. La sensación de que era un fracaso me tenía desesperado. Se suponía que ese día iba a ser perfecto, así lo visualicé en mi mente cuando por fin me decidí a dejar de ser un cobarde.

—No te pongas así, Mat —dijo Raquel, quien caminaba a mi lado—. Además, no es necesario llevar algo.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Ella merece todo...

Hice silencio al vislumbrar un puesto de flores al otro lado de la calle. Fue alguna aparición divina porque no lo había visto antes ni sabía de su existencia. Rebosante de felicidad y con las esperanzas renovadas, caminé deprisa hacia mi salvación.

—¿Qué se te ofrece, joven?

Un señor mayor preguntó mientras me recorría entero con sus ojos oscuros.

—Quiero un regalo para una chica, la más linda de todas —declaré con seguridad y el señor sonrió con picardía.

Raquel me golpeó la espalda.

—Ah, ¿una ocasión especial?

—Es mi mejor amiga y le pediré que sea mi novia —expresé con cierta timidez.

—Tengo algo por aquí.

El señor rebuscó entre todas las flores, concentrado.

—Así que le piensas regalar rosas —afirmó Raquel.

—No, será una gardenia —respondió el señor por mí—. Mira, hijo, dale esto y la tendrás a tus pies.

Me extendió una flor grande, hermosa, con unos pétalos blancos mojados por el rocío y el tallo de un verde clarito. Casi igual que sus ojos. Era impresionante lo bella y lo bien que olía.

—Guau —exclamó Raquel, impresionada.

—Muchas gracias. —Agarré la flor con cuidado—. ¿Cuánto le debo?

—Es un obsequio, muchacho. Espero que a tu novia le guste.

Le di las gracias al buen señor y caminé apresurado junto a mi hermana.

***

Amelia no paraba de preguntar hacia dónde nos dirigíamos desde que la pasé a buscar a su casa. Mis respuestas habían sido «ya verás» y «no te desesperes». Estaba más intranquila que nunca, lo que provocó que me pusiera nervioso.

—¿Veremos una película? —cuestionó emocionada cuando el taxista se detuvo frente al cine —. Por eso trajiste esa mochila, Matías. Seguro que llevas algo de comer ahí dentro.

—No, solo son algunas cosas que podría necesitar —alegué mientras la ayudaba a bajar del vehículo.

Vimos una película romántica, como a ella le gustaba, entre caricias sutiles de mi parte cuando tomaba su mano o se apoyaba en mi hombro. En realidad, no disfruté de la trama porque mi mente estaba ocupada en las cosas que tenía qué hacer o decirle.

Ni siquiera probé las golosinas y demás chucherías que compramos antes de entrar a la sala. Amelia lo notó, pero no mencionó nada al respecto y se lo agradecí en silencio. Estoy seguro de que si hubiese ingerido algo acabaría vomitando por los nervios.

El plan era llevarla al cine y luego a una feria de juegos mecánicos que se estrenaría esa noche en el pueblo. El problema fue que me contó que le tenía miedo a algunos y mejor opté por caminar por un parque para hablar con tranquilidad. Eso fue lo que le dije.

Ella no paraba de contarme lo bonito que le había parecido el amor de los protagonistas de la película mientras caminábamos entre los árboles. Yo no podía dejar de admirar lo bella que se encontraba, incluso más que siempre.

La brisa de la tarde hacía volar su pelo largo, sus ojos claros eran cristalinos y sus mejillas rojitas. La manera en que movía sus manos me resultaba hasta surreal, sus gestos y sonrisa. Me quedé hipnotizado, fue placentero verla feliz por esta salida y cómo cada parte de ella no lo podía disimular. Quizás ni lo intentó.

A Amelia le encantaba usar vestido, aún lo hace. El que llevaba era uno que abrazaba su pecho y cintura, pero en la parte de abajo caía libremente hasta las rodillas. El azul de esa tela resaltaba su piel clarita, por eso pude notar, sin ningún problema, lo sonrojadas que se tornaban sus mejillas cuando me miraba directo a los ojos.

Nos encontrábamos en una burbuja. Incluso si el parque estaba lleno de personas por doquier, se sentía que solo éramos ella y yo.

—No me estás escuchando, Matías —se quejó, acompañada de un tierno puchero.

Me sacó de mis pensamientos.

—No te enojes, hermosa, es que quiero decirte algo. Más bien, pedirte...

Y la garganta se me cerró por completo. Todo mi sistema se alteró cuando caí en cuenta del porqué la llevé a ese lugar en primera instancia. Mi cuerpo empezó a sudar, el temblor de mis manos era tan evidente que ella me miró de una forma extraña.

—Matías, ¿estás bien? —preguntó con preocupación mientras ponía la palma de su mano en mi frente.

—No, es que... Es decir...

La voz no me salía, un nudo en la garganta crecía por cada segundo que pasaba.

—Ven, vamos a sentarnos. Quítate esa mochila, te ves mal.

Sus palabras hicieron eco en mi mente y quise golpearme al recordar la bella flor que había llevado y que, por los nervios, casi olvidé.

Caminamos hacia un banco solitario, y ahí pude disimular un poco para sacar el paquete. La había guardado en una caja larga y negra, muy elegante.

—Matías... —dijo, luego hizo silencio cuando saqué la gran y hermosa gardenia de su estuche.

Sin decir nada, me levanté de la banqueta e hizo lo mismo de manera automática. Sus ojos estaban llorosos, sus facciones mostraban confusión y algo de miedo.

No se me ocurrió nada más original que hincarme delante de ella. Tomé una de sus manos entre la mía y extendí la bella flor.

—Amelia, quizás esto puede ser algo confuso para ti... Debes saber que te quiero. —Cubrió su boca con la mano libre y por sus mejillas bajaban lágrimas cristalinas—. ¿Aceptas ser mi novia?

Una tensión densa nos cubrió por el simple hecho de que no dijo nada, solo lloraba sin cesar mientras movía la cabeza de un lado a otro. Mi corazón decayó. El miedo y la sensación de rechazo se apoderaron de mí, al igual que la vergüenza.

Me levanté, sentía el pecho lacerado.

—Matías...

—Entiendo si no sientes lo mismo por mí —hablé a la defensiva y di unos pasos hacia atrás para alejarme de ella.

—Acepto ser tu novia, Matías. Yo también te quiero.

Y con esas palabras mi mundo se paralizó hasta que sentí que sus brazos me cubrían. La apreté contra mi pecho con fuerza; la realidad es que no supe quién lloraba más de los dos en ese momento.

Nos separamos un poco, pero aun así podía percibir su aliento en la cara. Sus labios estaban rojos e hinchados, al igual que sus mejillas. El deseo de besarla me tenía al límite. No lo hice porque era un cobarde, además no quería asustarla.

—Es para ti.

Le entregué la gardenia.

—Es hermosa, Matías —dijo mientras la olfateaba—. Huele divino.

La manera en que tocaba y olía la flor me dio risa y ternura a la vez.

Un manto anaranjado cubría la tarde casi noche, así que la tomé de la mano y la encaminé hacia la salida. Estaba feliz, satisfecho. Todo había salido mejor de lo que esperaba.

Lástima que arruiné lo nuestro cuando tomé las decisiones incorrectas y no me hice responsable de mis actos.

Extra 2

Ruddy

La decisión de irme lejos para sanar y reconstruir mi vida me había parecido sensata. Tomé los pedazos de mi corazón como pude, después desaparecí.

La última vez que vi a Amelia fue en su graduación. Estaba al tanto de todas las batallas que tuvo que librar para obtener ese título, era algo que no me podía perder. Quise acercarme para despedirme como debía, pero no lo hice.

Nunca más he sabido de ella.

Si soy sincero, ha sido provechoso todo este tiempo lejos de lo que ya conocía, mis amigos y hermana. Tuve que lidiar los primeros meses conmigo mismo para no caer en los vicios, hasta que me uní a un grupo de apoyo para adictos y suicidas.

El vacío en mi interior no cesaba, muchas cosas me alegraban en el momento hasta que me quedaba solo.

Entonces, mis demonios me visitaban. No paraban de atormentar mi alma, de poner en duda por qué seguía si no tenía nadie a quien le importara realmente. Ese también era mi pensar cuando intenté tener algo con Amelia, estaba decidido a cambiar por y para ella.

He conocido personas valiosas que me han ayudado sin pedir nada a cambio. Por ellos no he caído cuando la depresión ataca y quiere acabar con todo el progreso que he logrado.

Ahora estoy seguro de algo: no importa dónde me encuentre ni lo mucho que quiera agradar a alguien, siempre voy a convivir conmigo mismo. Cada decisión que tome debe ser para mi mejoría. Por amor propio.

Quizás suene egoísta que no debo depender de alguien más para ser feliz. Este siempre ha sido mi error, he buscado en otros mi propio bienestar.

Con esto claro, decidí hacer lo que me gusta. Empecé a visitar bares y restaurantes que me contrataran para ambientar con mi música. Eso sí, no abandoné mi grupo de apoyo y busqué ayuda profesional. No solo tocaba, sino que también escribía mis propias canciones y eso me ha llenado de una manera increíble.

Reconozco que aún tengo secuelas debido a mi niñez traumática, la falta de amor, el desinterés de mi parte por las cosas que valían la pena. Sin embargo, cada día es una nueva oportunidad para ser mejor persona y he podido ver los frutos de mis esfuerzos.

Aún no he conocido con quién compartiré mi vida, pero eso es irrelevante ahora mismo. No busco a nadie, me siento bien así porque estoy aprendiendo a convivir con todo lo que soy. Cuando me encuentre, sabré lo que es el verdadero amor.

Mi hermana se preocupa mucho aún, sus llamadas diarias la delatan. Respondo a cada una y la visito a menudo para ponernos al día con nuestras vidas. Hay cosas que nunca cambian, una de ellas es la pregunta que me hace al terminar la conversación:

—¿Eres feliz?

—Sí, lo soy —respondo con sinceridad.

Opiniones sobre Has sido tú

«Has sido tú es una historia fresca y juvenil que me encantó leer. Amelia y Matías son una de mis parejas favoritas».

B. Busigo.

«Has sido tú fue de las primeras historias que leí de Eve. Me envolvió desde un comienzo por su trama y el tema que trata es mucho de lo que vivimos en nuestra actualidad. Me identifiqué demasiado con Amelia, pese a sus temores por su cuerpo decidió amarse a sí misma.

Es la primera que he leído que rompe con el estereotipo de la chica perfecta y del chico malo y rudo, ya que Matías es el sexi morenazo noble que la ama tal como es. Me enseñó que puede existir el amor de infancia».

Laura Sánchez.

«Con este libro vas a reír, llorar, enojarte, quedarás en *stop* asimilando todo, pero lo más importante: te enamorarás de los personajes.

Es un libro que te hace sentir de todo (porque pasa de todo), es una buena bienvenida al Eveverso.

Es una verdadera caja de sorpresas. Te recomiendo que vivas esta historia como la viví yo».

Aly.s_books.

«Esta historia es hermosa, romántica. También tiene un poco de intriga y mucha ternura de parte de la protagonista que te atrapa y simplemente te deja sin palabras».

Silvia Quiroga.

Agradecimientos

A Dios.

A todas aquellas personas que, directa o indirectamente, aportaron un granito de arena para que este sueño se hiciera realidad.

No hay palabras suficientes que puedan abarcar todo lo que han hecho por mí ni puedo nombrar a alguien en específico por miedo a que se me quede alguno.

Solo me resta decir: muchas gracias.